
UN ROMANCE OSCURO
SOBRE LA MAFIA
TORREN
LIBRO I
LISA BLANC

Derechos de autor © 2024 Lisa Blanc

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Derechos de autor
00
01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

00

Torren

—MATA A LA CHICA.

Es como mi padre elige saludarme sobre la madera manchada de su escritorio, sus ojos color whisky llenos de rabia. Me ajusto los gemelos del traje y enmascaro mi irritación.

Los Morozov han generado mala sangre con los Costa durante casi un siglo, luchando por el dominio de los territorios del norte de la ciudad. Después de lo que han hecho ahora, mi padre quiere que me deshaga de Anastasia Morozov, su hija mayor.

—La paciencia, — murmuro entre dientes, —es una virtud.

Mi padre gruñe.

Puede que tenga la fuerza bruta necesaria para ser el jefe, pero está cegado por la venganza y la ignorancia. Demasiado arraigado en su pensamiento anticuado y totalmente en desacuerdo con trabajar con no-italianos. Si fuera por él, la escoria de los Morozov ya habría sido eliminada hace años. No estoy del todo de acuerdo con su lógica.

Los Morozov nos valen muchísimo más vivos que muertos. Nadie es mejor que ellos lavando dinero a través de bufetes de abogados. Nadie conoce la ley como él. Acumula millones en fraude fiscal anualmente convirtiendo reservas ilegales en legales, y no podemos darnos el lujo de perder su lealtad.

Aunque me dan ganas de estrangularlo con mis propias manos.

Aprieto la mandíbula. —¿Dónde coño está Luca?

Mi padre rueda los ojos, haciendo un gesto despectivo con la mano. —Abajo.

Rhaegar, mi bullmastiff y, francamente, el único ser vivo que puedo soportar, me acompaña al pie de la escalera mientras camino por el pasillo de mi condominio de negocios.

Gemidos femeninos resuenan al otro lado de la puerta de la habitación de invitados antes de que la abra de golpe.

Y ahí está mi primo, follándose a una de nuestras sirvientas. Ambos están medio desnudos, cubiertos de una fina capa de sudor y comprometidos en algún tipo de experimento de bondage retorcido. Pero en lugar de excitarme, la visión solo me molesta.

Esta es exactamente la razón por la que tengo un condominio de negocios y uno personal. Mezclar negocios con placer es... incivilizado.

Luca maldice y se aparta de ella. La chica desvía la mirada de mí. Tiene la espalda arqueada y está atada por todas partes, pero para mí podría ser parte del papel tapiz.

Luca me lanza una mirada plana. —Deberías llamar a la puerta.

Una mueca tira de mi boca. —Deberías cerrar la puta boca.

Le di a mi primo una semana libre después de que regresó de Italia antes de asignarle una tarea, y no la completó. Debería cortarle el cuello por incompetente, pero Luca es un enfermo hijo de puta que probablemente disfrutaría de todo el asunto.

Hago un gesto vago hacia la chica. —¿El coño internacional no te satisfecho lo suficiente?

Luca me sonríe mientras se sube la cremallera de los pantalones. —Nada como lo que consigues en casa.

—Deja de follar con cualquiera, — le espeto, —y empieza a hacer tu trabajo. Desátala, para que pueda hacer el suyo.

Rodando los ojos, desata el nudo principal en la base de su columna vertebral para que el resto de sus extremidades se suelten, y luego le da una palmada amistosa en el trasero antes de abotonarse la camisa y seguirme afuera. El muy cabrón se inclina para acariciar a Rhaegar.

—No lo toques, — gruño.

Pero Luca solo resopla, rascando a Rhaegar detrás de la oreja. —Pero él me quiere. ¿Verdad, Ray Ray? Buen chico, buen chico. Vamos, dile a Torren que me amas.

Rhaegar gruñe contento en respuesta.

Aprieto la mandíbula y le ofrezco a mi primo una mirada vacía. Luca finalmente debe entender el puto mensaje porque se endereza y se pone serio, tan serio como puede estar un idiota como él. —No hablará.

Me burlo. —Ya veremos.

Suspiro, y Luca me guía al sótano, abriendo la ancha puerta de metal. Está más oscuro de lo que me gustaría aquí abajo, generalmente por eso relego este tipo de trabajo sucio a otra persona, pero claramente se necesita una intervención.

—Un aviso, — me dice Luca. —Es un hueso duro de roer.

El aire es denso y acre por la mala ventilación del sótano. Deliberadamente nunca lo arreglé. La mayoría de los hombres ceden ante las cosas más simples, como el hambre o el frío.

En el centro del espacio vacío, hay un cuerpo atado a una sola silla, una bombilla parpadeante colgando directamente sobre él.

Si el miedo tiene un olor, este hombre apesta a él. Luca lo trabajó bien, pero no lo suficiente. Mi pequeño primo se ha vuelto demasiado blando. Probablemente por todo el tiempo que pasa en coños que lo está volviendo así.

¿Yo? Amo el coño. Incluso lo venero. Hay pocas cosas mejores que estar dentro de una mujer, pocas cosas mejores que el sexo.

La venganza es una de ellas.

Y estoy a punto de alimentarme de una vida de ella. Una vez que el hombre frente a mí me dé la información que necesito.

—Suerte. — Miro a mi prisionero, mostrándole una sonrisa. Las correas de cuero de la silla se incrustan en la piel cubierta de suciedad de sus brazos, donde se han formado enrojecidas y furiosas erupciones.

Tomando una silla del rincón, dejo que el metal se arrastre por el suelo, acercándola justo frente a él. Me quito la chaqueta del traje, colgándola en el respaldo de mi silla antes de sentarme.

Suerte levanta la cabeza lentamente, mirándome con su ojo izquierdo hinchado y de color púrpura. —Vete a la mierda. — Me lanza una mirada desafiante antes de escupir sangre en mis zapatos. —Basura de los Costa.

Aprieto la mandíbula y lucho contra la necesidad de romper el cuello del cabrón.

—Vamos, Suerte, — murmuro. Reclinándome, hago un gesto vago hacia las correas. —Esas se soltarán pronto. Sabes que te dejaré ir. Eventualmente.

Suerte se congela, mirándome con su único ojo bueno. Niega con la cabeza. —Mentira.

Me inclino hacia adelante. —¿Por qué iba a engañarte? No significas nada para mí.

Permanece en silencio. Me tomo mi tiempo remangándome la camisa de vestir. —He escuchado historias interesantes sobre ti.

Suerte palidece, pero no por mis palabras. Sus ojos siguen centelleando hacia la esquina de la pared donde una araña del tamaño de mi puño se arrastra.

—Suerte, Suerte, Suerte, — murmuro, desenfundando mi .52. —¿Qué voy a hacer contigo?

—Desátame, — balbucea, con los ojos inyectados en sangre clavados en mí. —Entonces veremos.

Rhaegar ladra desde la entrada del sótano. Mis labios se curvan hacia arriba, porque Suerte aquí quiere igualar la contienda. Y es jodidamente hilarante.

—Oh, no tengo interés en una competencia de orina, Suerte. — Paso mi arma desde la coronilla de su cabeza hasta su frente. —Y no juego limpio. Te aseguro que si te desatáramos, me tomaría segundos acabar contigo. Pero entonces no podría disfrutar alargando esto. Eso no sería divertido, ¿verdad?

La confusión cubre sus rasgos. —¿P-por qué?

—Me quitó algo. — La rabia en mi mandíbula se cuece a fuego lento. —Algo que no puedo recuperar.

—Solo..., — escupe más sangre. —Solo acaba conmigo de una puta vez.

Chasqueo la lengua. —Vamos, Suerte. No podemos dejarte tan fácil. Mi primo te introdujo a métodos más... ¿cómo lo digo? Tradicionales. Solo te ha maltratado un poco, ¿no?

En la puerta, Luca me lanza una mirada vacía, como si supiera que soy un cabrón. Como si pensara que es de alguna manera mejor que yo. Pero ser el menor de dos males es una tontería. El mal es mal. Y eso es lo que somos. Lo que ambos somos. Lo que tienes que ser en este mundo para sobrevivir. La crueldad corre por nuestra sangre.

Me concentro en mi prisionero. —He aprendido algunas cosas yo mismo. Hay una que les gusta a la CIA. Alimentación rectal. Trituran tu comida y te la fuerzan por el culo. No para nutrición real. Para quebrarte.

Mis labios se curvan hacia arriba. —Y hay otra... esta otra es mi favorita. Te acuestan de espaldas y te echan una rata en el pecho. La atrapan con una olla de metal y empiezan a calentarla desde arriba. El pobre bicho no tiene más opción que comerse tu torso para escapar del calor.

Suerte sigue pálido, pero mis palabras no están obteniendo ni la mitad de la reacción de él que deberían. Ya estoy aburrido.

—O podríamos simplemente usar unos alicates en tu polla, ya que no sabes usarla con

responsabilidad. — Miro a Luca. —Podemos organizar esa, ¿no?

Luca se encoge de hombros, con una ligera diversión en sus ojos. —Lo que digas, jefe.

Aún así, Suerte no está entretenido. Suspirando, camino hacia la pared y recojo la araña. Se sube a mi mano con suavidad, como una amante perezosa. Cuando vuelvo a caminar hacia Suerte, está completamente pálido. Paralizado. La araña baila sobre mis nudillos tatuados mientras acerco mi mano a él. Un escalofrío sacude su cuerpo, y se gira lejos de mí, tirando contra las correas de sus muñecas.

—Espera, — solloza Suerte. —Por favor. Espera.

Bingo.

—Apuesto que ella suplicó de la misma manera, — digo, —pero no escuchaste, ¿verdad, Suerte?

Sus ojos se agrandan. Y se le recuerda que ya no es la pequeña víctima inocente que está interpretando. Ni por mucho. De hecho, es basura. Quiero que lo sepa antes de morir.

Resulta que Suerte intentó tener suerte con una de las cocineras de los Costa. Contra su voluntad.

Podría dispararle ahora mismo por el desaire, pero sacaré la información de sus labios desfigurados antes de que muera. Él tiene información que quiero. Una moneda que cayó directamente en mi regazo.

Descubrí el miedo de Suerte por casualidad. ¿Quién hubiera pensado que temería más a una pequeña araña que a que le destrocen la polla?

Hablo con calma. —¿Cuál. Es. Su. Debilidad?

La araña baja por mi dedo, a punto de caer por su cuello.

Suerte tiembla, alejándose hasta que ya no puede más. —¡S-Su hija! ¡Su hija! ¡Mierda!

Aprieto los dientes, presionando el cañón de mi arma en mi sien mientras pierdo la paciencia. —Dime algo que no sepa.

La araña está a punto de caer de mis dedos.

—¡Tiene otra! — Suerte jadea, desesperado, casi sollozando mientras lucha por alejarse de mi mano.

—Dios. Por favor. — Otro sollozo ahogado. —Tiene otra. Ella es su debilidad.

La habitación se queda en silencio. Ahora estamos avanzando. Una sonrisa toca mis labios. —¿Qué edad?

—Dieciséis.

Y la sonrisa desaparece de mi cara. Once años menor que yo. Aparto mi mano de él, dejando a mi pequeña araña en el suelo. El agarre de mi arma se aprieta. Dieciséis. Es joven. Demasiado joven.

Los hombros de Suerte se hunden con alivio. —¿Me dejarás ir ahora?

—Por supuesto que te dejaré ir, Suerte, — digo. —Te dejaré ir. Directo al infierno.

No tiene tiempo de reaccionar antes de que saque mi arma y apriete el gatillo. Directo en la frente. Ni siquiera me molesto en usar silenciador, así que el sonido del disparo resuena en el espacio hueco y retumba en mis oídos.

Su sangre salpica en mi cara, la blancura de mi camisa. Genial.

Luca maldice. —Joder, hombre, estaba claro que tenía que hacerlo.

Saco un cigarrillo de mi bolsillo. —Me estaba molestando.

Luca se acerca, observando vagamente el desastre. —Esto va a ser una puta mierda de limpiar.

Luca me enciende mientras miro el montón desmoronado por unos buenos minutos. La cereza en la punta de mi cigarro brilla rojo ardiente.

En la esquina de la habitación, la araña vuelve a su telaraña. Doy una larga calada al cigarrillo mientras tomo mi decisión.

Echo un vistazo al hombre muerto con un nombre irónico. —Tal vez te vea allí.

❖ ❖ ❖

01

Freya

CUANDO TENÍA CINCO AÑOS, mi padre me advirtió que me mantuviera alejada de su despacho. Pero nunca fui muy obediente, y de niña, mi curiosidad sobrepasaba con creces mi disciplina. Así que, naturalmente, aprendí las maneras de descubrir la verdad detrás de las oscuras puertas de roble. Dónde mentían las grietas en los pisos de madera. Cómo controlar mi respiración. Silenciar mi mente. Agudizar mis oídos y calmar el rápido latir de mi corazón.

Justo enfrente del despacho, había una rendija entre los muebles, lo suficientemente ancha como para que una persona pequeña pudiera esconderse, envuelta en la oscuridad. Todavía tenía cinco años, con suficiente espacio para moverme en la rendija, cuando vi algo que me atormentaría desde ese día en adelante.

Pop.

Un fuerte golpe resonó detrás de la puerta cerrada, cautivo del rápido latido de mi corazón. Las puertas de roble se abrieron para revelar un montón arrugado en el suelo: un hombre, con sangre carmesí formando un charco alrededor de su cabeza y empapando las mullidas alfombras persas.

Reemplazaron las alfombras al día siguiente.

Más tarde, me acurruqué con mi hermana, en su cama, su mano tejiendo suavemente a través de mi cabello castaño rojizo mientras lo trenzaba en una sola trenza francesa.

—¿Sabías, — murmuré, —que había un hombre muerto en el despacho de Papá?

Las manos de Ana se detuvieron. La sentí sacudir la cabeza lentamente, y me giré para encontrar sus suaves ojos verdes bien abiertos. Pero tan rápido como vino su sorpresa, desapareció. Sus manos comenzaron a entrelazarse con mi cabello de nuevo. Y todo lo que dijo fue, —Mamá te advirtió que dejaras de ver películas de terror, Freya.

No paré. De ver películas de terror o de escuchar las reuniones de mi padre.

—Uno de nuestros informantes ha estado desaparecido durante un mes. — Uno de los hombres de Papá hablaba. Desde mi escondite, mantenía mi respiración en silencio. —Lennon Blanca.

—¿Lucky? — dijo Papá. Estuvo callado durante mucho tiempo, entonces. No sé si estaba enojado. Ni siquiera consideraría que tenía miedo. Nunca lo había visto asustado. —No hablará.

El informante permaneció en silencio.

—Entrené a ese muchacho yo mismo, — insistió Papá. —No hablará.

Oí cosas. Cosas terribles, horribles. Pero, de lejos, la más fascinante de sus historias era la de un chico de dieciséis años con su propio hombres. La primera vez que oí hablar de él, la voz de Papá estaba teñida de algo irreconocible. Algo así como temor. —¿Dices que Salvatore ya no maneja las operaciones de Costa?

—El chico ha estado a cargo desde que cumplió dieciséis, — siguió Sergei, el asesor más confiable de mi padre, estoicamente. —Era todavía un niño cuando fue Hecho, a los once. Es más fuerte que su padre. Más inteligente.

—Oí que puede oler el miedo, — dijo Dimitri, otro de los hombres de Papá. —Como un verdadero sabueso infernal.

Le conté esta historia a Ana, también, pero ella solo dijo, —Las personas no pueden oler el miedo, Frey.

Por la noche, a menudo soñaba con despertarme en una alfombra empapada de sangre solo para ser perseguida por un sabueso. No importaba lo que hiciera, ni cuántas veces se repitiera el sueño, el sabueso nunca perdía mi rastro.

Pronto, Ana empezó a creerme. Porque había más hombres, y muchos más reemplazos de alfombras. Tal vez mi padre se volvió menos y menos discreto al esconderlo. O tal vez simplemente crecimos. De cualquier manera, pronto aprendí la verdad sobre el negocio familiar.

Y estaba a punto de descubrir cuán injusto era todo.

Ahora tengo dieciséis años, y Ana todavía está trenzando mi cabello. Nunca aprendí a hacerlo tan bien como ella. De hecho, hay muchas cosas en las que ella es infinitamente mejor que yo: arte, moda y cocina, por nombrar algunas.

En el mundo en el que vivimos, pedir Prada es menos derrochador que pedir amor. Eso no detiene a mi hermana. Estamos de nuevo arriba, en su habitación, viendo otra de sus comedias románticas. Hoy, es Cómo perder a un chico en 10 días.

—Vamos, Ana, — murmuro, con palomitas de maíz volando por todas partes mientras hundo mi mano en el bol antes de meterlas en mi boca sin ceremonias. —No hay manera de que realmente creas en estas cosas.

Ella hace una mueca ante mi masticado ruidoso, agitando una mano. —Shhh. Está empezando.

Husmeo mi esmalte de uñas negro distraídamente, sin prestar atención a la pantalla. Ana me había hecho ver esta película unas treinta veces. Es su favorita, junto con La princesa prometida. Con su largo y ondulado cabello rubio y sus enormes ojos verdes, Ana es una Rapunzel de la vida real. Si las personas pudieran ser cosas, entonces ella era sol.

Tal vez sea su ciego optimismo lo más hermoso de ella. Vive con el corazón en la manga y los ojos en la pantalla. Nunca maldice, siempre dobla las piernas cuando se sienta, lleva colores brillantes y muestra esa sonrisa perlada como si fuera moneda de cambio.

Somos polos opuestos.

Es el día del decimoctavo cumpleaños de Ana, y estoy eufórica con pastel de cumpleaños de glaseado rosado cuando Papá irrumpe en la casa después de perderse la mayor parte de las celebraciones. Su voz áspera retumba por la escalera. —¡Anastasia!

Debería haber sabido que ignorar el escalofrío que recorrió mi columna no era buena idea. Ni la mirada enloquecida que Papá tenía en los ojos. Instintivamente, mi mano se dirige al relicario en forma de corazón alrededor de mi cuello, mientras paso un pulgar sobre la plata pulida.

Las cejas perfectamente delineadas de Ana se fruncen mientras me mira, mordiéndose la parte interna de la mejilla. Extiendo mi mano hacia ella, sin perder de vista cómo su pulso late fuerte en su muñeca.

Nacidas como niñas en la sección rusa de uno de los sindicatos del crimen de Nueva York, nuestro destino fue dictado para nosotras en el momento en que salimos del útero. Ambas sabíamos que podríamos ser forzadas a tomar decisiones. Solo podíamos esperar que ese día no llegara.

Pero llegó. Llamando a la puerta vestido con un traje entallado de Armani. Y cuanto más pienso en ello, fue menos una llamada educada y más una irrupción violenta a través del roble macizo, quemando todo a su paso.

Sé la causa. La conozco demasiado bien. El nombre no había salido del despacho de Papá desde el día en que se mencionó por primera vez. Dejó un sabor amargo en mi boca, ácido corriendo por mis venas.

Torren Costa.

Nuestro padre es un hombre poderoso, pero de alguna manera, había hecho una deuda tan grande que solo podía pagarse con una vida. Y no la suya — la de su hija mayor.

Mamá rápidamente tira de una aturdida Ana a un lado, sacándola de mi agarre y llevándola a su habitación.

Las líneas en la frente de Papá son más prominentes que nunca, y su camisa de vestir está arrugada, la corbata torcida. Puedo distinguir la caja de cigarrillos en sus pantalones de traje. Prometió que nunca volvería a fumar, nunca fue muy bueno cumpliendo promesas.

El pastel de cumpleaños se revuelve en mi estómago, un recordatorio ardiente de que Ana acababa de cumplir dieciocho. —Esto no puede ser real.

Y no tengo que hablar para que él lo entienda. Permanece en silencio.

—Papá. — Mi voz crece ansiosa. —Dime que esto no es real. Dime que no es lo que pienso que es.

Pero él solo suspira, pasando una mano cansada por su rostro. —Lo entenderás cuando seas mayor, lisenok.

Ana puede tener dos años más que yo, pero es ingenua. Suave. Los Costa la devorarán por completo. El pensamiento es un golpe violento en el pecho. Imagino sus huellas sangrientas por todo el cuerpo de mi hermana— mis peores pesadillas hechas realidad.

No.

Trago saliva. —Déjame tomar su lugar.

Sus ojos destellan con ira. —Todavía eres una niña.

Contengo una carcajada. A pesar de que el mismísimo núcleo de su negocio estaba arraigado en el crimen y rompía innumerables leyes, querían mantener las cosas legales.

Debería haber sabido que nunca permitiría que tomara el lugar de Ana. Soy Freya — la favorita de Papá, querida, protegida, y con toda la libertad del mundo.

Papá me había regalado una vida normal. Se me permitió asistir a la escuela secundaria y la universidad. Pero nadie afuera podía saber la verdad. Para el público, Yuri Morozov solo tenía una hija — Ana.

Que ya está detrás de Mamá, deslizándose por la escalera en un vestido de seda color champán, sus rizos rubios recogidos en un moño bajo en la nuca.

Algunos mechones rizos están sueltos, enmarcando su rostro. Solo un poco de rímel, bálsamo labial y rubor, como se le instruyó para mantener su juvenil resplandor.

No hay manera de que esto esté sucediendo. Tengo que hacer algo para detenerlo — pero necesito tiempo…

Mi hermana me pasa una pequeña sonrisa tranquilizadora, y la advertencia se asoma a mi garganta. —No lo hagas, Ana.

—Freya, — advierte Papá.

Mamá me lanza una mirada helada. —Te mantendrás alejada del despacho. Júralo, Freya, o que Dios me ayude.

Permanezco en silencio.

Mamá rueda los ojos, volviéndose hacia mi hermana.

—No la escuches, — susurra. —Te darán todo lo que quieras.

—Todo, excepto libertad, — escupo.

—¡Freya! — grita Papá, su enojo resonando en las paredes de la casa. Me estremezco. Aparentemente, ese fue su punto de ruptura. —¡Dostatochno! Komnata. Seychas.

Debería haberlo confrontado. Debí haberlo hecho. Pero Sergei dobla la esquina, alertado por el sonido de la voz levantada de Papá, con la pistola en la funda para verificar problemas.

El problema soy yo, y sé que, no importa cuánto decida luchar, ellos siempre ganarán. Sergei puede parecer viejo, pero no puede engañarme. Bajo ese traje impecable es un asesino a sangre fría, leal a mi padre y solo a mi padre.

Papá y los hombres que le pertenecen tienen el poder en esta casa. Y los hombres que no le pertenecen tienen el resto del poder en el mundo.

Al final, no confío en mi boca, así que solo asiento rígidamente.

Otra llamada constante en la puerta principal rompe el silencio en nuestra casa. Debería haber sabido que no era él quien llamaba. Lo más probable es que fuera uno de sus soldados. Nunca pediría antes de entrar. Nunca rogaría antes de tomar.

El rostro de Papá palidece ligeramente, pero se ajusta la camisa blanca de cuello y levanta la barbilla. Se detiene para volverse hacia mí. —Habitación. Ahora.

Me quedo clavada en el sitio, y Ana encuentra mi mirada, llamándome con un gesto. —Ve,

Frey.

Frustrada, no me muevo ni un centímetro, pero Ana me lanza una mirada insistente, casi desesperada. Así que angulo mi cuerpo y doy un paso atrás.

Suspirando, Ana sigue a Mamá al despacho como la hija obediente que siempre es, sus tacones color champán golpeando delicadamente el suelo de mármol. Se vuelve hacia mí por un momento fugaz. —Todo estará bien. Lo prometo.

Apretando la mandíbula, asiento. Luego, finjo caminar hacia mi habitación, y en cambio me dirijo al lugar que no he visitado en mucho tiempo. Y allí me deslizo, de vuelta a las sombras. Cinco años otra vez, observando a través de las rendijas.

Mamá y Ana están sentadas de modo que puedo ver sus espaldas. Papá entra con un hombre y solo alcanzo a ver su espalda. Los pelos en la parte posterior de mi cuello se erizan. Es alto y delgado, el traje negro bien entallado sobre sus anchos hombros. Su cabello oscuro es corto, desvanecido con una mano precisa.

Torren Costa.

Su mirada se desvía hacia la figura de Ana, y le ofrece apenas un momento de consideración, antes de apartar la vista.

Como si mi hermana no fuera una de las chicas más hermosas de la ciudad.

Como si no fuera suficiente.

La cabeza de Ana se inclina ligeramente, y mamá coloca una mano reconfortante en su espalda baja. Algunas chicas reciben regalos y joyas por su decimoctavo cumpleaños. Ana está obteniendo un contrato de matrimonio sin amor.

Algo oscuro se retuerce en lo más profundo de mi estómago, impregnando cada poro de mi piel. Y sé, con una certeza enloquecedora, una sola cosa: odio a Torren Costa.

Lo odio.

Lo repito como los hombres en la oficina de papá susurran su juramento de sangre.

Lo odio lo odio lo odio.

Conjurando las maldiciones más viles y acre que pude, las dirijo hacia él.

Y como si pudiera leer mi mente desde cinco pies de distancia, Torren se gira para fruncir el ceño hacia la puerta cerrada frente a mí. Sólo capto su perfil lateral, y es horriblemente perfecto.

—Tus hombres afuera llevan buena munición… — se burla.

Mi corazón da un vuelco. Distorsionada por el espacio, su voz es profunda y clara, con un leve acento italiano. Segura de sí misma y confiada, palpita a través de mi núcleo, haciendo lugar para un calor desconocido que se instala allí con avidez.

Papá gruñe. —Tengo una familia que proteger. A diferencia de otros.

Mamá fulmina a papá con la mirada por el comentario mordaz, y Ana lo mira con los ojos muy abiertos, como si nunca lo hubiera visto antes. Yo también estaría sorprendida, si no hubiera estado escuchando las conversaciones de papá durante años.

A menudo me preguntaba qué versión de él era real. La que nos mostraba con azúcar o la criatura ennegrecida y sin alma que era en su oficina.

Algo feroz se tensa en la mandíbula de Torren, pero exhala un suspiro divertido. —Familia. Claro.

Como si pudiera sentir mi mirada ardiente en sus hombros, la cabeza de Torren se inclina hacia un lado. Es la segunda vez que me percibe. Y puedo jurar que, en el rincón de su ojo, me ve. Sabe que estoy aquí. No importa lo irracional que sea el pensamiento.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y me requiere toda la autoconciencia que he perfeccionado para no tropezar conmigo misma. Mira hacia adelante de nuevo. Directamente a papá. —Pensé que éramos amigos.

La mandíbula fornida de mi padre está tensa. —Lo somos.

Una mentira flagrante. Papá odia a los Costa. Y ellos nos odian a nosotros. Estuvimos cerca de una guerra hace cinco años cuando los Costa se retiraron misteriosamente.

Ahora, a pesar de estar rodeado de Morozov, Torren no muestra ni pizca de miedo en su postura. Lentamente, demasiado lento, dice, —¿Estás escondiendo algo de mí, Yuri?

Mi piel se siente incendiada, y trato de calmar los latidos acelerados de mi corazón. No hay forma de que sepa que estoy aquí. Oculta. Papá ni siquiera me encontró. Las palabras de Dimitri destellan en mi cabeza, como luces rojas en una escena del crimen. Perro del Infierno.

Papá se encoge de hombros, fingiendo indiferencia, pero no me pierdo las gotas de sudor acumulándose en su frente. —No tengo nada que esconder.

Casi puedo oír la inclinación ascendente de los labios de Torren. —Hm.

No tiene que decir las palabras para que se entiendan. Tienes todo que esconder.

Sin decir una palabra, Torren desliza el sobre de manila a través del escritorio de vidrio hacia papá, quien solo mira al diablo frente a él. La voz de Torren rezuma condescendencia. —Sabes cómo funciona esto.

Un ceño profundo se forma en mi rostro. Ni siquiera dignó a mirar a Ana más de una vez, ¿y ahora todavía quiere seguir adelante con el contrato?

Papá respira hondo, como si solo hubiera un límite de falta de respeto que pudiera soportar antes de estallar. Se mueve lentamente, con la pluma en la mano, sus ojos recorriendo los documentos.

Mi corazón flota hasta el tope de mi garganta cuando la mano de papá se suspende sobre la línea de puntos.

Mamá acaricia la espalda de Ana, con una sonrisa hueca en su rostro mientras papá firma la vida de su hija.

Y así, el trato está hecho.

Ana está comprometida con el diablo. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Más tarde esa noche, me quedo despierta. Un ruido en la puerta me sorprende, pero solo es Ana, iluminada por la luz de la luna marfil que brilla a través de mis ventanas. Todavía con su vestido de seda, parece un hada.

Ana da una vuelta en sus tacones iridiscentes para mirarme antes de quitárselos y deslizarse en la cama. Me corro un poco, arrugando las sábanas mientras se mete, y ambas nos quedamos en silencio un momento antes de que ella decida romperlo.

—Estaré bien, Frey.

Una especie de presagio en la oscuridad, hablado suavemente. No digo nada por un momento. Luego, —No lo conoces.

—Será bueno conmigo. Ya verás.

Y aunque yo tengo dieciséis y Ana dieciocho, su optimismo la hace parecer años más joven que yo. No tengo fuerzas para discutir con ella, pero las palabras que deja sin decir cuelgan como un amargo recordatorio en el aire.

Incluso si de alguna manera logra arrancarle amabilidad al diablo, le tomará un milagro conseguirle lo que realmente quiere.

Trazando el relicario en forma de corazón en mi pecho, me hago una promesa a mí misma. Puede ser un mundo de hombres, pero nunca me someteré a su violencia y lujuria.

Al matrimonio, donde las mujeres pasan de ser propiedad de su padre a propiedad de su esposo. Entregadas a cambio de recursos. Alianzas. Estatus.

Nunca aceptaré un destino como el de mi hermana. Nunca tomaré el nombre de un hombre y nunca me casaré.

❖ ❖ ❖

02

Freya

5 años después

EL SUDOR CORRE por mi espalda a causa del calor del verano en Nueva York. Cualquier otro día, me rociaría con la manguera afuera, pero hoy, no puedo arriesgarme a ser vista. Es la fiesta de compromiso de mi hermana hoy.

Debería estar sentada a su lado, sosteniendo su mano y diciéndole que su maquillaje se ve perfecto. En cambio, estoy escondida en la esquina opuesta de la casa. En el garaje. Arreglando un coche. Dejo la puerta del garaje ligeramente abierta, para no asarme viva.

Papá quería enviarme a una de sus casas seguras a lo largo de la costa este. Tras mucha resistencia, estoy relegada al garaje en su lugar, y mi encantadora mamá me dijo —mantente lejos del compromiso o que Dios me ayude —.

Esa parece ser su frase favorita.

Se suponía que iba a ser una sala de almacenamiento, pero después de darme cuenta de cuánto disfrutaba arreglar coches —y cuánto me distraía de las estúpidas lecciones de Ana sobre Cómo sobrevivir a los Costa 101—, papá rediseñó el lugar y me lo regaló para mi cumpleaños número dieciocho. Junto con un Birkin nuevo. Pero el garaje significa más para mí. Es mi santuario en la mayoría de los días. En la mayoría de los días, me encanta el olor a grasa de coche, —el cuero y la cera fresca.

Pero por mucho que ame el garaje, quería estar ahí para Ana hoy. Quería ser la hermana menor tierna y amorosa en lugar de la salvaje que siempre causa problemas.

Después de todo, está entregando su vida.

Siendo casada con la familia Costa como una yegua reproductora. Y gracias a su sangre rusa, siempre será vista como una forastera, nunca aceptada verdaderamente como parte de la Cosa Nostra. Solo existiendo para dar a luz hijos con apellido Costa.

Ya no estoy enojada. Todos sabíamos que el día llegaría. Ana tiene veintitrés años. Los aguantamos dos años. La querían cuando tenía veintiuno —mi edad, ahora.

Me burlo para mis adentros, la molestia burbujeando mientras lavo el motor del Corniche del '89. Metallica ruge a través de los auriculares mientras me deslomo. Es una tarea gigantesca y desordenada —lavar motores, y no se puede hacer con la mayoría de los modelos más nuevos hoy en día. Bajo la cabeza, tratando de observar más de cerca el motor, cuando siento la mirada de alguien sobre mí.

Una figura alta está en la entrada del garaje. Agacha la cabeza bajo la puerta del garaje parcialmente abierta. Con rizos castaños claros y ojos marrones suaves, me sonríe suavemente mientras examina el estado de mi ropa. La mía está manchada de aceite y mugre, mientras que él lleva una camiseta blanca lisa impecable combinada con pantalones cortos negros.

Me quito lentamente los auriculares, los ojos muy abiertos. —¿Ben?

Me lanza una mirada afable. —Pensé que estarías aquí.

Conozco a Benjamín desde la secundaria. Solía ayudarme con las tareas y patinar conmigo durante horas en la pista. Rara vez traía amigos, considerando la naturaleza del negocio de mi familia, pero Ben venía algunas veces, principalmente porque me escapaba a la pista y necesitaba un aventón de regreso. Me aseguré de que papá nunca lo viera, temerosa de lo que podría haberle pasado.

Parece haberse bronceado y haber ganado algo de músculo durante el verano. Pero no tengo tiempo para admirar su figura antes de que el pánico se apodere de mí, filtrándose en mi voz. —¿Cómo entraste aquí?

Frunce el ceño ante mi expresión. —¿Me dejaron entrar?

Nunca harían eso.

Ben a veces usa la furgoneta de catering de su padre, que los guardias de seguridad deben

haber pensado que estaba aquí para el compromiso. Esto es malo. Está en territorio Morozov.

Prometí no causar problemas, y si alguien encontrara a Ben aquí, no hay manera de saber qué le harían. Excluyendo cuán incriminatorio sería encontrarnos a ambos encerrados solos en este garaje. Papá le dispararía él mismo. Un escalofrío corre por mi columna pese al calor abrasador.

Presiono mis manos manchadas en su pecho, como la mancha en mi conciencia si algo le llegara a pasar.

—No. Tú — ¿por qué estás aquí? Te dije que nunca vinieras aquí pase lo que pase. Necesitas irte.

Da un paso atrás, la confusión marcando sus rasgos. —¿Vas a venir a la pista mañana?

He estado de mal humor por el compromiso. Si no fuera por Ana obligándome a salir de la cama hace dos días, todavía estaría deprimida. Pero ese no es el problema ahora. No, el problema está frente a mí. Ben sigue aquí, esperando pacientemente una respuesta.

—No sé —, digo, —Todo lo que sé es que necesitas irte, Ben. Ahora. Necesitas irte.

No parece tener prisa por irse. Claro que no. Solo piensa que soy otra niña presumida de Staten Island con problemas familiares insignificantes.

Excepto que no lo soy, y está a dos segundos de que le vuelen los sesos uno de los hombres de papá. Nunca podría vivir conmigo misma si Ben se lastimara por mi culpa.

Él suspira, su mirada suavizándose. —Porque no has ido a la pista en mucho tiempo, y yo — te extraño.

Trago saliva.

—Es solo que... — necesito permanecer bajo el radar hasta que mi hermana esté comprometida. —Necesito pasar tiempo en casa.

Su mirada es esperanzada. —¿Vendrás mañana?

—Yo— — Derrotada, supongo que la manera más rápida de sacarlo de aquí es aceptar.

—Sí. Sí, iré. Ahora, ¿puedes irte? Por favor.

El sonido de pasos acercándose al garaje hace que mi corazón se dispare. Mis manos trabajan más rápido que mi mente y empujo a Ben dentro de un armario de almacenamiento. Me lanza una mirada confundida antes de tropezar en el espacio estrecho, golpeando su cabeza contra la tabla de madera que sostiene mis herramientas y dejando escapar un quejido. Cierro las puertas antes de que Sergei entre.

Él mira por el área y nota mi postura apoyada contra el armario. —¿Con quién hablabas?

Me encojo de hombros. —Conmigo misma.

Dentro del armario, Ben se mueve torpemente, su figura delgada claramente incómoda. Con los ojos muy abiertos, finjo toser para disimular el ruido.

Sergei entorna los ojos con sospecha.

—Este viejo coche aquí, — digo, señalando el Corniche que está en medio del garaje. —Lleno de polvo.

Sergei levanta una ceja, pero decide dejarlo estar. —Está bien. Bueno. Tu papá te dejó algo de comida por si te da hambre. Lávate las manos antes de comer, por favor.

Me quedo impasible. Claro que me daría hambre. Y claro que me lavaría las manos.

Sergei se da la vuelta. —Y por el amor de Dios, si se te cae comida al suelo, no la recojas. No existe la regla de los diez segundos.

—Está bien, lo entiendo, — digo, empujándolo hacia la puerta del garaje.

—Compórtate, — advierte Sergei. Mi advertencia número cien del día. Resisto la tentación de rodar los ojos y en su lugar le sonrío dulcemente.

Y entonces se va.

Espero unos minutos antes de correr hacia el armario de almacenamiento. Tirando de las manijas, abro el armario para revelar un Ben ligeramente aturdido. Frunce el ceño. —¿Acabas de encerrarme en un armario?

—Sí, — replico. —Lo siento. Mis padres son muy—

—Estrictos, lo sé. Simplemente no lo entiendo. — Frunce el ceño inocentemente. —Tienes veintiún años, Freya.

—Benjamin. — Suspiro. —Realmente no tengo tiempo para esto ahora mismo.

Levanta las manos en falsa rendición. —Está bien, está bien. Me voy.

Ben dobla la esquina antes de girarse para mirarme. —¿Frey?

Me encuentro con su mirada preocupada.

Sus mejillas se sonrojan mientras parpadea. —¿Estás... segura aquí?

Su preocupación es enternecedora— y puede que tenga validez, pero niego con la cabeza suavemente. —Es mi casa, Ben.

—Correcto. — Se sonroja más con un asentimiento forzado. —Sí. Está bien. Me voy ahora. Nos vemos mañana.

Mientras sale del garaje, dejo escapar un respiro de alivio, el sonido de mi corazón latiendo fuerte en mis oídos. Miro cómo la camioneta de su padre sale de la entrada y se dirige hacia el camino rodeado de árboles. Llegará a las puertas en un minuto más o menos.

Noto los coches extranjeros estacionados frente a la casa en la distancia. Por alguna razón, los hombres de papá que usualmente están afuera no están. Supongo que fueron reasignados al interior de la casa por el compromiso.

Me pongo los auriculares de nuevo, enfocándome en calmarme y en el latido que retumba en mi pecho.

No puedo evitar preguntarme sobre la escena en el interior. Si Ana está bien. Si le hacen algo para herirla...

Aún estoy furiosa por perderme el compromiso y tambaleándome por la aparición repentina de Ben cuando algo me roza la pantorrilla. Espero que sea Ben de nuevo, totalmente preparada para maldecirlo, pero cuando me doy la vuelta, no hay nadie. Con los ojos muy abiertos, me quito los auriculares y miro hacia abajo para encontrarme con la mirada de un perro gigante —un bullmastiff.

El perro se endereza hasta su altura máxima, apenas a una cabeza de estar a la altura de mis ojos. Estoy a punto de acercarme a acariciarlo, cuando noto el insignia brillante de Costa en su collar. Trago saliva. Los mastines son perros leales. Por lo que sé, los Costa lo entrenaron para cazar sangre Morozov. Un movimiento en falso y podría desgarrarme la garganta.

No estoy segura de por qué ni cómo encontró su camino de regreso aquí, pero supongo que tengo que lidiar con él ahora. Miro hacia abajo al perro con una sonrisa vacilante. —Hola, grandullón.

Ladra, fuerte, y salto del susto.

La luz del sol que entra en el garaje se refleja en mi teléfono, me doy cuenta rápidamente. Quiere jugar con él. Como si fuera un juguete. Y estoy tentada a lanzarlo y gritar —busca —, pero... algunas de mis mejores fotos están en este teléfono, y como Ana y yo no tenemos permitido subir nada a la nube, las imágenes no están respaldadas.

Así que en serio, si tuviera que elegir entre que mordiera mi teléfono y que me mordiera a mí, elegiría que me mordiera a mí.

Intento alejarme, pero el perro es demasiado inteligente. Sus ojos absorben mi movimiento como una esponja suave. Tomando como una buena señal que no me haya atacado aún, elevo un

poco más la voz, levantando mi teléfono. —¿Quieres esto?

Mala idea.

Ladra de nuevo, lanzándose hacia mí esta vez.

En realidad, no solo una mala idea — la peor idea de todas.

Echo a correr.

Y él está justo detrás de mí.

El cálido viento del verano azota salvajemente mi rostro, haciéndome perder mechones de mi trenza mientras corro por el pasillo justo afuera del salón.

Mi corazón late descontroladamente, el terror se mete en mi pecho.

No hay manera lógica de que pueda correr más rápido que este perro, pero he jugado en este lugar desde que era niña, así que conozco bien la casa.

La manera más rápida de entrar es por la puerta principal, y sé que me dijeron que me mantuviera lejos, muy lejos de cualquier actividad del compromiso, pero no es que tenga mucha elección ahora.

Lidiaré con las repercusiones después.

El perro ladra de nuevo detrás de mí. No estoy segura si intenta jugar conmigo o matarme, pero no me voy a quedar para averiguarlo.

Casi llego, y—

Otro ladrido resonante. Respiro profundamente, entrando rápidamente en la casa y cerrando la puerta detrás de mí. Recuperando el aliento, exclamo entrecortadamente, —Lo siento, amigo.

Y entonces me doy cuenta de lo poco que había calculado esto.

Porque ahora soy el espectáculo principal del salón — el mismo lugar donde juré y prometí una y otra vez que no pisaría por el resto del día. El silencio es ensordecedor.

Y sentados en nuestro lujoso conjunto de sofá de cuero, mi familia — mi madre, mi padre y mi hermana, me observan.

Papá tiene una expresión cordial en la cara, como si esperara que algo así sucediera, pero la cara bonita de mi hermana está llena de sorpresa, sus brillantes ojos verdes muy abiertos. Ana siempre se sorprende conmigo, como si mi comportamiento le fuera inconcebible. En cuanto a mi madre... parece que si pudiera matarme aquí mismo, lo haría.

Pero las reacciones de mi familia realmente no me afectan. Los conozco, y conozco bien su sorpresa e incredulidad. El verdadero problema es el cohorte de los Costa — Salvatore, Luca y Vito Costa.

Luca y Vito son el subjefe y consejero, ambos con expresiones de aburrimiento. Luca es joven — de mi edad, con ojos oscuros y una cara entrañable. Vito es más viejo y más cansado, con el pelo peinado hacia atrás que revela una línea de cabello en retroceso.

Recuerdo haber oído hablar de Salvatore en la oficina de papá. Decían que alguna vez fue el mejor ejecutor de la Cosa Nostra — el único hombre que podía matar a un salón lleno de hombres con sus propias manos. Ahora, ha envejecido y debilitado, los músculos retraídos y mantenidos bajo control.

Caterina Costa falleció hace años. La gente juraba que era la mujer más hermosa que jamás habían visto. Inteligente y amable, pero demasiado suave para este mundo. Y su hijo, una combinación letal de cerebro y fuerza — el prometido de mi hermana — Torren Costa.

El diablo mismo, extendido en nuestro sofá como si fuera dueño del lugar. Odio admitirlo, pero probablemente lo sea. Indirectamente. No sé qué tipo de trato dudoso vendiendo-su-alma hizo mi padre con los Costas, pero les debe una cantidad obscena de dinero. Amo a mi padre, de verdad, pero siempre odiaré que esté usando a Ana para pagar su deuda.

Que nunca se le ocurriera un mejor plan en más de diez años.

Alguien carraspea, devolviéndome a la realidad.

Torren.

Vestido de Armani, está esculpido hermosamente. Lo suficientemente alto como para que sus piernas se extiendan por millas frente a él, con hombros tan anchos que sus bíceps se tensan contra su camisa blanca de vestir. Piel oliva. Cara cruelmente atractiva. Rizos suaves en su cabello oscuro barridos lejos de su frente, como una corona en un Príncipe Siciliano de la Muerte.

El calor y la conciencia hormiguean en mi piel mientras sus ojos oscuros se estrechan en mí; su mandíbula apretada en una línea tensa. Mi corazón desbocado lucha por desacelerarse, latiendo violentamente en mi pecho.

Hablando de sabuesos... el perro de los Costa de alguna manera encuentra su camino de regreso a la casa y se acerca a mí, lamiendo mi mano — la que está agarrada fuertemente a mi teléfono. Esta vez, no puedo resistir el impulso de acariciarlo. Y sorprendentemente, esta vez, él calma mis nervios en lugar de deshilacharlos.

Resulta que no quería matarme después de todo.

Exhalando, me doy cuenta de que cada segundo que pasa es otro golpe en mi muñeca. El peso de sus miradas me abruma. Necesito pensar rápido. Estoy a punto de fingir que soy una criada o algo así, pero demasiado pronto, el calor de la mirada de Torren se posa en mi cuello.

Tengo dos collares alrededor del cuello, uno de la familia Morozov, el otro, mi relicario en forma de corazón.

Los insignias solo son dados a miembros de la familia, o a aquellos juramentados. Brilla en la luz.

Él sabe.

❖ ❖ ❖

03

Torren

SENTADO EN MI PROPIA fiesta de compromiso y aburrido hasta el maldito hartazgo, me pregunto qué pensaría mi madre de este arreglo. Ella era una buena pareja para mi padre — calmada, suave y reservada frente a su naturaleza salvaje, brusca e indomada.

Y viendo a Anastasia Morozov, sentada tan primorosamente en su extremo del sofá, enseñada claramente a ocupar el menor espacio posible, me pregunto si será una buena pareja para mí.

No puedo negar que es atractiva — con una postura perfecta, una figura delgada como modelo, piel inmaculada, cremosa y suave como porcelana, y cabello largo y brillante... la lista sigue. Sus pómulos altos y grandes ojos gritan su marca — inocente. Perfectamente creada para que yo salve a su familia. Me pregunto si se avergüenzan de vender a su hija de esta manera.

A mí no me importa en lo absoluto.

Mi padre y Yuri están hablando, pero el jefe de los Morozov se rehúsa a siquiera mirar a mi padre, quien lo observa como si estuviera a punto de sacar un cuchillo. Y por la manera en la que ambos lados están llenos de soldados, está claro que este no es un compromiso amistoso.

—Queremos los territorios del norte, — dice mi padre.

Dado que Yuri está entregando a su hija, pedir tierras es un poco ambicioso.

—No, — resopla Yuri.

Esperado.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Luca en una notificación en mi

pantalla.

LUCA

¿Aburrido?

Cuando me vuelvo para mirarlo, está sentado erguido en el sofá de terciopelo, los pulgares en su teléfono. Entorno los ojos. Mi primo pequeño nunca realmente superó su fase de la escuela secundaria.

YO

¿Qué piensas?

Exhalando, presiono el botón de encendido en el lateral y la pantalla se apaga. Mi mano se desplaza para guardar el móvil en el bolsillo, pero empieza a vibrar sin cesar antes de que pueda hacerlo.

LUCA te ha invitado a jugar al billar.

LUCA te ha invitado a jugar al billar.

LUCA te ha invitado a jugar al billar.

Aprieto la mandíbula y vuelvo a sus mensajes mientras escribo: Tengo una pistola conmigo.

LUCA: :)

En lugar de responder, accidentalmente presiono aceptar en su maldita invitación y me transporto a una mesa de billar. La fría, rencorosa guerra entre los Yuri y mi padre aún continúa. Suspirando, decido ceder a mi idiota primo.

Diez minutos después, él pierde.

LUCA: ¡joder!

YO: :)

El ladrido de Rhaegar afuera desvía mi atención del móvil. De repente, una chica entra por la puerta principal, cerrándola de golpe tras de sí, cortando el incómodo y silenciado ambiente en la habitación. No puedo decir que no agradezco la interrupción.

Esta reunión ya empezaba a aburrirme.

Fijo mi mirada en la chica. Parece sucia, vestida con unos Docs gastados y un mono manchado de grasa que oculta cualquier forma de su cuerpo, su cabello recogido en una larga y desaliñada trenza color marrón zorro que comienza en la coronilla.

Su piel está bañada por el sol, nada comparado con nuestro tono italiano más profundo, pero no tan blanca como el resto de la línea Morozov. Y está cubierta de tanta mugre que no puedo distinguir cicatrices, ni si su piel es suave o no.

Rhaegar, mi bullmastiff, trota hacia la casa desde la otra entrada. Espero que regrese a mi lado después de aterrorizar a esta chica-mucama, pero no lo hace. En su lugar, se acerca a ella, lamiendo su mano. Y ella lo permite, mirándolo con una sonrisa apenas perceptible, como si no acabara de irrumpir aquí por culpa de él.

Rhaegar es leal. No se calienta rápido con los extraños. De hecho, es casi hostil con ellos. Entrecerrando los ojos, decido ignorarlo. Tal vez le gusta su olor.

Me llaman el Sabueso del Infierno. Dicen que es porque puedo percibir el miedo. No es cierto. Dudo que los humanos puedan realmente oler el miedo a menos que alguien se orine en los pantalones. Simplemente soy bueno leyendo a las personas. Anastasia fue enseñada a ocultar bien su miedo, pero aún percibo la subcorriente de esto cada vez que hablo con ella.

Esta chica, la que respira con dificultad junto a la puerta mientras acaricia a mi perro, tiene poco miedo.

Por la cantidad de tierra y grasa que cubre su cuerpo, mi primera sospecha es que es una mucama. Pero incluso una mucama sabría modales básicos. Y una mucama sentiría más

remordimiento después de irrumpir con tan poca decoro.

Esta chica está atrapada como un ciervo ante los faros, sí, pero aún no parece tener miedo. Parece calculadora. Como si estuviera tratando de encontrar una forma de salir de este lío. Y cuando sus ojos se posan en mí, arden.

Odio.

Y entonces lo noto, el emblema de los Morozov brillando en una cadena alrededor de su cuello.

Y de repente, ya no estoy tan aburrido.

Mis labios se curvan hacia arriba.

Te encontré.

Nunca había visto a la pequeña Morozov antes, solo había oído hablar de ella en susurros. Como un mito. Pero me odia. Por supuesto que me odia. Yo soy el malo que le está robando a su hermana.

La escondieron.

De mí.

Es risible, porque solo despierta mi curiosidad. Sus ojos están encendidos con una llama parpadeante de odio. Quiero extinguirla. Estrangularla con mis propias manos. Domarla.

—Cambio de planes —, anuncio, aclarando mi garganta.

Greta Morozov, la madre de Anastasia, frunce el ceño.

Mi mirada se posa deliberadamente en la chica al otro lado de la habitación. —Quiero su

mano en matrimonio, en su lugar.

La habitación estalla. Los rostros de Greta y Anastasia se caen.

—¿Qué? —, ladra Yuri.

Al otro lado de la habitación, los ojos de la joven Morozov se abren de par en par, como si no pudiera creer lo que está escuchando.

Yuri no me mira a los ojos. —Ella solo es una sirvienta.

Debería saber que no debe escupir mentiras tan descaradas. Levanto una ceja. —¿De verdad?

Yuri palidece como si sus miedos más profundos hubieran cobrado vida. Frente a mí, capto la precaución en los rasgos de Luca. Vito toca mi hombro en señal de advertencia. —Forse dovresti pensarci per un po'.

Lo he pensado. Lo he pensado durante años. Me he obsesionado con la idea de finalmente exactar mi venganza.

No me toma mucho tiempo considerar las variables. Hay una amplia gama de razones por las cuales la joven Morozov sería una mejor elección. Anastasia fue preparada y entrenada toda su vida para casarse conmigo, así que esperará mi atención. Tal vez incluso mi afecto. Dos cosas que nunca puedo darle.

Pero esta chica, con su etiqueta inapropiada y mono sucio, completamente no entrenada y malcriada en una vida normal por su padre, parece la última persona que se preocuparía por lo que estoy haciendo.

Dije que quería su mano en matrimonio, pero eso no es técnicamente la verdad. Realmente no la quiero a ella. Solo quiero venganza sin que nadie se entrometa en mis asuntos.

Hace cinco años, maté a Lucky antes de que pudiera decirme su nombre. Eso dejó un poco a la imaginación. Me hizo ansiar el juego. Admito que nunca puse suficiente esfuerzo en conocer

realmente a nuestras pequeñas lavanderas. Solo sabía vagamente de la existencia de la joven Morozov, dos años más joven que su hermana, protegida, altamente adorada por su padre y guardada como un secreto.

No puedo negar que a menudo pensaba en cómo se vería. Y ninguna de esas imágenes se comparaba al verla en carne y hueso. Ver el rostro de su padre palidecer cuando exigí su mano en matrimonio en lugar de la de su hermana.

Me divierte.

—No está lista para el matrimonio, — dice Yuri, —Me niego —.

—Tiene veintiún años, — respondo.

El shock entra en los ojos claros de Yuri, como si no esperara que supiera tanto. Como si no esperara que supiera nada en absoluto. Mira a mi padre. —Este no era el acuerdo.

Mi padre se encoge de hombros y luego dice algo que me recuerda por qué debí haber dejado al viejo en casa esta vez. —L'accordo era per una puttana Morozov.

El acuerdo era por una puta Morozov.

La tensión en la habitación es lo suficientemente densa como para cortarla. Los ojos claros de Yuri arden, y hace algo que nunca hubiera anticipado.

Busca su pistola.

Es valiente. Pero estúpido. Muy jodidamente estúpido.

Soy demasiado rápido para él. Me toma menos de un segundo alcanzar mi propia pistola y disparar, apuntando a su brazo derecho.

Dicen que los italianos son impulsivos, los rusos, fríos. Es una sarta de tonterías, porque la sangre de Yuri Morozov está caliente mientras salpica mi cara.

Maldita sea.

—Cazzo!

Gritos femeninos y maldiciones masculinas, tanto en italiano como en ruso, llenan el aire.

Rhaegar ladra frenéticamente, inmediatamente a mi lado, con un gruñido bajo y furioso. Finalmente. El mutt estaba pegado a la joven Morozov como si ella fuera la que lo alimentó y alojó durante seis malditos años.

Normalmente no dispararía, pero el hecho de que Yuri pensara que podía sacar una pistola contra mí y salir ileso era simplemente estúpido.

La pequeña Morozov corre desde el otro lado de la habitación a una velocidad impresionante, lanzándose frente a su padre herido y sosteniendo la mano de su hermana protectora.

Los ojos de Anastasia están llenos de lágrimas mientras se aferra a la mano de su hermana como un ancla. ¿No fue entrenada para manejar unos cuantos disparos y un poco de sangre?

¿Y qué hay de esta chica, la joven Morozov, que impulsa a su padre a defenderla tan descaradamente?

Guardias de ambos lados levantan sus armas. Yuri coloca dos dedos en la herida de bala en su brazo superior para detener la hemorragia.

—¿No es mala educación —, murmullo seco, —sacar una pistola contra tu futuro yerno e invitado?

La respiración de Yuri es entrecortada mientras lucha contra el dolor. Diría que me siento mal, excepto... no lo hago. El imbécil no puede engañarme. Ha sido disparado antes. No se alcanza su nivel sin unos cuantos intercambios sucios.

—No Freya, — dice Yuri entre dientes, —Eso no era el acuerdo. Sobre mi cadáver.

Freya. Dibujo un círculo alrededor de mi sien con el cañón de la pistola, donde ya empieza a formarse un dolor sordo. No sabía su nombre. El imbécil guardó bien a su hija. A lo largo de los años, no pude ni siquiera captar un indicio de ella. Sobre su cadáver, —Eso se puede arreglar.

—Detente. — La pequeña Morozov, Freya, habla. Me mira directamente a los ojos y si antes había odio, ahora hay un fuego ardiente de mil infiernos. Incluso su cabello parece estar atravesado por puro fuego.

Debería saber que era injusto, que era tan claramente la favorita de su padre. Que él estaba dispuesto a luchar por ella, pero no por Anastasia. Que su hermana pasó toda su vida preparándose para esto y ahora los roles se han invertido tan cruelmente. Voy a destruir cualquier sentido de normalidad en su vida.

—Detente. — Repite más para sí misma que para mí. —Está bien. Acepto.”

Oculto mi sorpresa.

Los ojos de Anastasia se ensanchan. —Freya—

Yuri se retuerce. —FREYA, idi v svoyu komnatu! SEYCHAS!

—Acepto, — repite Freya, mirándome, con la mandíbula apretada. —Me casarė contigo.

La obstinación endurece sus rasgos y sus ojos me dicen lo que sus labios no. Te odio. Un odio tan insistente. Sin embargo, la pequeña heroica pagana desafió a su padre por mí.

Para casarse conmigo.

Es entretenido.

Así que solo la miro a los ojos y digo, —Espero con ansias, pequeña Morozov.

De pie, saco un pañuelo de mi bolsillo mientras me tomo un momento para limpiar la sangre de su padre del costado de mi cara.

Luego me agacho frente a ella y alcanzo su mano. Ella intenta retirarla, pero solo la sujeto más fuerte, sacando el anillo de diamantes de mi bolsillo.

Su mano es sorprendentemente pequeña en la mía, y su pulso late frenéticamente bajo mis dedos, usualmente un claro indicador de miedo, pero cuando miro en sus ojos, no hay rastro de ello. Solo odio. Aprieto la mandíbula. Hay un audible y colectivo jadeo en la habitación mientras deslizo el anillo sobre su dedo, el diamante gigante hace un marcado contraste con la suciedad y la sangre en su mano.

Y así, la pequeña Morozov se convierte en mi ave enjaulada.

❖ ❖ ❖

04

Freya

ESTO TIENE QUE SER ALGÚN TIPO DE broma enferma.

Cada vez que me cruzo con Torren Costa, altera el tejido de mi realidad. Desgarra mi vida en piezas irrecuperables y luego prende fuego a cada una de ellas, con un boleto de primera fila para ver cómo todo se convierte en cenizas.

Siempre me desagradaron los Costa por la forma en que nos trataron. Como forasteros. Algo que pisotear, incluso cuando mi papá cumplió con sus deberes. Nos alimentaron con mentiras sobre cómo nos beneficiaríamos de ello en forma de protección.

Protección. Me río. La única protección que siempre necesitamos fue de los mismos Costa. Me desagradaban, pero después de hoy, hay un odio rojo y candente en lo más profundo de mi pecho. Crece cada segundo, devorando mi interior.

Lo odio, lo odio, lo odio.

Sacó un arma contra Papá sin remordimientos y luego observó cómo la sangre de Morozov se derramaba, la comisura de sus labios se elevó, como si lo disfrutara. Vivía de ello, un sádico sin nada que perder. Vicioso. Salvaje.

Y cuando encontré su mirada, sus ojos oscuros estaban vacíos de emoción. Muertos. Como los hombres que sangraban en las alfombras de la oficina de Papá. Pero de alguna manera... de alguna manera todavía era condescendiente. Me miró como si estuviera por debajo de él. Como si no valiera más que el suelo que pisaba.

La ansiedad hierve en mi pecho mientras coloco mis dedos en el relicario alrededor de mi cuello. Los Costas se fueron, y todos seguimos en el salón, absorbiendo la situación mientras esperamos que el médico de la familia nos permita ver a Papá, que está siendo tratado.

En este momento, Ana está encaramada en el borde de la mesa de comida, los tacones descartados mientras sus pies descalzos se balancean de un lado a otro. Su vestido blanco de Chanel de hombros descubiertos está arrugado y cae bajo, mostrando un poco demasiado escote. No mira a nadie en particular mientras dice, —Dieté toda una semana para lucir bien para este compromiso.

Se llena la boca con la tarta de queso con fresas que horneó para el compromiso. —Hice esta increíble tarta de queso y resistí la tentación de comerla todo el tiempo. ¿Sabes lo difícil que fue?”

Hay momentos raros cuando deja caer el acto de —soy perfecta —. Este es uno de ellos.

—Tenía tanta hambre —, lamenta.

Ignoro su colapso.

De alguna manera, todavía se ve bonita con las mejillas llenas. Como una ardilla furiosa. Un profundo ceño fruncido estropea su rostro. —¡Y ni siquiera la miró, Frey!

Pongo los ojos en blanco. —Estoy segura de que le hubiera encantado tu tarta de queso, Ana. Desafortunadamente, estaba demasiado ocupado disparándole a nuestro padre.

Molesta, hace un puchero, sin molestarse en limpiarse las migas de tarta de queso en la comisura de su boca.

Junto a ella en el sofá, Mamá arde en ira mientras toma una larga bocanada de su cigarrillo antes de que su fría mirada se pose sobre mí. —¿Qué has hecho, malen’kaya ved’ma?

Trato de controlar el temblor de mis manos, parpadeando para despejar las lágrimas mientras la vista del anillo en mi dedo se vuelve borrosa. —No hice nada.

Es un anillo hermoso, pero el diamante es demasiado grande. Demasiado ostentoso para mí. Grande, audaz, brillante. Más el estilo de mi hermana.

Hay sangre seca en mi piel de ayudar a Papá a llegar a la habitación, y sigo intentando

quitarme el anillo, pero no se mueve, así que me doy por vencida.

Ana balancea las piernas mientras mira fijamente al suelo. —¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Levanto una ceja mientras la miro. —¿Querías casarte con él?

Suspira. —No sé, Freya. Estoy... confundida. Y cansada. Solo quiero que esto termine. Ha sido la historia de mi vida durante cinco años ya. — Me mira. —Me pregunto si cambiará de opinión.

Un nudo se forma en mi garganta. ¿Quiere que el diablo cambie de opinión? Después de todo lo que pasó? Un ceño fruncido toca mis labios. —¿Alguna vez has oído hablar de que Torren Costa cambie de opinión?

—Cambió de opinión por ti, — señala.

Frunzo el ceño. —No por mí. Para molestar a Papá.

Mamá interviene. —Cállate, Freya. Vamos a coser a tu padre y tratar de arreglar las cosas. Ya he enviado a Sergei a los Costas para el control de daños.

Siempre ha sido así. Papá se pone de mi lado y Mamá del lado de Ana. A veces me pregunto cómo hemos llegado tan lejos como familia.

Mientras miro entre mi hermana y mi madre, dejo salir un suspiro áspero. Es casi aterrador lo similares que son. Ana es una réplica más joven de Mamá. Ambas tienen cabello rubio con ojos verdes y rasgos de modelo.

Apoyándome contra la pared, les doy la espalda, protegiéndome del peso sofocante de la mirada hiriente de Mamá. Su mano en la de Ana está grabada en mi memoria. ¿Cuándo fue la última vez que Mamá sostuvo mi mano? ¿La última vez que me miró con algo que no fuera ira? ¿Resentimiento?

Toco mi relicario mientras un frío dolor se extiende por mi pecho. Siento como si mi

corazón estuviera siendo estirado en un millón de direcciones, y no estoy segura si podría sobrevivir a otro tirón.

Al final del pasillo, veo el pelo sal y pimienta de Sergei. Llena de esperanza de que haya logrado enmendar las cosas con los Costas, no pierdo tiempo en correr hacia él. —¿Qué dijeron?

Está en silencio, y veo mi expresión de desánimo reflejada en sus ojos. Mi corazón se hunde. —¿Cómo sabía de mí? ¿De mi edad?

—Tu padre te mantuvo en secreto muy bien, devochka. Pero incluso él no puede impedir que los rumores se propaguen.

Frunzo el ceño. —No me parece alguien que crea en rumores.

—Rumores combinados con... deducción.

Frunzo más el ceño. —¿Qué quieres decir?

Sergei se mueve inquieto. —¿La forma en que tu padre te defiende? No es lo mismo para nadie más. No ha tocado su arma en años. Dimitri y yo manejamos esa parte perfectamente. El sabueso debió sumar dos y dos.

La ira fluye por mis venas mientras paseo por los suelos de mármol. —¿Cómo se atreve? ¡Le disparó a Papa, Sergei! En su propia casa. ¡Ese grosero, arrogante imbécil!

—Estoy de acuerdo, pero escucha, Freya—

Giro la cabeza hacia él. —¿Estás de acuerdo?

—Bueno, sí, — Sergei se encoge de hombros, sin molestarse en negarlo. —Es un imbécil.

Un suspiro de diversión me escapa, a pesar de todo.

Pero no hay broma en los ojos de Sergei. Simplemente niega con la cabeza, sombrío.

—Tienes que reunirte con él mañana para almorzar antes de la fiesta oficial de compromiso.

Mi sonrisa desaparece.

—¿Almuerzo? — Exclamo, —¿Fiesta de compromiso?

—Para relaciones públicas, — dice Mamá tranquilamente desde detrás de mí, —Sabes cuánto les gusta a los Costas mantener las apariencias. Los federales están al acecho. Necesitan mantener su imagen.

—Si quería un compromiso formal— — Apreto los dientes, girándome para enfrentarla. —Entonces, ¿por qué me puso este estúpido anillo en la mano?

La ira llena la mirada de Mamá. —¡Mide tus palabras, Freya! ¡Te advertí que te alejaras del compromiso, pero no lo hiciste! ¡Y mira lo que has hecho. ¡Has creado un desastre! Blyad'!

—El perro me persiguió, Mamá! — Grito, levantando las manos en el aire. —¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Entonces debiste haberte quedado en el garaje y dejar que ese perro te devorara antes de siquiera pensar en desobedecer una orden!

Respiro con dificultad, mirándola incrédula.

—Mamá, — intenta calmar Ana.

Pero ignora a todos, arrollando. —¡Todo esto es culpa de tu Papá! ¡Te ha malcriado! ¿Ahora qué se supone que haga tu pobre hermana?

—Creo que voy a vomitar, — interrumpe Ana.

Pongo los ojos en blanco. —Te terminaste toda una maldita tarta de queso, por supuesto que vas a—

—¿Greta?

El médico encargado de tratar a Papá sale de la habitación de invitados, mirándonos como un pez fuera del agua.

—Estará bien, — dice, —No sometan el brazo a demasiado esfuerzo y asegúrense de vendar bien la herida. No queremos que se desarrolle una infección. — Su mirada se posa en Dimitri. —Aquí está la receta."

Sergei y Mamá comparten un suspiro de alivio. Dimitri se adelanta, tomando el papel con la receta del doctor. Hace una señal a dos hombres que guardan la habitación de invitados para que lo sigan antes de irse.

—Freya, — gime Papá desde dentro de la habitación. Miro a Mamá, pero ella me ignora. Suspirando, entro. Sergei me sigue, deteniéndose en la puerta.

Dentro de la habitación de invitados, Papá yace en la cama, su camisa manchada y ensangrentada reemplazada por una de algodón limpia, una venda blanca gruesa alrededor de su brazo. Su cabello gris está apartado de su rostro.

La bala solo perforó la carne, pero Papá es viejo. No quiero pensar en lo que significaría si se hubiera alojado en otro lugar.

La mirada de Papá está fija en el anillo en mi dedo. Me lanza una mirada afligida, el ceño fruncido. Los ojos caídos. —Lo siento, lisenok.

Mi visión se nubla.

Su mandíbula está apretada. —No llevarás esto a cabo. Sergei—

—Mamá ya lo envió con ellos. — Aprieto la mandíbula. —Se mantienen firmes en su decisión.

Papá exhala profundamente. Hay una larga pausa antes de que finalmente hable de nuevo. —Nuestra familia está en una posición débil hasta que me recupere. El chico sabía lo que estaba

haciendo.

—¿Por qué no podemos decirle la verdad? — Frunzo el ceño. —No me querrá más si lo sabe.

Papá niega con la cabeza. —No entiendes. La verdad no hace diferencia porque— — Toma un respiro dificultoso. —Él sabe lo que significas para mí. Nunca debí dejar que mis emociones se apoderaran de mí.

Hundida en el sillón enfrente de su cama, escondo mi rostro en mis manos. ¿Cómo Torren lo descubrió todo tan rápido? Lo que pasamos cinco años construyendo, ¿cómo logró desmoronarlo en segundos?

—Escúchame, Freya, — logra decir Papá, —Mírame.

Esta vez obedezco, encontrando su mirada. Sus ojos están cansados. Agotados. —Nunca quise que pasaras por lo que Ana se vería obligada a pasar. Nunca quise eso para ninguna de ustedes. Pero ella era mayor que tú, y era inevitable, y lo acepté, aunque nunca me perdonaré.

—Papá—

—Escucha. Ella está entrenada para manejar a esos italianos de sangre caliente. Pero tú? Yo — — Tartamudea. —Pensé que me quedaban unos años más contigo. No te cases con él. Tu Papá hará un plan. Sigo aquí. Sigo vivo. Y te pido que esperes. Ya los hemos retrasado bastante.

—A un precio. — Aprieto los brazos del sillón, frustrada. —Te disparó, Papá. Los Costas no honran sus acuerdos, y no les importan las negociaciones. No tienen lealtades. No voy a quedarme mirando más. No cuando soy lo bastante mayor para hacer algo esta vez.

Papá cierra los ojos, tomando un respiro profundo. —No lo hagas, Freya.

Tenía siete años cuando las pesadillas empeoraron, cuando Papá juró que me mantendría lo más lejos posible del negocio familiar. Y lo hizo. Me mantuvo en secreto y me dio una vida normal.

—No puedes mantenerme a salvo para siempre, — digo, tragando el nudo en mi garganta.

Debí haber sabido que tendría que pagar por haber aprovechado tanta libertad que no merecía. Ana nunca tuvo la misma oportunidad que yo. Nuestro padre nunca la consintió ni la protegió de sus pesadillas. Tal vez sea hora de que yo lleve el peso de sus hombros.

—Déjame hacer esto. — Fortalezco mi voz. —Déjame salvar a Ana.

Mi padre niega con la cabeza, una emoción implacable en sus ojos.

—Si aceptas reunirte con él, será demasiado tarde, Freya. Mostrará que fue tu elección—

Niego con la cabeza. Ambos sabemos que es inútil aferrarse a pedazos de hilo. No existe tal cosa como elección. Ana nunca tuvo una opción, y yo tampoco.

Acepté este compromiso para salvar a mi padre de ese volátil imbécil de Costa, pero nunca me pondré un vestido blanco para él en el altar.

No me casaré con nadie, y menos con un psicópata sediento de sangre.

Voy a encontrar la manera de salir de este compromiso. De una forma u otra. Si Torren quiere reunirse, bien. Nos reuniremos.

Pero bajo mis términos.

Me vuelvo hacia Sergei, que está apostado en la puerta, escuchando en silencio. —Dile que no puedo mañana.

❖ ❖ ❖

05

Freya

RAYOS DE LUZ GENTILES se posan sobre mí mientras bajo la ventana del asiento trasero. Una brisa fresca entra en el SUV, rozando mi piel. Sergei me está llevando a la pista de hielo, y mi corazón ya se siente más ligero. Por unos breves momentos, puedo fingir que mi vida es normal de nuevo. Que de la noche a la mañana, no fui arrastrada al mundo del que logré escapar durante la mayor parte de mi vida.

Mi hermana tuvo cinco años para aceptar su situación. Yo estoy robando un día.

—Es una mala idea, — dice Sergei, —jugar con el tiempo de los Costas.

—Me moriré antes de escuchar cada uno de sus caprichos, — respondo.

Si ellos podían ser tercos, yo también. Pero tengo la corazonada de que si realmente muriese, Torren pasaría por encima de mi cuerpo recién muerto y reclamaría a mi hermana como su esposa. Dudo que el diablo tenga alguna reserva moral.

Nos detenemos lentamente en el estacionamiento de la pista. Mi mano se extiende para abrir la puerta, pero el seguro vuelve a encajar.

Con una respiración molesta, miro hacia el asiento delantero. —¿Sí?

Los ojos de Sergei se encuentran con los míos en el retrovisor. —Llamarás si algo sale mal.

Exhalo una respiración agitada. —Nada va a salir mal.

Sergei gira en su asiento, con los ojos claros encendidos. —Eso fue antes de que los Costas supieran quién eres, devochka. Tu padre te permitió venir hoy con poca seguridad. Está

confiando en que nos informaras si algo sucede. ¿Entiendes?

Aprieto y suelto mi mandíbula, no acostumbrada a estas restricciones. ¿Así se sintió Ana todos estos años? —Sí, Sergei. Ahora, ¿puedes abrir la puerta, por favor?

Él escucha. Finalmente. Resoplo mientras salgo del coche, cerrando la puerta detrás de mí. Con mi bolsa colgada al hombro, camino hacia las puertas de la pista. Solo cuando estoy adentro, Sergei enciende el motor y se marcha.

Odio cuando se ponen así: todos pegajosos y sobreprotectores. Y trato de no pensar en cómo será si realmente me caso con esa maldita familia.

Sal, Pippa y Ben están sentados en los bancos, atándose los patines. Las chicas fueron mis compañeras de cuarto durante cuatro años mientras estudiábamos en NYU, y hemos pasado por todo juntas.

Estuve allí, consolando a Sal cuando su novio de diez años la engañó, y llevé a Pippa a la tienda por una píldora del día después después de una noche de borrachera, tan ebria que no podía recordar si el chico había usado protección. O si siquiera era un chico.

—¡Freya!

Casi me desplomo cuando Pippa se lanza hacia mí. Con mechones rosas en su corto pelo rubio fresa, es bonita en un estilo de chica maniática y de ensueño.

Pippa puede parecer torpe, pero siempre sacó las notas más altas de las tres en los exámenes. Todo lo que aprendí sobre el sexo, lo aprendí de ella: una cantidad preocupante.

Ben y Sal se acercan.

—¿Dónde has estado, chica? — dice Sal. Su bronceado es más profundo que la última vez que la vi, y su cabello hasta los hombros está cortado a la perfección. Y mientras Pippa es relajada y despreocupada, Sal es fogosa y directa. —Envié como doscientos mensajes en el chat grupal, y no respondiste a ninguno de ellos.

Después de que su novio idiota la dejó, se lanzó a la vida de sexo casual y nunca miró hacia atrás. Cuando finalmente nos graduamos, nuestro apartamento se convirtió en una fiesta de conquistas para Sal y Pippa con visitas ocasionales al club para mí. Saludaba a dos caras nuevas, a veces tres, cada mañana sobre mi tazón de Cinnamon Crunch, y sinceramente, necesitaba un respiro, así que me fui temprano.

—Hola. — La voz de Sal me trae de vuelta a la realidad. —¿Freya?

—Perdón. — Sacudo la cabeza, levantando una mano. —He estado un poco distante.

—Oh, Dios mío. — Los ojos de Pippa se abren de par en par al caer sobre mi mano. —¿Es eso un anillo?!

Mi corazón cae al fondo de mi caja torácica. Aunque son mis mejores amigas, no saben la verdad sobre mi familia. No puedo ponerlas en peligro así: incluso estar con ellas, ahora, en medio de todo el caos, es arriesgado. Me subo las mangas largas para cubrir el anillo. —Es falso.

Sal no parece convencida. —No lo sé, Frey, me parece bastante real.

—Bueno, es falso, ¿vale? — Mentira. Ojalá fuera falso. Ojalá nada de esto fuera real. —¿Por qué llevaría un anillo de diamantes real para patinar?

Porque sigue atrapado en mi maldito dedo.

—Lo gané en una máquina de premios, — añado, aunque no puedo recordar la última vez que fui a una.

La mirada de Ben permanece sobre mí un rato, pero la ignoro.

Después de empujar a Pippa hacia Sal, finalmente tengo tiempo para ponerme los patines y salir al hielo. —¿Podemos patinar ahora?

Lo dejan pasar, aunque sé que no están del todo convencidas.

Mi cabello vuela detrás de mí mientras el aire helado golpea mis mejillas. Y así de repente, el incidente de ayer se disipa. Lo empujo a la parte más recóndita de mi mente mientras mis cuchillas giran, dibujando patrones en el hielo.

Me enamoré del patinaje sobre hielo cuando tenía siete años. Había un lago vacío que se congelaba todos los inviernos detrás de nuestra antigua casa, y se convirtió en mi segundo hogar. El lago siempre me aceptó, incluso cuando otros no. Me regaló una sensación gélida de libertad que no podía encontrar en ningún otro lugar.

—Has venido, — dice Ben, deslizándose junto a mí.

Me tiro de la manga para asegurarme de que el anillo se mantenga cubierto, ofreciéndole una pequeña sonrisa. —Dije que lo haría.

Sus mejillas se sonrojan mientras pasa una mano por sus rizos castaños. —Sí. Quiero decir —

—Frey, — grita Pippa al otro lado de la pista vacía. Otro motivo por el que patinar los lunes es genial: la pista está vacía. Es lo más tranquilo que se puede ver el lugar. —¡Haz ese giro!

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa. —Un Lutz, Pips. Y aún no lo he perfeccionado. Podría romperme una pierna.

—Oh, por favor, — murmura Sal, —te vi hacerlo perfectamente como cien veces.

—Vale, de acuerdo, lo intentaré, — digo. —Lo intentaré.

Sal vitorea desde la esquina, y me sostengo de las barandillas mientras me posiciono. Solo lo he intentado unas cuantas veces. Mis piernas se mueven hacia atrás, los patines se deslizan suavemente sobre el hielo. Mientras mis cuchillas se desprenden del hielo, empiezo a girar los hombros y brazos rápidamente.

—No abras la cadera, — grita Ben.

Un rubor toca mis mejillas mientras elevo ligeramente las caderas, perfeccionando mi

postura. Pero luego viene la parte más difícil: aterrizar.

Una mirada oscura me quema mientras mi pie aterriza en el borde externo trasero de mi patín. Tiemblo un poco antes de recuperar rápidamente el equilibrio y detenerme. Varios mechones de pelo escapan de mi trenza mientras recupero el aliento.

Mis amigos vitorean, acercándose a mí, mientras hago una reverencia con una sonrisa tan grande como Júpiter.

Pero mi felicidad es fugaz mientras la misma sensación abrasadora vuelve a inundarme, cosquilleando la parte posterior de mi cuello.

Me doy vuelta. Y entonces lo veo. El calor de su mirada quema mi piel, haciendo que mi corazón se acelere.

Torren.

Está realmente aquí, al otro lado de la pista, con pantalones de traje negros y una camisa blanca, remangada hasta los antebrazos. Impecable. Preciso. Letal.

Los ojos de Pippa se abren. —¿Es ese... Torren Costa?

Por un momento, me desconcierta que lo conozcan. Pero como decía mamá, los Costas no llevan sus negocios en privado ni los mantienen en secreto como nosotros. Prosperan con su imagen pública, ocultando sus negocios ilegítimos tras la fachada impecable de los legítimos.

Y después de que una foto de paparazzi de él se hiciera viral, Torren se convirtió en el soltero más codiciado de Nueva York. Fue captado en la calle con un traje gris pizarra, en su teléfono, mirando a la cámara como si quisiera matar a quien estaba detrás de ella. Aún recuerdo haber querido lanzar mi teléfono a la piscina el día que esa foto se hizo tendencia hace unos meses.

—Madre mía, es más atractivo en persona, — murmura Sal. —Las cosas que le haría a ese hombre.

Pippa se ríe. —Le succionaría el alma.

No le digo que él le succionaría el alma a ella. Y no de la manera que le gustaría. Respiro profundamente. ¿Por qué está aquí? ¿Y cómo se supone que voy a explicar todo esto a mis amigos?

Trago saliva. —Tengo que irme.

Ben me agarra del brazo, frunciendo el ceño. —Freya, espera.

El peso de la mirada oscura sobre mi piel se intensifica, y me suelto del toque de Ben, manteniendo su mirada preocupada. —Te mandaré un mensaje, ¿de acuerdo? Estaré bien.

Miro de nuevo al lugar donde el diablo está con las manos en los bolsillos, apoyado en la barandilla. Sabe que no soy una sirvienta, pero aún me mira como si lo fuera. Condescendientemente.

No se me considera baja, pero este hombre me hace sentir pequeña. Debe medir al menos 1.90 metros. Es como si hubiera una corriente eléctrica bajo mi piel, iluminada, enviando energía por mis venas.

Tan pronto como salgo del hielo, busco mi bolsa y cambio mis patines por unas Converse negras. Frenética, saco mi teléfono y llamo a Sergei. —¿Hola?

Hay un profundo suspiro al otro lado de la línea, como quien ya lo sabe todo. —Ve con él.

Mi boca se abre. —¿Qué? ¿Sabes?

Otro suspiro profundo. —Lo intenté, chica. Pero no hay nada que pueda hacer. Vuelves con él o caminas a casa.

La línea se corta. ¿Qué demonios? Es un trayecto de cuarenta y cinco minutos de la pista de hielo a casa. Me tomaría una eternidad caminar de vuelta.

Apretando los dientes, tiro mi teléfono en la bolsa antes de cerrarla con cremallera. El calor de su mirada se ha ido, y él también, aparentemente, así que me cuelgo la mochila al hombro mientras camino hacia la salida de la pista. Y ahí está, a unos metros de un Audi negro. No hay nadie en el coche, lo que significa que él condujo aquí solo.

Hay un silencio mientras nos miramos —un desafío para ver quién rompe el silencio primero. Pasan unos segundos agonizantes, pero él no dice una palabra, su mirada se intensifica mientras examina cada poro de mi rostro, descendiendo hasta mi pecho, donde el collar Morozov está oculto bajo mi camisa, siempre escondido en público. Pero mi medallón de corazón plateado siempre está a la vista, y sus ojos se fijan en él, las pupilas negras dilatándose con algo indescifrable.

La frustración y la impaciencia suben por mi pecho, murmuro, —¿Por qué estás aquí?

Hay una pausa larga y algo en su mandíbula se contrae. Mira hacia la pista detrás de mí. —Quería ver qué era tan importante que no podías almorzar hoy.

Su voz, después del prolongado silencio, me sobresalta. Es profunda —melodiosa y sensual, recorriendo mi piel con una conciencia cálida. Tanto por robar un día y no dejar que los Costas se salgan con la suya.

Sus ojos se estrechan. —No estoy impresionado.

¿Se refiere a mi patinaje? Pongo los ojos en blanco, sin dignarme a responder. No es como si estuviera buscando su aprobación desde el principio.

Él da un paso más cerca, y yo inhalo profundamente, retrocediendo. El timbre áspero de su voz resbala por mi columna vertebral. —¿Quién es el chico?

Mi corazón sube hasta mi garganta. Me vio con Ben.

—No es de tu incumbencia —, respondo mordazmente.

Sus ojos tienen un brillo letal.

—Lástima —, murmura, —Tenía tantos planes en mente para él —.

Aprieto los puños a mi lado para ocultar el temblor en mis manos. No puede hacerle daño a Ben. No cuando él no ha hecho nada malo. Mi voz gotea ácido. —No lo tocarás.

Él está mortalmente calmado cuando sus ojos se posan en mi mano, donde su anillo está expuesto. —Y tú tampoco, si sabes lo que te conviene.

Aprieto y suelto la mandíbula, la rabia nublando mi visión. —Aún no estoy comprometida contigo.

Para probar mi punto, intento violentamente quitarme el anillo del dedo. Pero no se mueve. Sólo siento como si mi piel se desgarra.

Mis mejillas se calientan. Me siento como la hermanastra fea cuando intentó meter su pie en el zapato de Cenicienta. Este anillo fue hecho para Ana, y por supuesto, mis dedos no son tan delgados como los de ella. Me rindo, bajando un poco la cabeza para que no vea la vergüenza que tiñe mis mejillas.

Antes de que pueda anticiparlo, Torren agarra mi mano. Su toque es puro fuego, y estoy demasiado sorprendida por la repentina rudeza para retirarme.

Lentamente, levanta mi mano hacia su boca, y respiro profundamente. De alguna manera, estoy clavada en el lugar. Paralizada por su toque. Intenté liberarme de su agarre en la fiesta de compromiso, pero ahora no puedo hacer nada más que mirar, con los ojos muy abiertos y asombrados.

Pero cuando abre la boca, el calor de su aliento quemando mi palma, regreso a la realidad. Intento girar mi mano para liberarla de su toque, pero su agarre se vuelve de suave a de acero. Siseo, —¿Qué estás—

—No te muevas —, gruñe.

Y luego mete mi dedo anular en su boca.

Mis ojos se abren más. Estoy paralizada de nuevo.

Su boca es suave, húmeda y caliente alrededor de mi dedo anular, su lengua como terciopelo mientras gira alrededor del anillo, una vez, dos veces, antes de que sus dientes se cierren sobre él. Un pulso blanco y caliente dispara hacia mi núcleo. Y así, él saca el metal de mi dedo, como el suave lamido de un león antes de devorar a su presa.

Su otra mano sube a recoger el anillo antes de meterlo en su bolsillo. Se aparta de mi espacio, llevándose todo su calor sofocante con él, y aparto la mirada y trato de estabilizar mi respiración.

No puedo pensar con claridad. La sangre corre hacia mi cabeza, mis mejillas, la superficie de mi piel. La brisa es fría en mi dedo anular húmedo. Húmedo por su boca.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, limpiándome la mano en mis mallas. Sus ojos oscuros no pierden la acción, encendiéndose como carbón.

—No te obligaré a comprometerte —, dice, —Tengo un contrato con una hija de los Morozov. Si quieres ocupar el lugar de tu hermana, será tu elección.

Otra vez esa palabra. Elección. No tuve elección cuando nací en este mundo. Y ahora, cualquier apariencia de elección es solo humo y espejos.

Estabilizo mi voz. —Voy a ocupar su lugar.

Y luego averiguaré cómo liberar a mi familia de la tuya. Para siempre. Sello la promesa mientras miro sus ojos oscuros.

La mandíbula de Torren está apretada, sus ojos brillando como si supiera que esa sería mi respuesta. —Sube al coche.

Niego con la cabeza. ¿Caminar a casa? Sergei nació en la Edad Media. —Puedo tomar un taxi.

Algo se contrae en su mandíbula. —Sube. Al. Maldito. Coche. Ahora.

La orden cruda, y la insinuación sensual de ella, envía una punzada aguda a mi núcleo. Me

burlo para disimular, caminando hacia el Audi negro. Y luego, solo porque puedo, aunque hace que mi corazón lata con aprehensión, suelto, —¿No vas a abrirme la puerta?

Hay una breve pausa, como si se preguntara si escuchó bien, y casi me arrepiento de haber abierto la boca. Silenciosamente, rodea el coche hacia el asiento del conductor, mirándome. —Después de que te corte esas manitas bonitas, tal vez lo considere.

Es una amenaza vacía, y una parte de mí quiere llamarlo mentiroso, pero luego recuerdo cómo le disparó a mi padre como si no fuera nada, y un latigazo de miedo me aprieta el estómago. Abro mi propia puerta y entro.

Torren se desliza en el asiento del conductor, y mi piel hormiguea por estar encerrada en el espacio confinado del coche con él. Justo cuando empieza a arrancar el coche, su colonia me golpea: jabón fresco, almizcle blanco, detergente para ropa, vagos toques acuáticos y destellos intermitentes de cítricos. Su presencia es total. Es como si irradiara calor, y de repente está demasiado caluroso, demasiado difícil para mí respirar.

Me inclino hacia adelante y subo el aire acondicionado. Su mirada quema mi mano. Entonces no le gusta que toque cosas... interesante. Y sé que estoy caminando sobre la línea entre la paz y el castigo, jugando con fuego, pero desafiarlo me trae otro nivel de satisfacción — uno donde no temo quemarme.

Con una pequeña sonrisa, alcanzo el dial de la música esta vez. Su mano se lanza a tocar la mía, apartándola con poca fuerza. Mi mano arde por el contacto con su piel.

—Sin música —, gruñe.

Aprieto la mandíbula, mirándolo furiosa. ¿No escucha música? Qué perdedor de mierda. Apuesto a que asesina cachorros en su tiempo libre.

Cansada de mirar su perfil lateral horriblemente perfecto, miro por la ventana. Solo para descubrir que no está tomando el giro hacia nuestra casa.

La ansiedad burbujea en mi garganta. —¿A dónde vamos?

Ni siquiera se molesta en responder. Debería haberlo sabido. Rechino mis dientes,

hundiéndome en mi asiento. Ojalá Sergei me hubiera dicho más en lugar de dejarme en el limbo con este psicópata.

Finalmente, el coche se detiene frente a lo que parece ser una tienda de Tiffany's. Un fruncimiento de ceño adorna mis labios. No estoy vestida para esta tienda. Normalmente no me importa lo que me pongo para practicar, porque eventualmente se moja y suda. Audrey Hepburn echaría un vistazo a mis Converse usadas y mi camiseta desgastada y se estremecería.

Pero Torren ya está abriendo su puerta, y como realmente no quiero quedarme atrapada en el coche esperando no sé cuánto tiempo, abro mi puerta y salgo también.

Lo sigo detrás de su alta figura mientras entra en la tienda. Cuando el guardia reconoce al diablo, sus ojos se agrandan y se hace a un lado. Sus ojos se posan en mí mientras toma nota de mi aspecto desaliñado.

—Está conmigo —, dice Torren.

Los ojos del guardia parpadean nerviosamente antes de permitir mi entrada. Pongo los ojos en blanco. Este lugar es tan clasista que me dan ganas de vomitar.

Torren se acerca al mostrador, intercambiando unas pocas palabras con una señora antes de que ella se deslice hacia la parte trasera. Mientras esperamos, miro a las joyas brillantes detrás de vitrinas de cristal claro.

Un anciano, italiano por lo que parece, aparece de donde se fue la dama. Sus ojos se posan en Torren. —¡Costa, mi chico!

Torren parpadea lentamente en saludo. —Vincenzo.

—¿En qué puedo ayudar, en qué puedo ayudar? — El hombre, Vincenzo, dice. —¿Qué estás buscando?

Finalmente, me nota detrás de Torren. —Ah, tienes compañía.

Torren se vuelve vagamente en mi dirección, y inclina la barbilla hacia el mostrador.

—Escoge un anillo.

¿Es por eso que estamos aquí? ¿Quiere que elija un nuevo anillo y no solo recicle el de Ana? Apenas estoy conmovida. Probablemente tiene algo que ver con su ego. Solo quiere demostrar que puede conseguir otro anillo con el chasquido de un dedo.

Recuerdo la vez que mamá tiró un montón de ropa rosa y amarilla de Ana, las que le habían quedado pequeñas, sobre mi cama. Las deposité todas en la bañera y las teñí de negro antes de usarlas.

Estoy acostumbrada a recibir cosas de segunda mano. Siempre encuentro mi propio camino de alguna manera.

Así que sacudo la cabeza, sin mirar a los ojos de Torren. —Usaré el anillo que mi hermana escogió.

Una profunda irritación parpadea en sus ojos oscuros. —Elige uno nuevo.

Trago mi molestia, porque Vincenzo me mira con ojos esperanzados, y no quiero que Torren haga algo que destruya su tienda.

Me pregunto qué elegiría si no estuviera tan en contra de casarme. Señalo un anillo. Es mucho más simple que el que está en el bolsillo de Torren: solo una banda con la gema más pequeña en el centro. Mentiría si dijera que es lo que quiero. Solo lo hago porque cuanto antes termine esto, antes podré irme a casa.

—¿Y uno para el novio?

—Oh, uh— — Me vuelvo para ver si el diablo quiere que elija uno para él también, pero está al teléfono. —Está bien. — Señalo la banda de plata simple. —Ese.

—¿Te gustaría grabar tu nombre en el anillo del novio, signorina? Ofrecemos un servicio especial—

Y entonces me doy cuenta. Qué real es todo esto. Qué real es todo esto. Me prometí a mí misma que nunca me casaría. Pero si esto sigue adelante, tomaré el nombre Costa. Me veré

obligada a desempeñar el papel de su esposa amorosa hasta que la muerte nos separe. La poca libertad que mi padre me había otorgado dejará de existir.

Detrás de mí, Torren habla en italiano rápido por teléfono. No entiendo ni una palabra. No lo entiendo a él. No lo conozco. Solo su crueldad. Y si mi plan falla, podría terminar casada con él. La violenta revelación me golpea, y las lágrimas queman el fondo de mis ojos.

Una mirada quema mi espalda y Torren termina la llamada.

Él se aproxima a mí, y yo parpadeo para contener las lágrimas, apartando la mirada mientras me concentro en la alfombra de felpa en su lugar. Él se fija en mis pestañas, y sus ojos se entrecierran. Por un segundo, pienso que podría tener la más mínima semilla de decencia en los pozos de su alma ennegrecida. Que podría liberar a mi familia del contrato—

—¿Signorina? — Vincenzo interrumpe, —¿Grabado?

Torren se vuelve. —¿Ella eligió?

Vincenzo asiente, la nerviosidad parpadeando en sus ojos marrones. —Sí. Solo necesito saber si optan por un grabado.

Torren hace un gesto no comprometido. —Solo consíguelos lo antes posible.

Mi corazón se hunde.

No va a cambiar de opinión.

Por supuesto que no. Mi esperanza fue inútil. Infantil. Risible.

Lo sigo fuera de la tienda y vuelvo al coche entumecida, entrando. Cuando él se sienta en el asiento del conductor, abro la boca. No sé por qué lo digo. Tal vez esperando alguna disculpa. —Disparaste a mi papá.

Ni siquiera responde, como si fuera demasiado esfuerzo para él.

Imbécil. Respiro hondo, mirando por la ventana. —Si me odias tanto, ¿por qué quieres casarte conmigo?

Él guarda silencio por un momento, y creo que va a ignorarme otra vez. Pero entonces habla, y giro para encontrarme con su mirada.

—Pensé que la favorita de papá era una mejor garantía. Es solo un negocio, y tú... — Su mirada baja hasta mi trenza desordenada y mi camiseta destartalada, deteniéndose un poco demasiado en mi pecho. Su mirada se enciende. —...estás lejos de ser mi tipo.

La rabia recorre mi columna, tensando mi mandíbula mientras enrollo mi labio superior. —¿Y qué hay de mi hermana? Ella pasó sus años tratando de moldearse en algo que quisieras.

Pero el diablo permanece imperturbable, con sus ojos en el camino delante de nosotros. —Anastasia entraría en mi casa como la esposa perfecta, sí, pero también como una espía entrenada. Tú, por otro lado... — Me da un rápido y despectivo escrutinio. —Dudo que sepas mucho de eso. ¿Intervenciones telefónicas? ¿Hackeo? ¿Traducción?

Siempre ponía los ojos en blanco ante las lecciones privadas de Ana, pero ella es fluida y alfabetizada en ruso, alemán, español e italiano, y hasta sabe algo de portugués y mandarín. Mi inglés puede estar bien, pero para una supuesta rusa, mi conocimiento del idioma es pésimo. Mis habilidades me prepararon para una vida normal, no una en el inframundo. Me muevo incómodamente en mi asiento y él lo nota.

Sacude la cabeza, las comisuras de sus labios levantándose ligeramente. —No pierdas tu tiempo intentando hacerme cambiar de opinión, pequeña Morozov. No cambia por nadie. — El coche se detiene frente a nuestra casa. —Te veré mañana.

Apretando los dientes con fuerza, abro la puerta del coche con más fuerza de la necesaria y salgo. Estoy a punto de cerrar la puerta de un golpe cuando él habla.

—Freya.

Es la primera vez que escucho decir mi nombre, y recorre mi columna, encendiendo un fuego bajo mi piel. Apretando la mandíbula, me giro para ver que la comisura de su cruel boca se ha curvado hacia arriba.

—Dile a tu papá que se mejore pronto.

❖ ❖ ❖

06

Freya

HAY UN VESTIDO que hice una vez. Una reinterpretación de uno de los viejos vestidos de Ana que salió horriblemente mal. Es una monstruosidad de satén y encaje negro brillante, con el dobladillo hasta las rodillas por delante y largo por detrás. Me daba demasiado vergüenza donarlo a alguna caridad, así que ahora atormenta la parte trasera de mi cómoda.

Había planeado usarlo para Halloween este año, pero en su lugar, decido ponérmelo hoy para el almuerzo con los Costas.

Aparte de una franja desnuda de mis hombros, estoy completamente cubierta. El vestido tiene finos tirantes y un escote recto que no muestra nada de escote. Lo he combinado con medias negras, zapatos de satén negro de Versace y un par de guantes de encaje negro ajustado que llegan por encima de mis codos.

Parezco una bruja. En pleno verano.

Incluso iba a optar por pintarme los labios de negro, pero mamá prácticamente me lo saca de las manos y me pasa una tonalidad de rosa nude en su lugar.

Ella frunce el ceño con disgusto, moviendo su mano en un círculo mientras señala mi vestido. —¿Qué estás tratando de lograr con esto?

Mirando mi reflejo, me aplico el pintalabios y presiono los labios. —Estoy tratando de ahuyentar a un sabueso infernal.

—Bueno. — Mamá me mira levemente. —Es tan feo que tu estúpido plan podría funcionar.

Trato de no reír mientras me aplico una capa extra de rímel en las pestañas.

Ana asoma la cabeza en mi habitación cuando mamá se va, y una expresión de preocupación se apodera de su rostro. Sus piernas se extienden por millas en su vestido corto, el material de un tono veraniego de mantequilla. Le queda por debajo de los hombros y hace que sus pechos se vean increíbles.

Le sonrío. —Te ves bien.

—Gracias. — Ella camina hacia mí, trenzando mi cabello desde atrás mientras sus ojos verdes se encuentran con los míos en el espejo. —No te ves tan mal, ¿sabes?

Eso... no es lo que buscaba. Necesito que diga que me veo tan mal que cualquier hombre con algo de dignidad rescindiría inmediatamente su decisión de casarse conmigo.

Frunzo el ceño. —¿De qué hablas? Me veo horrible.

Ana se encoge de hombros, con sus manos aún trabajando detrás de mí. —Bueno, sí. Pero también algo atractiva. De una manera sofisticada, gótica, soy lo suficientemente loca como para usar guantes de encaje y medias negras a noventa grados.

Hago una mueca. —¿Qué significa eso siquiera?

Ella suspira, finalmente atando la trenza al final. —Freya, esto no es diferente de lo que siempre usas.

Mis cejas se fruncen. —Sí lo es. Es feo.

Ella levanta una ceja como si dijera exactamente, y mi boca se abre. —Tú pequeña...

Me lanzo hacia ella, y ella ríe mientras sale corriendo de mi habitación, solo escapando por poco de mí. Nuestras peleas son mayormente triviales ahora, pero cuando peleábamos de niñas, casi siempre terminábamos con moretones. Aunque siempre ganaba yo. Estoy bastante segura de que le rompí el brazo una vez.

—¡Chicas! — grita papá. —Abajo. Ahora.

Con una última mirada a mi reflejo, recojo las capas de encaje en mis manos y de alguna manera bajo las escaleras. El brazo de papá está en un cabestrillo y todavía se está recuperando, pero insistió en venir al almuerzo hoy.

Desciendo la escalera paso a paso, y mamá sacude la cabeza mientras me mira. Papá parece confundido por mi apariencia, pero lo deja pasar. Irónicamente, cuando mira a Ana en las escaleras detrás de mí, una profunda ceja aparece en su rostro. —¿Qué llevas puesto?

—¿Qué llevo yo puesto? — La incredulidad pinta sus rasgos. Ella echa un brazo hacia mí. —¿Has visto a Freya?

Papá agita una mano en forma despectiva. —Ella está cubierta. Es bueno.

Por supuesto que no pensaría nada de mi vestido. No le importaba que fuera feo, solo que cubría más que el de Ana. Resisto la tentación de poner los ojos en blanco. Los hombres. Siempre tan territoriales.

—Papá, — murmura Ana. —Es pleno verano. Me moriré de calor si me visto como ella.

—Ella tiene razón, Yuri, — interviene mamá mientras su mirada desaprobadora se posa sobre mí. —Tu hija está loca.

Papá resopla, levantando una mano exasperada. —Ya he tenido suficiente de todas ustedes mujeres. Vámonos.

Nos subimos en dos coches, mamá y papá con dos hombres, y Ana y yo con Sergei y Dimitri.

—¿Cómo te sientes hoy, devochka? — me pregunta Sergei mientras abre mi puerta.

—Bien, — respondo con aspereza mientras me subo al coche. Él extiende la mano para ayudarme con mi vestido, pero recojo el tul yo misma, metiéndolo en el coche y cerrando la puerta.

Sé que Sergei probablemente lo decía en serio cuando dijo que lo intentó, que tiene incluso

menos poder que mi padre cuando se trata de los Costas, pero aún así estoy molesta con él por no recogerme ayer de la pista y obligarme a subir en un coche con el diablo en su lugar.

Ana se pega a la puerta opuesta para no ahogarse con todo mi tul. —¿Cómo es que no te estás irritando?

Riendo suavemente, bajo algunas capas solo para ver sus mejillas sonrojadas. Ella se estremece. —Siento que voy a salir con sarpullido con solo sentarme a tu lado.

Sonrío. Ahora esa es la reacción que estaba buscando.

Manejamos por un rato, Ana tarareando una canción de Harry Styles en la radio. El lugar está en territorio de los Costa, un bistró italiano en el corazón de Brooklyn. Cuando finalmente llegamos, tengo que recoger las montañas de encaje a mi alrededor antes de poder salir del coche.

Estamos justo frente a una pequeña tienda de adivinación, y hay un cartel en el vidrio que dice lecturas de tarot gratuitas. Ana lo mira con anhelo.

Delante de nosotros, Sergei y Dimitri ya han entrado al restaurante, pensando que estamos justo detrás de ellos. Mirando a Ana, sé que no entrará sin importar cuánto quiera, así que la arrastro hacia la tienda. Ella me pelea, por supuesto. —Freya, nos estarán esperando, no podemos simplemente...

—Shh, — la interrumpo, —no tardaremos mucho.

No tengo prisa por ver el rostro del diablo, de todos modos.

La campana suena tan pronto como entramos. Dentro, queman inciensos, el humo creando lentas y oníricas espirales en el aire. El lugar está lleno de pósters, baratijas y cristales, iluminado con una energía cálida y resplandeciente.

Hay una señora al frente, y cuando levanta la vista para mirarme, vislumbro su rostro. Con piel oliva, pómulos altos y cabello rizado y plateado, es extrañamente hermosa.

Su mirada se mueve entre Ana y yo, y una lenta sonrisa se extiende en su rostro al tomar en cuenta nuestros atuendos contrastantes.

—Hola, — digo mientras nos acercamos a su mesa, —Estamos aquí para la lectura de tarot?

—Claro, — dice, su voz liltante y calmante. Señala dos asientos vacíos frente a ella. —Tomen asiento.

Ana se sienta con cuidado, y después de un poco de lucha con mi vestido, yo también. La adivina baraja un juego de cartas, y sus ojos se posan en mí. —Solo voy a trabajar con los Arcanos Mayores. Lectura para sucesos a largo plazo o grandes, generales. ¿Está bien?

Como no tengo idea de qué significa eso, me vuelvo hacia Ana, quien asiente rápidamente. —Sí, está bien.

La señora asiente, su mirada aterrizando en mí. —¿Tu cumpleaños?

—Oh. — Señalo a Ana. —Solo para ella.

La adivina agita una mano en forma despectiva. —Leeré para ambas.

Me muevo incómodamente en mi asiento. —No creo mucho en esto...

Pero Ana rápidamente me da un codazo en el estómago, y yo suelto un corto, —Veintiuno de diciembre.

La adivina baraja su mazo de cartas, luego me lo extiende. —¿Podrías cortar el mazo por mí?

Saco un grupo desordenado de cartas y se las entrego, observando cómo cuenta veintiuna cartas en el mazo y selecciona una carta, volteándola sobre la mesa.

—Sacaste El Carro, — dice, —Simboliza control, fuerza de voluntad, éxito y acción. Una carta muy bonita. Significa que tu fuerte voluntad y determinación te ayudarán a superar lo que

está por venir.

Intrigada, asiento. Supongo que la lectura está acertada hasta ahora. Ella reorganiza el mazo y voltea la segunda. La carta muestra una especie de criatura con cuernos, sentada en un trono.

—El Diablo, — dice, —para el apego, la adicción, la restricción y la sexualidad. Debes ser cautelosa con la tentación.

La sangre corre a mis mejillas. No sabía que las cartas del tarot se ponían tan picantes. A mi lado, Ana sonríe, y de repente me pregunto si fue prudente arrastrarla aquí.

—Y tu última... — Ella la voltea, y un hombre y una mujer desnudos aparecen en la carta. —Los Amantes. — La adivina sonríe. —Para el amor, por supuesto, pero también la armonía, las relaciones, los valores y las decisiones. Iría en más detalle, pero tengo la sensación de que tienen prisa por ir a algún lugar, ¿no?

¿Amantes? Contengo una burla, en lugar de eso murmuro un pequeño, —Sí, en realidad. Estamos un poco tarde para… una reunión.

La adivina simplemente sonríe educadamente antes de dirigir su mirada a Ana. —Ahora, para ti.

Repite el mismo proceso, barajando las cartas antes de pedirle a Ana que corte el mazo, lo cual ella hace, ordenadamente y con cuidado. Y entonces le pide su cumpleaños, a lo que Ana responde, —Tres de agosto.

La adivina cuenta tres cartas y da vuelta la primera carta. En la carta, hay un bebé montando un caballo blanco bajo un sol, con girasoles en el fondo.

—El Sol —, dice ella. —La carta más positiva del mazo. Simboliza buena fortuna y armonía. Traes alegría y esperanza a los que te rodean.

Los labios de Ana se curvan hacia arriba. Luego, la adivina da vuelta la segunda carta — una torre sólida siendo alcanzada por un rayo, y la sonrisa de Ana vacila ligeramente.

—La Torre. Simboliza un cambio repentino, agitación, caos, revelación y... despertar. Puede que empieces a ver las cosas de manera diferente, y esto podría cambiar tu perspectiva de la vida.

Y cuando la adivina da vuelta la última carta, el rostro de Ana se derrumba por completo. Es un esqueleto o segador o algo sosteniendo una hoz.

—La Muerte —, dice la adivina, —una carta muy profunda. Simboliza finales, cambios, transformación o transición.

Por el supuesto simbolismo de la carta, estoy bastante segura de que Ana no va a morir en el corto plazo, pero la forma en que el color se desvanece de su rostro, parece que se lo está tomando demasiado en serio.

—Ana —, digo, sacándola de su estupor. Ella parpadea mientras tomo su mano. —Vámonos.

Nos levantamos y empujo a mi hermana desilusionada hacia la puerta. Antes de irnos, saco un billete de cincuenta dólares de mi sujetador, dejándolo caer en el pequeño frasco de propinas en la mesa de la adivina. Hay diversión en sus ojos grises cuando murmuro un rápido, —¡Gracias!

Salimos corriendo de la tienda, con la parte inferior de mi vestido arrastrándose por el pavimento detrás de mí. Para cuando entramos al restaurante, estamos sofocadas y sin aliento.

El peso pesado de alrededor de una docena de pares de ojos cae sobre nosotras desde la mesa en el centro del espacio. Más pesado que los otros, siento el calor abrasador de su mirada.

Los ojos de Torren se entrecierran, recorriendo desde mi pecho que sube y baja, deteniéndose en el relicario de corazón plateado alrededor de mi cuello antes de deslizarse por mi cuerpo hasta mis zapatos Versace. Qué desperdicio — una cara tan bonita en una persona tan horrible.

El lugar está lleno de italianos, todos involucrados en conversaciones. Unos cuantos niños corren alrededor, rozando mis tobillos. Dudo que mi futuro prometido intente uno de sus trucos en un restaurante tan concurrido, con niños corriendo alrededor, pero no lo descartaría. Ana me guía entre las mesas hasta que llegamos a la nuestra.

Papá se aclara la garganta a nuestra llegada. —Perdonen a mis chicas. Ana, Freya, siéntense.

Hay un asiento directamente enfrente de Torren y uno a unos cuantos asientos de él, al lado de Papá. Dejo que Ana tome el asiento al lado de Papá.

El primo de Torren, Luca, se sienta a su derecha, su tío Vito a su izquierda, y luego su papá, Salvatore. Como era de esperar, no esperaron a que llegáramos antes de pedir comida, y estoy bastante segura de que Torren y su papa ya han empezado a comer.

Luca nos mira a Ana y a mí, luego sonríe antes de inclinarse hacia el oído de Torren para susurrarle algo. La reacción del diablo es una cara seria.

El camarero finalmente llega a nuestra mesa, mirando entre Ana y yo. —¿Están listas para pedir?

El camarero me ofrece una sonrisa cálida cuando lo observo curiosamente. Con cabello rizado castaño, piel bronceada y ojos marrones, se ve lo suficientemente joven como para ser un novato universitario. —Nico — dice la placa metálica en su camisa.

Le devuelvo la sonrisa, mirándolo hacia arriba. Un movimiento controvertido, aparentemente, ya que enfrente de mí, Torren se aclara la garganta. Nico capta la mirada mortal del diablo, desviando la mirada de mí.

Rodando los ojos, hojeo brevemente el menú, pero después de un solo vistazo, sé lo que quiero.

—Voy a pedir la ensalada de camarones —, dice Ana desde detrás de su menú.

—¿Y para beber? — pregunta Nico.

Mi hermana baja su menú primorosamente. —Solo un vaso de agua, por favor. Sin gas.

Es una orden fácil y, por mi breve experiencia como mesera, sé que no debería necesitar anotarla, pero lo hace de todos modos. Nico se gira hacia mí, pero ya no me mira a los ojos.

—Yo quiero una hamburguesa y un batido de chocolate. — Coloco mis codos sobre la mesa y apoyo mi rostro en mis manos cubiertas de encaje, mirando hacia el joven camarero cuando digo con mi voz más dulce, —Gracias, Nico.

Los ojos de Torren arden. Nico traga saliva antes de recoger los menús de la mesa, casi corriendo para alejarse.

Unos minutos después, nuestra comida llega con un camarero diferente. Nico no se ve por ningún lado. Suspiro, quitándome los guantes de encaje y luego agarro mi enorme hamburguesa, sin molestarme en usar cuchillo y tenedor. ¿Quién diablos come una hamburguesa con cuchillo y tenedor, de todos modos?

Mamá me lanza una mirada fulminante.

Ana revuelve los camarones en su plato. Tal vez no fue tan buena idea llevarla a la tienda de la adivina. La lectura del tarot ni siquiera fue precisa. Amantes. Como si alguna vez me enamorara. Los hombres son... decepcionantes en el mejor de los casos.

A un asiento de mí, Mamá hace un escándalo con Papá, quien pidió sopa para poder comer con un solo brazo. Él gruñe. —No estoy discapacitado, Greta.

Aun así, ella toma su cuchara y sopla en su sopa antes de alimentarlo. Papá pone los ojos en blanco como si todo le molestara, pero no me pierdo la adoración escondida en su mirada.

Tuvieron un matrimonio arreglado y, a pesar de todo, la violencia de nuestro mundo, las pruebas a su relación, se aman. Contra todo pronóstico. Ana y yo nos miramos sobre la mesa, y sé que estamos pensando lo mismo. Genial. Ahora ambas estamos miserables.

Aun así, sigo terminando mi hamburguesa.

Es difícil ignorar la quemadura de su mirada contra mi piel. Cuando finalmente arrastro mis ojos hacia Torren, él está girando su pasta y mirándome como si fuera un chicle en la suela de su zapato. Miro hacia otro lado.

—El compromiso será en dos días —, anuncia de repente Torren.

Mi intestino se retuerce mientras todos guardan silencio. Pero el diablo es indiferente al volver a su pasta. La pincha con el tenedor y la introduce en su boca, apenas abriéndola. Mientras tanto, mi mandíbula duele por lo mucho que tuve que estirarla alrededor de la hamburguesa.

Papá hierve en su asiento. —Pensé que acordamos que esperaríamos al menos hasta la próxima semana.

Salvatore pincha a Papá con una mirada odiosa. —Podrías haber apreciado lo rápido que prepararon tu comida. Por eso vengo aquí. No me gusta esperar. Y creo que nos has hecho esperar lo suficiente, Morozov.

Mi corazón se hunde hasta el fondo de mi pecho. Dos días. En dos días me pondrá un anillo en el dedo. Y será real esta vez.

Mi visión de mi hamburguesa a medio comer se vuelve borrosa. Pero estoy sentada en clara visión de Torren, y no puedo — no voy a — dejarme llorar frente a él.

—Discúlpenme —, murmuro mientras me levanto bruscamente, recogiendo mis guantes de encaje.

El baño lleva a un jardín ordenado con flores hermosas. La vista debería llenarme de algún tipo de alegría, pero solo me hace sentir... triste. Vacía.

Caminando dentro del baño, me lavo las manos y luego me vuelvo a poner los guantes.

Estoy tan caliente y febril en este vestido. Solo quiero arrancármelo. Ana tenía razón — me está castigando mucho más de lo que lo hace a cualquier otra persona.

Me miro en el espejo, donde mi expresión preocupada me devuelve la mirada. No sé cuánto tiempo puedo seguir con esto. Enterrando mi rostro en mis manos, respiro rápido, reprimiendo las lágrimas. Aun así, salen y seco las esquinas de mis ojos para que no se corra el rímel.

Tendré que usar maquillaje a prueba de agua de ahora en adelante. La entrada del diablo en mi vida ha sacado más lágrimas de mí en días que las que normalmente tendría en años. Tomo una respiración profunda y exhalo. Y luego salgo del baño.

Solo para ser atrapada por una mirada oscura que hace que mi corazón se acelere. Instintivamente, doy un paso hacia atrás.

Torren está parado justo afuera, recostado contra la pared del jardín, y mirándome con una expresión aburrida. Desvío la mirada, la brisa secando la humedad en mis pestañas.

Me mira como si fuera una tarea. —¿Tomaste un descanso para llorar en el baño?

Lo miro fijamente, apretando mi mandíbula inferior. La ira recorre mis venas. Ahora tiene la satisfacción de verme llorar. Quiero arrancarle los ojos. Y sé que probablemente debería pensar dos veces antes de hablar, pero él fue quien me siguió aquí solo para insultarme. —Parece que tengo una reacción alérgica a los imbéciles intolerables.

Torren inhala bruscamente, dando un paso repentino hacia adelante, todavía con las manos en los bolsillos, y el aire corre a través de mis pulmones. La advertencia se desliza de mis labios. —Mi papá—

—No podrá protegerte todo el tiempo —, resume, inclinando la cabeza. —Especialmente con su brazo en cabestrillo.

Aprieto los dientes. —Tú le hiciste eso.

Una leve diversión ilumina sus ojos oscuros. —Estoy al tanto.

Sobre su hombro, hay un destello de cámara. Hay un hombre con una cámara apareciendo por encima de los arbustos inmaculados en el jardín. Torren se aparta para seguir mi línea de visión, con irritación en sus características. —Malditos reporteros.

Mamá tenía razón cuando dijo que los Costas dependen mucho de la presencia mediática, porque Torren ni siquiera intenta deshacerse del observador. En cambio, se vuelve hacia mí, sus ojos entrecerrándose con disgusto mientras me mira de arriba abajo. —¿Qué demonios estás usando?

Por supuesto. Mi atuendo es malo para su imagen perfecta. En comparación con su camisa de vestir bien planchada, mi conjunto es... desagradable. Inadecuado. No exactamente reminiscente de la pareja perfecta que quiere que aparezca en los periódicos. Qué pena. Si eso

era lo que quería, debería haber ido con Ana. Reprimo una sonrisa. —Es alta costura.

Él me lanza una mirada repugnante. —¿Sueles vestirte como un desecho de la moda?

El insulto no cala. De hecho, es exactamente lo que quiero. —Si digo que sí, ¿cancelarás el compromiso?

Sus ojos se entrecierran. —Mientras no andes caminando desnuda, — dice, —me da igual.

—¿Y si lo hago? — digo, levantando la barbilla para encontrar su mirada. —¿Andar desnuda?

No estoy totalmente en contra de la idea. Si significa perder una pizca de dignidad para salvarme una vida de sufrimiento, no es un mal trato.

Si Torren no estaba molesto antes, ahora lo está. La incomodidad prácticamente irradia de él, emanando de su cuerpo en ondas.

Su voz sale como un gruñido. —No me pongas a prueba.

La advertencia es música para mis oídos, porque significa que estoy logrando irritarlo. Ese desapego frío es solo una fachada para alguien que se altera con demasiada facilidad. Me encojo de hombros, y sus ojos recorren mis hombros desnudos, fijándose en el relicario de corazón plateado alrededor de mi cuello.

—Tu hermana es virgen —, dice, —¿lo eres tú?

Por un momento, me quedo perpleja por la pregunta, preguntándome si escuché bien. Soy una persona directa, pero — ¿cómo se atreve? Debe estar loco si piensa que realmente respondería una pregunta tan estúpida e invasiva. Respirando, estabilizo mi voz. —Si digo que no, ¿cancelarás el compromiso?

Su lengua presiona el interior de su mejilla, con sus ojos oscuros destellando. —No.

Veo lo que estamos haciendo. Estamos discutiendo los términos del contrato. De una manera retorcida, abrasiva y artificiosa. Me tomo mi tiempo recorriendo su figura con la mirada.

Solo lleva puesta una camisa blanca de vestir, y me doy cuenta de que es lo único que le he visto usar. Las mangas están arremangadas hasta la mitad, revelando antebrazos gruesos y bronceados. Tinta negra se esparce por sus nudillos izquierdos. Aún es más alto que yo con mis tacones de plataforma. Es irritante como el infierno.

Dado que me hizo una pregunta tan invasiva, tomo la decisión ejecutiva de hacer la mía. Planteo la pregunta como si fuera un cuchillo en su pecho.

—¿Se espera que tenga sexo contigo?

Los ojos de Torren brillan, como si no esperara que fuera tan directa. Su mirada oscura desciende por mi frente, menos distante esta vez. Es como si estuviera desnudando el encaje negro capa por capa. Mis mejillas se sonrojan, mi pulso se acelera bajo mi piel por la inspección descarada. Su mandíbula se tensa y algo irreconocible destella en sus ojos antes de volverse acerbo, como si lo que encuentra bajo las capas solo le disgustara. —No.

No esperaba esa respuesta. Más audaz ahora, pregunto: —¿Lo conseguirás de otra persona, entonces?

Es otra pregunta letal, y estoy empujando el cuchillo más adentro.

Él guarda un silencio mortal.

Impaciente, hablo de nuevo. —Si tú puedes ver a otras personas, entonces yo también puedo.

Y ese es el giro final del cuchillo. El que desencadena una desafortunada cadena de eventos.

Cruzo mis brazos para enfatizar mi punto, y la correa de mi vestido cae. Los ojos de Torren siguen el movimiento, y se coloca frente a mí, bloqueándome con su ancha espalda justo antes de que una cámara destelle a lo lejos.

Maldiciendo entre dientes, agarra mi muñeca, su tacto calloso una marca roja y ardiente en mi piel mientras me arrastra a un rincón más oscuro, donde estamos protegidos de la mirada invasiva del paparazzi.

Me suelto de su agarre, pero coloca sus palmas planas a cada lado mío, encerrándome. Contengo el aliento, mi piel ardiendo. De cerca, su cabello oscuro cae sobre su frente mientras me mira a través de sus gruesas pestañas, sus ojos oscuros están llenos de odio. —Lo mío es mío.

No me siento halagada por la declaración. Para él, solo soy un juguete que no quiere compartir. Pero yo no soy un juguete. Nunca seré otra cosa que un jugador en el juego. Y ahora, estoy jugando contra todo pronóstico y el oponente más letal: el diablo mismo. Cuando hablo, mi voz sale más entrecortada de lo que pretendía. —Supongo que los tríos están fuera de cuestión, entonces.

Algo salvaje se manifiesta en su mandíbula, una ira cruda brillando en sus ojos. —Tu maldita boca—

Su mirada se dirige inmediatamente a mi boca cuando lo dice, y se queda allí un momento demasiado largo antes de fruncir el ceño y volver a mirarme a los ojos. Trago saliva, tratando de ocultar mi reacción a su proximidad. Estamos tan cerca que estamos respirando el mismo aire, tan cerca que el aroma de su colonia — jabon fresco, almizcle blanco y destellos de cítricos — invade todos mis sentidos.

—¿No tienes miedo? — digo, sin aliento. —De que te robe todo tu dinero y me escape?

Él suelta una risa sin humor. —Usa mi tarjeta todo lo que quieras. No tendrás acceso a los fondos de la corporación.

Aprieto la mandíbula, rehusándome a retroceder. —Podría quedarme casada contigo unos días y luego pedir el divorcio.

Una sonrisa lenta toca sus labios. —Empiezo a pensar que no leíste ese contrato, pequeña Morozov. Te quedarás casada conmigo indefinidamente. Hasta que uno de los dos muera.

Aprieto la mandíbula de nuevo. Tiene razón. No me molesté en leer el contrato. Levanto los ojos para encontrarme con los suyos. —Podría suicidarme.

Hay un destello de emoción implacable en sus rasgos. —Podrías.

Trago saliva. —Podría matarte.

Sus labios se levantan a un lado. —Podrías intentarlo.

La frustración sube por mi garganta. —No soy estúpida. Sé lo que estás tratando de hacer. Estás tratando de usarme para llegar a mi padre.

Sus ojos se estrechan en rendijas. —Buena observación. Eso es exactamente lo que voy a hacer, y va a funcionar. Serás mi esposa y destrozará a tu padre. ¿Quieres quitarte la vida? — Levanta una mano para sacar su pistola y me la apunta. —Adelante.

Todo lo que quiero es que esta grotesca pesadilla termine. Mi mirada se posa en el arma. No puedo decir que la idea no me tiente. Toda mi vida, me han dado tanto espacio como sea posible. Más libertad de la que una hija de la mafia merece. Será una muerte lenta — la muerte de mi alma. Me matará estar cautiva por este monstruo, quedarme a su lado y obedecer sus órdenes. Y matará a mi padre verme haciéndolo.

Mi mano se levanta, como poseída, y por un segundo, es como si la pistola llamara mi nombre. Como si la muerte por mis propias manos fuera mucho más dulce que por las de cualquier otro. Los ojos de Torren arden al darse cuenta de que preferiría matarme antes que casarme con él.

Aparta el arma un centímetro de mi alcance antes de murmurar, —En ese caso, aún tendría a tu hermana. No es la favorita de papá, pero servirá.

Y así, retiro mi mano a mi lado. Prefiero la muerte de mi alma a la muerte de Ana. Ella tiene mucho más que perder, de todos modos. Haré cualquier cosa para protegerla, ahora que tengo la oportunidad, y él lo sabe. Hay una mirada perturbada en sus ojos, pero desaparece en un instante. Guarda la pistola un poco demasiado rápido, frunciendo el ceño mientras me mira.

—Se espera que te mudes al territorio de Costa después del compromiso. Más específicamente, te mudarás conmigo. Donde pueda vigilarte.

Es como si el aire fuera succionado de mis pulmones. ¿Tengo que mudarme con él? ¿En dos

días? ¿A su casa, donde puede controlar cada uno de mis movimientos?

—No. — Respiro, con los ojos muy abiertos. —No.

Se separa de la pared, creando distancia entre nosotros mientras se apoya en la pared opuesta, metiendo las manos en sus bolsillos. —No es negociable, pequeña Morozov. Serás libre de visitar a tus padres cuando quieras. Acompañada de un guardia.

Ahora que hay algo de espacio entre nosotros, finalmente puedo respirar. Pero cada respiro que tomo hace que mi pecho se agriete. Esto es demasiado pronto. Demasiado real.

Torren frunce el ceño. —¿Te permitían salir sin guardias a menudo?

—Sí. — Aprieto los dientes. Papá nunca me obligó a tener seguridad. Tenía completa libertad en la universidad. —Nadie sabía quién era realmente.

—Ahora todos lo sabrán.

Genial. Así que no solo tengo que vivir con un imbécil insufrible, también tengo que perder mis derechos a la privacidad. Aprieto los dientes mientras lo miro. —¿Así que solo soy una prisionera?

No lo niega. En cambio, dice, —Se te dará todo lo que quieras. Solo tienes que pedirlo.

Mirándolo, muerdo mis labios. —Sé lo que quiero.

Los ojos de Torren arden en los bordes, como la cereza de un cigarrillo, pero aún así toma el cebo. —¿Qué?

Es algo peligroso, peligroso de decir, y estoy jugando con fuego, pero le lanzo una sonrisa sardónica y lo digo de todos modos. —Quiero que estés muerto.

Es la verdad. Cada palabra. Todo sería monumentalmente más fácil si él simplemente no existiera. Pero tan pronto como las palabras salen de mis labios, sé que cometí un gran error. Me

doy la vuelta y, en los segundos que tengo, trato de escapar ilesa.

Más rápido de lo que esperaba, Torren se lanza hacia mí. Me presiona contra la pared, el impacto me deja sin aliento. Sus dedos rudos rodean mi garganta, aplicando presión — fuerte, pero no lo suficiente para aplastar mi tráquea.

—¿Sabes, — gruñe, su voz profunda y áspera, perdiendo su fachada calmada, —lo que les hago a los hombres que me faltan al respeto?

Hay apenas espacio entre nosotros. Apenas espacio. No puedo respirar de nuevo, y no tiene mucho que ver con el hecho de que sus dedos están alrededor de mi garganta. Una energía encendida bulle entre nosotros.

Sostengo su mirada letal, levantando ambas manos mientras clavo mis uñas en su mano para que me suelte. No funciona. Todavía no le tengo miedo. Si acaso, mi odio solo se intensifica, hirviendo bajo la superficie de mi piel.

Los músculos tensos de su cuello se tensan mientras me mira, y sus pupilas están tan dilatadas que sus ojos son casi completamente negros. Sus rasgos se retuercen con odio. —Les arranco la puta lengua.

Lo miro alarmada, parpadeando, pero no estoy dispuesta a retroceder. Cuando me mira, es como si algo encajara en su lugar. Su cuerpo se relaja, y sus pupilas se contraen un poco.

Trago mientras él lentamente afloja su agarre en mi garganta. Ambos estamos respirando pesadamente. Hay una ligera alarma en sus ojos mientras parpadea, como si no esperara que provocara una reacción tan grande en él.

Torren Costa, siempre tan calmado y compuesto. Me pregunto qué diría la gente si lo viera así, tan salvaje y descontrolado. Sus verdaderos colores. Me pregunto cuánto tiempo tomará para que me arruine.

O tal vez yo lo arruine a él primero.

Medias lunas de mis uñas están grabadas en la piel de su mano, puntos de sangre emergiendo para llenar las marcas. Tal vez me convierte en una sádica, pero un deleite feroz

estalla dentro de mí al saber que pude infligirle dolor, aunque sea pequeño e inconsecuente.

Y porque nunca fui de las que mantienen la boca cerrada, murmuro: —Suerte que no soy un hombre.

—No un hombre, — murmura, aún en mi oído. —Pero apenas una dama.

¿Qué? Me lanzo hacia él, a dos segundos de arrancarle la lengua cuando se da la vuelta, atrapando mi brazo tan rápido que casi grito. Me tira bruscamente hacia él, y mi labio se curva con rabia.

—¿Quieres un consejo, pequeña Morozov? — Torren murmura en mi oído. Trato de sacar mi mano de su agarre, pero su sujeción es de acero. —Vive la vida que tu padre planeó para ti.

Presiona sus dedos en mi muñeca, ardientes a través del encaje negro de mi guante. —Deja que tu hermana tome tu lugar. — Tira del guante, quitándomelo del brazo completamente, dejando mi mano izquierda desnuda y expuesta. —Corre.

Aprieto los dientes mientras estruja mi guante, guardándolo en su bolsillo en un solo movimiento fluido. Entonces, sin decir palabra, se da la vuelta y se aleja.

Salgo, y diez minutos después, firmo el contrato.

❖ ❖ ❖

07

Freya

GIMO, DÁNDOME LA VUELTA ENTRE MIS SÁBANAS cuando alguien abre la ventana de mi habitación, dejando entrar una luz brillante. Es Ana, y está paseando por mi cuarto con un sujetador deportivo amarillo aciano y shorts.

Se despierta en las primeras horas de la mañana para hacer ejercicio, se aburre y luego entra en mi habitación para molestarme. Debería realmente cerrar la puerta con llave, pero cada noche estoy tan cansada que se me olvida.

Estoy a punto de envolverme en la sábana cuando Ana me arranca completamente el edredón.

—¡Joder, Ana, para!

—No! — Ella alza los brazos en el aire. —Tu habitación es un desastre. Tú eres un desastre. Ya casi es la una y aún no te has despertado.

No se equivoca. Mi habitación es un caos. Hay ropa tirada por todos lados. Mamá prohíbe que las sirvientas la recojan porque el negro de mi ropa siempre destiñe la otra colada, así que tengo que lavar mi ropa yo misma.

Gimo de nuevo, con un dolor de cabeza punzante en la sien. —Creo que puedo tener algún tipo de depresión aguda.

—¿Sabes lo que yo pienso? — Ana levanta una ceja. —Creo que necesitas levantarte, cepillarte los dientes y darte una ducha.

Una brisa fresca golpea mis piernas desnudas y miro hacia mis ventanas completamente abiertas. Le doy una mirada profundamente irritada. —¿Tenías que abrir las ventanas?

—Tu habitación está tan oscura, — contraataca, sentándose en mi sofá de caoba. —Tengo que abrirlas si quiero ver algo aquí dentro.

Desde que me mudé para la universidad justo después de la secundaria y pasé poco tiempo en casa durante las vacaciones, mi habitación está preservada mayormente como era en la secundaria. Estaba claramente demasiado cómoda con usar un rodillo, porque todas mis paredes son negras y están cubiertas de pósteres de bandas de rock. Parece una réplica más oscura de la habitación de Kat Stratford.

—Me gusta oscura, — digo. —No puedo dormir si mi habitación no está completamente oscura.

Me doy la vuelta, enterrando mi rostro en la almohada ya que mi hermana no me dejará revolcarme en paz.

—Sabes, — dice ella, —pedí comida tailandesa...

Y en ese instante, me levanto torpemente de la cama. —Estoy despierta. Estoy despierta.

Tenemos cocineras, pero de vez en cuando pedimos comida para llevar. Honestamente, fui yo quien enganchó a Ana a la comida tailandesa. Ahora la usa como incentivo para que me levante de la cama y limpie mi habitación. Clásico.

Cuando vuelvo a mi habitación recién duchada, Ana ya ha limpiado una pequeña parte de mi cuarto. Me pongo una camiseta de AC/DC de gran tamaño que me llega hasta las rodillas, y gotas de agua caen al suelo desde las puntas de mi cabello mientras me abro paso entre los montones de ropa hacia ella.

Enrollando mi cabello en una toalla, tiro todos los envoltorios de comida en la basura y recojo todas las gomas de pelo que creía haber perdido, devolviéndolas a la caja que está en mi tocador. Miramos a nuestro alrededor en mi habitación, y ahora que está menos desordenada, no se ve tan mal.

El teléfono de Ana vibra y ella lo saca. —La comida ha llegado.

Y como si fuera una señal, mi estómago ruge.

La comida huele tan bien que siento ganas de romper los envases de aluminio allí mismo, pero Ana me lanza una mirada de advertencia y llevamos todo a su habitación en su lugar. Ella enciende su pantalla plana, poniendo Cómo perder a un chico. Está solo como música de fondo en este punto. He visto esta película más de cien veces por ella.

Mientras me fui a la universidad, Ana se quedó en casa y tomó sus clases en línea, por lo que su habitación es renovada y moderna. Sus paredes son de un blanco cremoso, sus armarios elegantes. Tiene ropa de cama esponjosa blanca con cojines amarillo pastel, su armazón de cama decorado con luces de hadas brillantes. Incluso tiene un pequeño jardín de cactus en su alféizar de ventana.

Me meto algunos fideos en la boca con los palillos y casi gimo.

—Freya.

No levanto la mirada de mi comida. —Hmm.

—Tal vez debería darte un curso intensivo.

—¿Curso intensivo?

Ana me mira a los ojos. —De etiqueta.

Frunzo la cara. —¿Etiqueta?

Asiente. —Etiqueta. Sabes, como modales.

Me río con la boca llena de fideos. —Sé lo que es la etiqueta.

Ella levanta una ceja a los fideos colgando de mi boca.

—Está bien, de acuerdo, — digo, moviendo los palillos en el aire. —Tal vez necesito un retoque en ese departamento.

—Bien, ¿estás lista?

—No, pero me lo vas a decir de todos modos, ¿verdad?

Ana sonríe primorosamente. —Por supuesto que sí. Primera regla. Come elegantemente. No mastiques con la boca abierta. — Me empuja la barbilla para cerrarla. —No hables con la boca llena. — Y luego me aprieta las mejillas obligándome a tragar.

Grito y le lanzo una mirada hostil, recogiendo más fideos.

Ana suspira. —Usa un cuchillo y un tenedor. — Me da una mirada significativa. —Incluso con una hamburguesa. Usa una servilleta para limpiarte alrededor de la boca mientras comes. Come despacio y con bocados pequeños.

Pongo los ojos en blanco.

—Tercera regla, — dice, —Vístete adecuadamente.

Ahora mismo solo llevo una camiseta grande y nada de pantalones. Me deprime saber que no podré hacerlo después de mañana, y mi garganta se seca. —Tengo sed.

—Lo que nos lleva a otra regla. No bebas demasiado alcohol. Personalmente, me encanta una copa de vino tinto seco de vez en cuando. Pero hay una línea que nunca debes cruzar.

No aprecio que convierta mi sed en una lección.

Ana apunta sus palillos hacia mí. —No me pongas esa cara, sabes de lo que estoy hablando... Emborracharse completamente hace que parezca que te faltas el respeto a ti misma.

Pongo una cara. —Eso es una tontería...

—Segunda regla. No bebas. Sé amable. Sé generosa con los que te rodean. Por supuesto, no dejes que nadie te pisotee. Si alguien te trata mal, no necesitas aceptarlo. Establecer límites personales saludables es también una señal de una dama elegante que conoce sus valores y su

valer.

Frunzo profundamente el ceño. —Ana, ¿te estás escuchando ahora mismo? ¿Sabes qué tipo de persona es Torren Costa? ¿Crees que va a respetar mis límites personales saludables?

—El contrato establece que no debe hacerte daño de ninguna manera. Sabes que Papá nunca...

Levanto una mano exasperada en el aire. —¡Es un tramposo, Ana! No cumple su palabra. Si lo hiciera, no habría cambiado de opinión.

Ella guarda silencio, y el hecho de que no me contradiga muestra cuánta razón tengo.

Sacudo la cabeza, levantando una mano indiferente. —Olvídalo. Hay demasiadas normas. No puedo seguir el ritmo.

La mandíbula de Ana se tensa. Luego, la ira lentamente se desvanece de su rostro. Mira sus pies, suspirando. —Mira, Freya, solo quiero que estés a salvo. Si te comportas, no te harán nada.

Esperar que me comporte es una proeza. Y Ana lo sabe. Qué piensan que soy, ¿acaso una niña? Soy una adulta con un cerebro completamente formado. Nunca dejaré que nadie me mande.

Ella suspira. —¿Recuerdas cómo solías colarte en la oficina de Papá cuando eras más joven?

Dejo de masticar.

No me mira a los ojos, pero hay una pequeña sonrisa en sus labios. —Nunca te atraparon. Traté de hacerlo una vez, sabes. Pero no tuve tanta suerte. Papá estaba furioso, diciéndome que podría haberme hecho daño. Que nunca lo desobedeciera de nuevo.

Por un momento, me mira con una expresión suave en la cara. Como si me fuera a extrañar. Extrañar lo que quede de mí cuando me haya ido.

Trago mi comida. —Dijo que podía visitarlo cuando quisiera, ¿sabes? Torren.

Los ojos de Ana se agrandan. —¿Por qué no me lo dijiste? Te dije que no es tan malo.

Me río con sarcasmo. Claramente tenemos algunos problemas si mi futuro marido darme permiso para ver a mi propia familia es un lujo.

Ana me mira a los ojos. —Ayer, en el almuerzo. Vi la cara que pusiste cuando saliste del baño y firmaste el contrato. ¿Qué dijo?

Metiendo arroz en mi boca, —Me eligió porque no estoy entrenada. Porque es menos probable que le espíe.

No digo nada sobre cómo dijo que soy la favorita de papá. La expresión esperanzada de Ana se desvanece. Alzo una ceja. —¿Sigues pensando que no es tan malo?

—No te dio opción?

Sí, pero su definición de opción está tan alterada que podría no existir en absoluto. Si le digo la verdad, Ana nunca me dejaría ocupar su lugar. Estoy atrapada entre querer salvar a mi hermana de un matrimonio sin amor y querer que ocupe mi lugar porque está mucho más preparada que yo.

Entrecierro los ojos. —¿Lo amas?

Ana permanece callada por mucho tiempo. De repente, me arrepiento de hacer la pregunta, porque ella deja su comida a un lado, como si no pudiera comer más. Justo cuando pienso que saboteé la conversación, ella habla, sin mirarme a los ojos.

—No, — dice, —Tenías razón. No sé lo suficiente sobre él para amarlo. Y desearía ser suficiente para él, pero no creo que lo sea. Pero quería que funcionara. Quería... algo.

Ella aún no me mira a los ojos, como si le avergonzara admitirlo. Realmente dejó que ese imbécil afectara su autoestima. No puedo culparla. No soy inmune a sus insultos. Cuestionó prácticamente mi feminidad. Dijo que apenas era una mujer. Dios, quiero estrangular a ese

imbécil.

Ella buscó el amor que nunca encontraría en la vida real en la ficción, y yo no creo en el amor porque si Ana, la persona más encantadora del mundo, no puede encontrarlo, ¿cuáles son mis probabilidades? Y si no creo en el amor, es justo que le dé a Ana una oportunidad de encontrarlo.

Suspiro, acostándome en la cama mientras miro al techo. —No me dio opción.

Ana permanece en silencio. Me concentro en el techo. —¿Esto realmente está pasando?

—El compromiso es mañana, Freya, — dice, —Te guste o no.

De acuerdo. Va a haber un compromiso. Acepto eso. Pero lucharé hasta el final antes de tener que casarme con él. O con cualquiera. Nunca me casaré. Tomé esa decisión a los dieciséis años y me mantengo en ella. Pero para derribar al enemigo, debes conocerlo primero.

—Ana. — Miro a mi hermana. —¿Crees que podrías enseñarme algo de italiano?

❖ ❖ ❖

08

Torren

ESCOGIMOS la azotea del penthouse de Manhattan para el compromiso. Realmente, Luca la escogió cuando seguía insistiendo en el lugar y le dije que escogiera uno y que se largara.

Estamos en el piso treinta y siete de Hampshire House, uno de los edificios más exclusivos de Central Park con servicio de guante blanco. Paredes de cristal, tragaluces y grandes ventanas. Es una de nuestras propiedades más impresionantes, y los medios de comunicación se lo devorarán.

Odio tratar con relaciones públicas, pero nos ayudan a mantener nuestra imagen inmaculada. Así que cuando me dicen que asista a sus reuniones en la Bolsa, lo hago. Y cuando me dicen que pose para la portada de Forbes, también lo hago.

—Las personas creerán cualquier cosa si tienes la cara adecuada. Una sonrisa encantadora de mi parte y se lo tragan todo. Es gracioso cómo pocos sospechan que las generosas donaciones de la fundación Costa a la caridad provienen de la distribución masiva de narcóticos ilegales.

Echando un vistazo alrededor, no puedo evitar preguntarme cuánto le habría encantado a Sof planear algo así, pero el pensamiento solo hace que mi sangre hierva. Esperé cinco años para esto. Cinco años para ver la desesperación en la cara de Yuri mientras le arrebato su posesión más preciada de sus garras y me la quedo para siempre.

O por el tiempo que dure, al menos.

Los Morozov llegan tarde. Como siempre.

La pequeña Morozov es un agujero negro personificado. No puedo creer que dejara que me alterara tanto hace dos días en ese almuerzo. Tenía el control de la presión de mis dedos alrededor de su cuello, pero ella solo necesitaba provocarme un poco más para que lo perdiera. La habría estrangulado ahí mismo si no me hubiera mirado con una leve confusión entre la

desafiante mirada de sus ojos color avellana.

Ese tipo de ojos no deberían pertenecer a una chica tan nefasta.

Le ofrecí mi arma para que se suicidara y estaba a punto de hacerlo. Habría elegido la muerte antes que casarse conmigo.

He lidiado con hombres mucho más insufribles que ella sin pestañear, pero por alguna razón, ella me irrita enormemente. Nunca he querido herir a nadie tanto como quiero herirla a ella. Pero nunca he puesto un dedo sobre una mujer, y no planeo hacerlo.

Las evidencias de su voluntad de luchar están grabadas en las cicatrices de mi mano derecha, de cuando me clavó las uñas. Y maldita sea, ni siquiera puedo decidir si odio las marcas o no. Tampoco puedo dejar de mirarlas.

Metiéndome las manos en los bolsillos, levanto la vista para encontrar a Luca con una maldita acompañante pegada a su costado. Una Barbie rubia platino, sus tetas falsas estallan a través de las costuras de su vestido dorado y escotado. Es barato y de mal gusto, justo por donde va mi idiota primo.

Se dirigen hacia mí y, solo para mi suerte, la chica se acerca a mí con los brazos abiertos.

—Oh, hola —ronronea Barbie, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros—. Felicidades por tu compromiso. El lugar es increíble.

Su perfume es demasiado fuerte para soportar. Aprieto la mandíbula mientras me aparto de su toque. Ella frunce el ceño al volverse hacia Luca, quien sale en su defensa un poco tarde.

—Ay, nena —dice él—, sabes que no quiso decir eso.

—Lo dije en serio.

Luca me lanza una mirada significativa antes de darle una palmada en el trasero a Barbie. —Ve a ver la vista, estaré allí pronto.

Luego se vuelve hacia mí. —¿Hablas en serio?

Me encojo de hombros. —La chica se me estaba echando encima. Si pudiera escoger, me habría follado aquí mismo.

Luca suspira, pasándose una mano por la cara. —¿Puedes al menos fingir que te lo estás pasando bien? Es tu compromiso y pareces como si te hubiera pasado algo grave.

Empieza una conmoción en la multitud reunida detrás de mí, y me doy la vuelta para ver de qué se trata.

Los Morozov. Ya era hora.

Yuri no es de espectáculos glamorosos, pero hoy está vestido elegantemente, con un traje bien ajustado y su cabello gris rapado. A su lado, Greta juega el papel de la esposa arquetípica, en un recatado vestido verde botella con un chal alrededor de los hombros.

Me vuelvo hacia mi primo. —No sabía que tenías una inclinación por los pensionistas.

—Primero —replica Luca—, no juzgues las inclinaciones. Y segundo, no estoy mirando a ellos, imbécil. Estoy mirando a ella.

El objeto de su atención entra en vista. Y no puedo creerlo. Porque a la luz, Freya Morozov es irreconocible. Su cabello castaño con reflejos rubios está suelto, cayendo en ondas hasta su espalda. Lleva algún tipo de maquillaje que hace que sus ojos parezcan más grandes y brillantes, y un abrigo de piel crema está drapeado sobre sus hombros mientras discute con su madre.

La cara de Greta destila desaprobación mientras sus palabras llegan desde la distancia. —Pensé que te dije que usaras el vestido de lentejuelas.

Freya hace una mueca. —Era demasiado llamativo.

La cara de Greta se tuerce con desagrado. —Te vas a comprometer. Necesitas destacar. ¡Mira a tu hermana, tan radiante y hermosa!

Detrás de ellas aparece Anastasia. Es objetivamente atractiva, en un vestido amarillo brillante que se ensancha en la cintura y muestra un considerable escote.

Freya gime.

—¿Y este abrigo? —Greta niega con la cabeza—. No estuve de acuerdo en que usaras negro para que anduvieras vestida kak monakhinya v monastyre. ¡Quítate el abrigo!

Conociendo lo poco que sé de esta chica, de su temperamento, sé que se enfrentará a su madre.

Pero no lo hace. Obedece.

Frustrada, Freya se quita el abrigo de piel.

Mi sangre se calienta.

El vestido es corto. Negro. Siempre viste de tonos negros. Pero a diferencia de otras veces, este vestido se ajusta a la forma de su cuerpo. También muestra mucha más piel. Sus clavículas están desnudas, y el escote se sumerge, mostrando algo de escote. Hay un recorte en la espalda y sus brazos. Puedo ver todo: el contorno de sus tetas, la curva de su trasero. Maldita sea. Una chica amarga con el trasero más dulce.

Anastasia lleva amarillo brillante. Pero irónicamente, es Freya, no Anastasia, quien sigo encontrando en la multitud. Freya, en ese maldito vestido negro y ajustado.

No pierdo el tañido de sus tacones negros acercándose. Y en lugar de venir hacia mí, la pequeña Morozov pasa directamente por mi lado. Su aroma queda, una mezcla de vino dulce y frambuesa. Me está evitando. Curioso, ya que soy yo quien le pondrá un anillo al final de esto. Aun así, nunca me han ignorado tan abiertamente, y me irrita enormemente.

Luca se ríe. —Quizás me equivoqué con ella.

No le dedico ni una mirada. —¿De qué demonios hablas?

—Tu prometida, hombre. Está buenísima. —Silba entre dientes—. Pensé que estabas loco cuando pediste a la otra hermana. Pero maldita sea.

Aprieto los puños para no estrellarlos contra su mandíbula. Ya sea que pueda soportar a

Freya o no, faltan solo unos momentos antes de que se convierta en mi prometida ante el mundo. Y cuando Luca la falta al respeto, me falta al respeto a mí.

—Una vez más —musito entre dientes—, y no estaremos teniendo esta conversación.

Luca retrocede. —Maldita sea, T. Solo estaba bromeando, hombre. Además, tengo mi dulce aquí mismo.

Señala a Barbie, que está al otro lado, hablando con un hombre el doble de su edad. Luca se aleja, dejándome mirar la multitud. Probablemente para su propio bien, ya que estaba a dos segundos de noquearle.

Mientras Ana habla con uno de mis mayores financiadores y dueño de un gran conglomerado, Freya está hablando con algún maldito camarero. Su cabello castaño con reflejos rubios no está en la trenza en la que siempre lo lleva. En cambio, está cepillado y cae por su espalda, grueso y brillante. Probablemente por orden de su madre.

La pequeña Morozov se ríe de algo que dice el camarero, y estoy demasiado lejos para escuchar el sonido. Lo tolero un rato, hasta que no puedo más. La irritación enciende dentro de mí, mientras se ríe de algo que dice el camarero. ¿Tiene algún problema con los camareros o algo así? Este imbécil mira descaradamente sus tetas.

Me acerco, acercándome detrás de Freya mientras encuentro la mirada del camarero. Es joven. Y aterrado.

Bien.

Carraspeo. —¿Le pagamos para que se quede en un lugar tanto tiempo?

Parpadea rápidamente, luchando por mantener mi mirada. —No, señor.

Y así de rápido, desaparece de mi vista.

Perfecto.

Siento el peso ardiente de la mirada de Freya en mi espalda. Pensé que mi intrusión la

alteraría, pero está en silencio. Me giro para enfrentarla y me cuesta esfuerzo no bajar mi mirada al escote de su vestido.

Y descansando sobre su clavícula está ese relicario de plata, en forma de corazón. Ni siquiera lleva el emblema de los Morozov —sería tonto hacerlo en público—, pero ¿aun así lleva ese maldito relicario en forma de corazón? ¿Quién se lo dio? ¿Un amante?

Aprieto y suelto la mandíbula. —Firmaste el contrato.

Me ignora. Ni siquiera se molesta en mirarme —solo cruza sus brazos para mostrar cuán indiferente está. La acción solo empuja más sus tetas hacia afuera, de forma que se asoman un poco por el escote de su vestido.

Apretando los dientes, desvío la mirada. —No sabía que llegarías tan lejos para proteger a tu hermana mayor.

Aún sin respuesta. Ni siquiera me está mirando. La frustración corre por mis venas. Sigo su mirada, donde Greta está hablando con el magnate de Anastasia. Greta sonríe amorosamente, presionando la cabeza de Anastasia contra su pecho mientras la sostiene con cariño. Freya observa la escena con clara añoranza en sus ojos.

Me vuelvo hacia ella. —¿Quieres saber algo más que noté?

Esta vez, me dedica un breve destello de sus ardientes ojos avellana. La pregunta está en su mirada, aunque no la diga. ¿Qué?

Una sonrisa lenta. —Tu madre te desprecia.

Toco un nervio. La frialdad indiferente que tenía hacia mí antes es reemplazada por una ira ardiente. Muerde con fuerza —lo suficiente para que note el tic en su mandíbula perfecta antes de mirarme con furia. —No sabes nada.

Y entonces me doy cuenta. Porque su padre siente la necesidad de protegerla, por qué estaba escondida todo este tiempo. No puedo decir que no se me ocurrió el pensamiento durante los años que esperé, pero lo descarté basándome en que Yuri siempre fue leal a su esposa.

Pero ahora, no puedo creer que no lo haya descubierto antes. —No eres de ella.

Me alegro de no haber sacado más información de Lucky ese día. Me alegro de haberme negado cuando Luca preguntó si debía conseguir un expediente sobre ella. Porque estoy disfrutando esto. Demasiado.

Hay verdadero dolor en sus ojos. Lágrimas que brillan como diminutos diamantes en el borde de sus ojos.

Una intensa aversión inunda mis venas al verlo. Quiero abofetearlas de su cara. Darle una razón para llorar. Pero nunca he puesto un dedo sobre una mujer, y nunca planeo hacerlo. Así que en su lugar, saco su ira. —Parece que Papá se divirtió demasiado.

Freya aprieta las manos en puños tan fuertes que sus nudillos se ponen blancos. La visión me divierte. Debe querer golpearme con tantas ganas. Me pregunto si sabe cómo dar un golpe. No me sorprendería si lo supiera. Y si no lo sabe, me encuentro queriendo enseñarle. Incluso en la probable posibilidad de que use mis lecciones en mi contra.

Está temblando de ira, las lágrimas brotando en sus ojos mientras me mira. —Cierra tu maldita boca—.

Aquí. Esto es lo que conozco. Su ira me resulta familiar. Me mantiene alerta. Desata una chispa bajo mi piel. Sus lágrimas son una costra que deseo arrancar.

—Cuidadito, — le advierto, pero mi tono es más idiota que amenazante.

Ella resopla, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas.

—Así que ahora lo sabes, — dice, sin mirarme, —que soy una hija bastarda. ¿Todavía me quieres?

¿Ella piensa que cancelaré el arreglo porque no es la hija legítima? Una risa sin humor se me escapa. —Nunca quise tenerte. Solo eras conveniente para mí. Y mientras tu padre te ame, seguirás siendo conveniente para mí.

Permanece callada y sus ojos se vuelven vidriosos, y decido que no puedo soportarla. Pero entonces ella ríe. Realmente ríe. Yo esperaba ira. No una risa apática. Luego se serena. Hay pocos hombres con el coraje para hacerlo, pero ella me mira a los ojos. Directamente y dice, —No tienes idea de cuánto te odio.

Una oleada de desagrado me inunda. —No. Dime.

Sus ojos color avellana se encienden — un fuego verde y salvaje. —Más de lo que he odiado a cualquier cosa.

Luego, se aleja, recoge una copa de vino en el camino y la vacía de un trago.

La dejo con eso. Uno de nuestros socios, un viejo idiota a medio camino de su lecho de muerte pero de alguna manera todavía preocupado por hacer más dinero, se acerca para hablarme de —futuros negocios —.

Llevo media hora escuchándolo murmurar cuando vuelvo a encontrar a Freya en la multitud. Está deambulando hacia el borde del ático, el borde del penthouse, delimitado solo por vidrio transparente. Si sigue más allá, acabará estrellada en el pavimento a treinta y siete pisos abajo.

Desvío mi mirada hacia Davis y levanto una mano. —Discúlpame un momento.

Me acerco a ella, atravesando la multitud. Un reportero sigue mis movimientos, y soy muy consciente de que está a dos segundos de tomar una foto incriminatoria de mi prometida. A menos que ella se lance por el borde del ático antes.

Finalmente, alcanzo a la mocosa. Mi mano encuentra la suave piel desnuda de su brazo superior mientras la arrastro dentro del ático, a una habitación, cerrando la puerta con llave detrás de nosotros. No lo hace fácil, siseando y arañándome todo el camino. —¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame!

Apenas puede mantenerse en pie. Repulsado, la arrojo a la cama. —No andes por ahí actuando como si no te hubiera dado la oportunidad de huir. Me importa un carajo si estás completamente drogada. Firmaste el contrato. Esto termina con mi anillo en tu dedo.

Encuentro un vaso de agua en la mesa de café, y en lugar de ofrecérselo, se lo arrojo en la cara. Ella jadea y escupe. —¿Pero qué demonios?

—Despierta de una maldita vez. Ahora.

La pura incredulidad pinta su rostro, sus mejillas enrojecidas por el vino. Su ceja izquierda se contrae. Casi instantáneamente se pone de pie, extendiendo la mano para abofetearme.

Apreto mi mandíbula. —No lo haría si fuera tú.

Ella tiembla de ira mientras baja lentamente la mano, volviendo a sentarse en la cama.

—Menuda broma. — Ella ríe amargamente, desprovista de cualquier emoción. —Mi maquillaje es impermeable.

Entorno los ojos. —Vas a poner tus cosas en orden. Vas a salir de esta habitación y a actuar como si te hubiera traído aquí para follarte hasta perder la cabeza.

Ante esto, se pone rígida. No se me escapa la forma en que su pecho se eleva y se contrae, como si le faltara el aire, y sus mejillas se sonrojan. Luego resopla, mirándome. —Por supuesto, amo. ¿Por qué no envío a un reportero aquí para que lo chupes? Ya sabes, dado que estás tan preocupado por tu imagen.

Aprieto mi mandíbula. —Una palabra más. Una puta palabra más.

Debe notar que estoy agotando mi paciencia, porque se queda callada. Su cara todavía está mojada por el agua que le arrojé, pero no soy tan estúpido como para no darme cuenta cuando lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas.

Molesto, saco pañuelos de una caja en la mesita de noche y me acerco a ella. Pero tan pronto como me acerco a los pies de la cama, ella voltea la cara terca. Agarro su barbilla y le levanto el rostro a la fuerza.

Solo hay odio en sus ojos llenos de lágrimas. Odio puro. Pongo el pañuelo en su mejilla, dejando que absorba el agua y las lágrimas. Ella tenía razón: su maquillaje es impermeable. Porque su cara sigue siendo malditamente perfecta. Y limpiarla es como acariciar un incendio forestal.

Elegí esta chica porque no quería problemas. Anastasia era suave y sumisa, pero solo sería un maldito idiota si asumiera que no iba a entrometerse en mis asuntos. Ese tipo de belleza es demasiado distraída. Pero Freya, con su actitud imprudente y despectiva — cada centímetro de

su piel cubierta de mugre aquel día — nunca me sentiría tentado con ella.

Pero ahora, mientras miro a la chica delante de mí, la pequeña pagana, me pregunto si de alguna manera me engañaron. Porque lavada, con el cabello cepillado, piel suave, mejillas enrojecidas — Freya Morozov es jodidamente etérea.

Es joven. Tan jodidamente joven. Rivaliza incluso con la belleza de su hermana. La belleza de cualquier mujer en un radio de veinte millas.

Sus mejillas sonrojadas por el vino. Hay un destello de desafío rojo caliente en sus ojos color avellana, y envía la sangre apresurándose hacia mi entrepierna. Largas pestañas, pómulos suaves y una boca carnosa — con el labio superior ligeramente más grande que el inferior. La cicatriz blanca más tenue en su barbilla.

Mi agarre en su barbilla debió aflojarse, porque ella se la aparta descuidadamente. Sus ojos están vidriosos mientras me mira con profundo rencor. —No me toques.

Hago una nota mental para mantener mis manos fuera de ella. Ella se levanta, revisa su rostro en el espejo, pasa una mano por su cabello, luego sale. Doy unos segundos, luego salgo después de ella. Tal como sospeché, el reportero está esperando justo fuera de la habitación.

De repente, Freya me mira con una mirada seductora, se acomoda el cabello detrás de la oreja y luego finge ocultar una sonrisa en sus labios llenos.

Estoy en shock por un momento, y me lleva un momento para que mi polla reaccione. Se está agitando contra la bragueta de mis pantalones ante el calor en sus ojos.

Solo está actuando. Como le dije que hiciera.

Recuperando mis cabos sueltos, encuentro la mirada del reportero y sonrío, ajustándome frente a él. Él hace una mueca y se va. Porque —Costa se folla a su prometida minutos antes del compromiso — no es el mejor cebo para clicks.

Cuando mi padre nota la aparición de Freya, frunce el ceño e incita a Luca, que está a su lado. Luca cruza su mirada con la mía, levantando una ceja. ¿Estás listo?

Pero él ya sabe mi respuesta: No me importa una mierda. Terminemos con esta mierda y vámonos.

Al otro lado del espacio, mi padre capta mi mirada y entrecierra los ojos. Está observando a Freya, y sé que si no llego a ella primero, él lo hará. Así que apresuro mi paso, alcanzándola fácilmente antes de agarrar su antebrazo.

Freya se retira y me mira con acidez en sus ojos, pero rápidamente se disuelve en una apatía aburrida. Así de rápido, la rebeldía deja sus ojos mientras abandona la lucha y me deja arrastrarla hasta el escenario. Odio su obediencia casi tanto como su desobediencia.

El sonido de metal contra vidrio suena y la multitud se calla cuando Luca habla. —Muy bien, todos. Cállense la puta boca.

Se escucha una risa contenida mientras la gente piensa que está bromeando. No lo está.

—Mi queridísimo primo está a punto de comprometerse con la hermosa Freya Morozov, —Luca hace una pausa con una sonrisa dirigida a mí. —El amor de su vida. Por favor, únanse a mí y a la pareja en la celebración de su ceremonia de anillos y unión de nuestras familias.

Miro a Freya en el escenario.

Está jugueteando con la longitud de su vestido. Sin pensar, me arrodillo, arreglándoselo. Cuando ella me mira, su mirada es sorprendentemente suave, pero cuando la multitud murmura en aprobación y las cámaras destellan, su mirada se nubla con la realización, transformándose en un ceño.

Ella piensa que lo hice por la prensa.

Resisto la tentación de soltar una risa. Bien. Mejor eso que la verdad — que la ayudé porque me quedé tan jodidamente impresionado con su rostro. Con ella.

Me da la mano equivocada para ponerle el anillo. Nadie parece notarlo.

Esto fue un error. Un gran maldito error.

Mi prometida me odia.

Y eso me excita.

Apago la parte irracional de mi mente. Cinco años después, la venganza es dulce en la punta de mi lengua cuando encuentro la mirada profundamente preocupada de Yuri Morozov en la multitud, y me recuerda por qué estoy haciendo todo esto. No por los sentimientos de Freya Morozov. De hecho, cuanto más me odie — cuanto más miserable la haga esto — mejor.

Es la mano equivocada, pero deslizo el anillo en su dedo de todos modos.

❖ ❖ ❖

09

Freya

ESTO FUE UN ERROR. Pensé que podría hacer esto, pero no puedo. Oh Dios, no puedo.

Después de que el diablo deslice el anillo en mi dedo, la multitud enloquece. Pétalos blancos estallan en el aire, y me sobresalto. Torren siente el tirón de mi cuerpo, su mano ardiendo en la mía. Saco mi mano de su agarre lo más discretamente posible. Nadie nota que le di la mano equivocada. O que estoy tan borracha que apenas puedo mantenerme en pie.

Vogue está haciendo una exclusiva sobre el compromiso y quieren fotografías. Muchas de ellas.

Torren se para junto a mí mientras nos sacan fotos, lo suficientemente cerca para despejar cualquier duda, pero no tan cerca que sienta otra cosa que no sea entumecimiento y profundo desprecio.

Viéndonos desde el frente probablemente parece que tiene su mano asentada en la pequeña de mi espalda, pero en realidad, nunca me toca. Su mano solo se cierne sobre la pequeña de mi espalda para crear la ilusión de que está allí.

El anillo en mi dedo se siente como un grillete. Estoy comprometida con alguien a quien odio. Dios, lo odio tanto que podría estrangularlo. Tanto que la idea de vivir con él me hace querer estrangularme a mí misma. ¿Y ahora tengo que vivir con él?

Sus palabras siguen repitiéndose en mi cabeza. ¿Es tan obvio? ¿Cuánto me odia mamá? Yo — el producto de la infidelidad de su esposo. Y peor aún — un producto que él valora.

Mi estómago se revuelve mientras trato de luchar contra la náusea.

Estoy comprometida. Tengo un prometido, pero no puedo soportar mirarlo ni un segundo.

Todavía estoy ardiendo desde que me arrastró adentro y me arrojó un vaso de agua en la cara, exigiendo que me despejara. Quiero destrozarlo con mis propias manos.

A mi lado, el calor del cuerpo de Torren me envuelve. Siento su mirada en mí cada pocos minutos, pero nunca la encuentro. Nunca le doy el gusto de verme tan perfectamente miserable.

Una mujer a quien no conozco, italiana por su tono de piel más oscuro y su cabello negro, pasa junto a mí y me ofrece una cálida sonrisa. —Qué pareja tan hermosa. ¡No puedo esperar a ver a los bebés!

A esto, una nueva oleada de náuseas me sube por la garganta.

Debe ser alguien importante o influyente, porque Torren carraspea para responder. —Tendrás que esperar un tiempo. La quiero toda para mí.

Esta vez, él realmente me toca, el calor de su palma abrasando a través de la fina tela de mi vestido. Es una sobrecarga sensorial para mi sistema ya comprometido. Las ganas de vomitar suben por mi garganta, y arcadas. Torren lo nota, entrecerrando los ojos con un profundo desagrado en su mirada.

Estoy a punto de vomitar todo ese vino en la cara de esta mujer, pero ella es demasiado estúpida o está demasiado encandilada para notarlo. Se sonroja antes de finalmente darse la vuelta para irse. —Por supuesto.

Cuando ella se va, Torren retira su mano de mi costado como si tocarme fuera equivalente a tocar chicle pegado bajo una mesa.

Él me mira hacia abajo y estoy deseando preguntarle por qué se molestó en tocarme en primer lugar. Si no lo conociera mejor, diría que está algo... aliviado de que finalmente lo mire. Está mirándome con una expresión neutra, expectante, como si solo estuviera esperando que estallara.

No lo hago.

Aparto la mirada de él, presionando mis labios juntos y sin darle ninguna reacción. No lo miro de nuevo ni le digo otra palabra, pero siento su mirada quemándome todo el tiempo.

Finalmente, papá decide que es hora de irnos. Trato de no hacer una maldita fiesta al alejarme de Torren, sintiendo cómo el calor de su cuerpo se va retirando a medida que me aparto. No me molesto en decirle una palabra. Papá murmura algo a él, pero no lo escucho. Mientras caminamos hacia el coche, siento nuevamente ganas de llorar, pero contengo mis lágrimas en caso de que papá o Ana las vean y decidan cambiar el plan.

Pero cuando llegamos a casa, las náuseas suben por mi garganta. Papá frunce el ceño, con una preocupación profunda en su frente mientras me adelanto corriendo y subo las escaleras al baño. Ana me encuentra poco después, sosteniéndome el cabello mientras vomito todo sobre el inodoro.

Y cuando finalmente termino, la miro y ella me mira con inquietud en los ojos. —Creo que necesitas decirle a papá que no puedes hacer esto.

Me concentro en mi respiración. —¿No puedo hacer qué?

Ana me mira seria. —No te hagas la tonta, Freya. No puedes casarte con él. Sabes que no funcionará. Nunca serás obediente. Tragarte tu orgullo te matará. Y no puedo quedarme mirando.

Sé a dónde va esto. Ahora que tengo una elección, no permitiré que Ana sea quien se sacrifique por mí. Ella es la brillante y esperanzada entre nosotras dos. No dejaré que los Costas maten esa esperanza.

—No, — digo apretando la mandíbula mientras me inclino sobre el lavabo y me echo agua en la cara. —Tomé la decisión y viviré con ella. Solo bebí un poco demasiado vino. Eso es todo. Y ahora que está todo fuera de mi sistema, me siento mucho mejor.

Y es verdad. Me siento mejor. Pero mi nueva sobriedad hace que el peso en mi supuesto dedo anular se sienta más pesado. Miro el anillo en mi mano y luego tengo que entrecerrar los ojos y mirar más de cerca. —Este no es el anillo correcto.

Ana frunce el ceño. —¿Qué?

—Este no es el anillo correcto, Ana. No es el anillo que elegí.

Este anillo no es tan soso y sin carácter como el que había elegido en la joyería. Es simple

pero elegante, con un diamante ligeramente más grande y la más mínima banda de diamantes bajo la banda lisa.

Ella frunce el ceño, tomando mi mano entre las suyas y girándola para examinar más de cerca. —¿Estás segura? ¿No es el que él te dio originalmente?

Suspiro. —Sí, Ana, estoy segura. Debí haber estado demasiado borracha para darme cuenta en el—

Justo entonces, dos hombres entran en mi habitación con Dimitri en la puerta, y comienzan a levantar mi mesa de café, e incluso mi tocador.

Frunzo el ceño, caminando rápido para detenerlos. —¿Qué están haciendo?! ¿A dónde llevan mis cosas?

Dimitri se detiene para enfrentarme. —Te mudas con Costa mañana. Nos pidieron que despejáramos la habitación para que pueda ser repintada.

Frunzo mis cejas. —¿Por quién?

Pero él no tiene que decirlo. Sé que fue mamá. Tan ansiosa por verme partir que ni siquiera pudo esperar un día para mover mis cosas fuera de la habitación.

—No pueden hacer eso, — dice Ana, —¡Ella no se va ahora mismo! No—

—Está bien. — Miro a Dimitri. —Pueden mover todo excepto mi cama. Y después de esta noche— — trago la oleada de emoción. ——Pueden mover eso también.

Por la noche, mi habitación está inquietantemente vacía, y los lugares que antes estaban llenos de muebles ahora están vacíos y desolados. Algo así como yo. Las sombras se proyectan en lugares extraños, y alrededor de la medianoche, decido que no puedo soportarlo más. Me levanto de la cama y camino a la habitación de Ana, descalza.

Ella está medio dormida pero aún se mueve para hacerme espacio cuando me deslizo bajo sus sábanas. Se enfría en la noche, así que me acerco más a ella en busca de calor mientras cierro los ojos y me dejo llevar por la oscuridad.

❖ ❖ ❖

10

Freya

LUZ BRILLANTE inunda mis párpados, y los abro dolorosamente, removiéndome en las sábanas antes de soltar un gemido. A mi lado, Ana todavía está acurrucada, luciendo molesta y perfecta. Antes de que pueda mirar hacia la fuente de la luz, alguien me saca de la cama tirándome del brazo.

—¿Qué demonios—?

—¡Levántate! — La voz de mamá sisea en mi oído.

Saco mi brazo de su agarre, frotando el músculo dolorido con un ceño fruncido en mi cara. —¿Por qué?

Mamá me lanza una mirada de irritación. —Hoy vendrán por ti. Y no quiero problemas, ¿me oyes? Tu papá todavía no está completamente recuperado. Debes estar lista cuando lleguen.

Aún medio dormida, me arrastro al baño, deslizándome fuera de mi ropa antes de meterme en la ducha. El agua tibia calma mi piel y me devuelve a la realidad, y cuando salgo, mamá está supervisando mientras las criadas empaquetan mis cosas.

Ella me mira con una mueca de desaprobación. —No me mires así, ingrata.

Disimulo mis emociones, apartando la mirada.

Cruza los brazos. —Se suponía que empacaras tus cosas, ahora tengo que hacerlo yo.

Técnicamente, no está haciendo nada realmente, las criadas lo están haciendo, pero no estoy de humor para iniciar otra de sus rabietas. Me muevo sobre mis pies, reprimiendo un suspiro.

—Bueno... gracias.

—No es necesario. — Hace un gesto de desdén con la mano. —Ese d'yavol eligiendo casarse contigo me ha hecho la más feliz que he estado en un tiempo.

Aprieto los labios, pero de alguna manera las palabras aún salen de mi boca. —Pensé que querías que Ana se casara con él.

Ella levanta la barbilla. —Quería. Pero luego vi la realidad y elevé mis ambiciones. Ana encontrará a alguien mejor que Torren Costa. Él es perfecto para ti.

Claro. No le importa que me vaya. De hecho, es lo que quería. Trago, mirando alrededor. Extrañaré todo de esta casa. Incluso ser regañada y reprendida por mamá hace que me duela el corazón. Y pensar en irme me hace querer empezar a llorar, pero contengo las lágrimas.

Las criadas bajan mis maletas, y yo sostengo tanto como puedo en mis propios brazos mientras las sigo. Puedo sentir la presencia de mamá detrás de mí mientras baja las escaleras.

De repente, la alta puerta de madera de la casa se abre. El primo de Torren, Luca, está al otro lado con las manos en los bolsillos. En lugar de reprenderlo por entrar en nuestra casa como si fuera suya, mamá parece ligeramente sorprendida. —Pensé que enviarías a un chofer.

Él la ignora. —Nos vamos ahora.

¿Qué?

—Llegas dos horas temprano, — murmuro.

Luca se encoge de hombros. "Mejor temprano que tarde, ¿no?

Unos guardias de los Costa avanzan para recoger mis muchas maletas antes de dirigirse al coche.

Recordando, me giro hacia la escalera. —Quiero despedirme de Ana.

Mamá se interpone en mi camino. —Está durmiendo.

Suspirando, asiento. Supongo que puedo visitarla tan pronto como sea posible, de todos modos. Papá se fue de casa más temprano de lo usual hoy. Sé que es porque no podía soportar verme partir.

—¿Estás lista? — Pregunta Luca.

Y aunque no lo estoy, y nunca lo estaré, asiento.

Él se da la vuelta y empieza a caminar, y yo lo sigo. Él se mete en el asiento del conductor, y yo tomo el asiento del pasajero. Extiendo la mano para encender el aire acondicionado, y Luca no se molesta en detenerme. No es como Torren, pero no creo que sea mucho mejor, tampoco.

Suspiro, mirando por la ventana. Instintivamente, alcanzo el medallón en forma de corazón plateado que cuelga de mi cuello. Perteneció a mi verdadera mamá. Nunca la conocí, pero papá dijo que era una buena mujer.

Me pregunto qué pensaría ella de que haga esto. Y luego, tan rápido como empiezo a preguntármelo, detengo ese pensamiento, porque es un camino sin retorno. En su lugar, miro por la ventana. Es una hora de camino entre Staten Island y Manhattan. Odio que me obliguen a estar tan lejos de casa a pesar de estar en Nueva York.

Afuera, el paisaje cambia lentamente, los edificios se vuelven más altos y altos, las calles más suaves y concurridas. Torren tiene un loft en Tribeca, el barrio más rico de Nueva York. Manhattan, Brooklyn, Queens— son todos territorios italianos. Los Costas gobiernan el inframundo de Nueva York.

Ni siquiera sé que me he quedado dormida hasta que alguien sacude mi hombro bruscamente. Parpadeo para abrir los ojos y encuentro la cara de Luca antes de que sopla una bocanada de humo de cigarro en mi cara. —Arriba y afuera, princesa. Hemos llegado.

Frunzo la cara y toso a causa del humo, saliendo del coche. Mis Doc Martens y mi falda de cuadros negros de repente parecen fuera de lugar mientras miro hacia arriba, al edificio de gran altura.

Es extraño. Esperaba algo más... moderno. El exterior del edificio es antiguo y tradicional. Cálido, casi. Todo lo contrario del carácter frío y cruel que conozco. Entonces, debe ser una casa vacía en la que decidió meterme. Observo cómo los guardias Costa terminan de descargar el último de mis maletas. Deben haber llevado ya algunas rondas mientras dormía.

—¿Qué piso?

—Penthouse. — Luca tira su cigarro al suelo y lo pisa antes de volverse hacia mí. —A Torren no le gustan los vecinos.

No puedo evitar soltar, —¿Esta es su casa personal?

—Sí, — murmura Luca, empujándome hacia las grandes puertas de madera en la entrada.

Frunzo el ceño. Torren posee innumerables propiedades. ¿Por qué me instalaría en la que él vive? Supongo que ya sé la respuesta a esa pregunta. Sabe cuánto me tortura su presencia. ¿Y cuándo ha sido él de los que me ahorran la tortura?

Tomamos el ascensor dorado hasta el vigésimo noveno piso. Dentro, la casa es otra historia.

Suelos de mármol blanco, muebles elegantes y ventanas de vidrio que ocupan toda la pared. La luz inunda el espacio, proyectando un resplandor dorado sobre todo. Los muebles son en tonos crema y topo, y todo parece intacto. El aroma de él se percibe en el aire, y odio reconocerlo.

—Hogar, dulce hogar, — murmura Luca.

—¿Dónde está? — pregunto, —¿Torren?

Luca sonríe. —¿Ya lo extrañas?

Me burlo. Como si fuera eso. —¿Voy a quedarme aquí sola?

—No. — Luca me mira seriamente. —Está en una reunión.

Me quito la chaqueta de cuero y la mirada de Luca se posa en mi piel expuesta, pero la aparta rápidamente. —Nos vemos, pequeña Morozov.

No puedo evitar notar las arrugas en su camisa negra. Definitivamente no es como su primo. La espalda de Luca se aleja mientras cierra la puerta, y el silencio se impone mientras vuelvo a maravillarme con las grandes ventanas. El ático está tan alto que desde aquí se puede ver toda la ciudad.

—¿Señorita Freya?

Doy un salto, girando para encontrar a una mujer mayor con piel bronceada, ojos oscuros y cabello gris pizarra recogido en un moño suelto en la nuca. Lleva un delantal blanco suelto sobre un vestido gris oscuro.

—¿Quién—?

—Giulia, señorita. Cocino y limpio para el señor Costa.

Vuelvo a mirar a Giulia. —¿Has estado aquí todo el tiempo?

Ella asiente. —Pronto iré a casa. El señor Costa dijo que debo mostrarle su habitación antes de irme. Por favor, venga.

Aturdida, la sigo por el pasillo hasta una habitación dos veces el tamaño de la que tengo en casa. El espacio es agradable, pero se siente… vacío. Noto que hay un tocador femenino y la habitación parece estar preparada para mí.

Sonrío. —Habitaciones separadas, ¿eh?

Giulia me mira con lástima en los ojos. —No esté triste, señorita. Al señor Costa le gusta su propio espacio, ¿no? Incluso el perro tiene su propia habitación.

Me abstengo de darle una mirada ridícula. ¿Cree que me siento mal por estar en habitaciones separadas? Ja. Si tan solo pudiéramos estar en planetas diferentes.

Giulia sigue hablando. —Por favor, no suba las escaleras. Todo lo que necesita está abajo. He preparado comida, señorita Freya. Por favor, coma. Debo irme ahora.

La mujer se da la vuelta para irse, y trago saliva, abriendo la boca para detenerla. —Giulia.

Ella se vuelve. —¿Sí, señorita?

—El apartamento… ¿es seguro?

Ella me da una sonrisa cálida. —El apartamento es seguro, señorita.

Poco sabe ella que el único monstruo del que necesito salvarme es el que vive aquí.

Asiento. —Está bien. Por favor, llámame Freya de ahora en adelante.

—Yo… —. Ella parece preferir comer pegamento antes que llamarme por mi nombre. —No puedo, señorita. Me iré ahora y la veré mañana.

Suspiro. —Está bien. Adiós, Giulia.

Después de que se va, me pongo a explorar. El lugar es enorme. Me parece extraño que no haya fotos ni nada demasiado personal. Solo es cálido por la luz del sol. De noche, imagino que será frío y vacío. Apuesto lo que sea a que alguien más lo decoró. Por supuesto, según sus especificaciones.

Hay algunos vestidos neutrales que parecen algo que usaría la primera dama, y unos pocos pares de zapatos de tacón bajo. Resisto el impulso de burlarme. Como si vaya a ponerme estas cosas. Me acerco al tocador, abriendo los cajones. También hay cosas básicas. Secador de pelo, cepillo, maquillaje neutro.

Y en el cajón superior del tocador, encuentro algo que me hace apretar la mandíbula.

Un vibrador.

Un maldito vibrador.

Es pequeño y negro, y si no hubiera mirado dos veces, lo habría pasado por alto.

Molesta, lo arrojo al suelo y salgo de la habitación como una tromba. ¿Así que él puede acostarse con otras personas y yo lo único que tengo es un vibrador?

Sigo furiosa cuando decido subir las escaleras, ignorando las instrucciones de Giulia.

Arriba, la totalidad del segundo piso parece ser la habitación de Torren, el baño y lo que parece ser una oficina. Ahora tiene sentido —yo tengo la habitación de invitados mientras él tiene todo un maldito piso.

Ni siquiera tuvo la decencia de traerme a su casa. Está en alguna reunión mientras yo estoy atrapada aquí como una cautiva.

Su habitación carece de emociones. Sin papel en las paredes, sin adornos. Las paredes son del tono más claro de gris, y los armarios son de caoba tan oscura que es casi negra. De alguna forma, el segundo nivel le va perfectamente. Frío e incoloro.

Y encuentro cámaras. Las sigo por el pasillo y abajo, noto más. Entro en mi habitación para ver si están allí, pero nada. ¿Qué demonios? Así que no es suficiente con encerrarme aquí, también tiene toda una colección de cámaras para espiarme, ¿eh?

El peso del anillo en mi dedo parece más pesado que nunca. Levanto la mano a la luz y los diamantes brillan y centellean, casi burlándose de mí. Estoy a punto de quitarme el anillo cuando me detengo a mitad de camino.

Vuelvo a deslizar el anillo hacia abajo en mi dedo. Y entonces me prometo a mí misma que solo me lo quitaré cuando lo haya arruinado. Solo me lo quitaré cuando haya arruinado a Torren Costa.

Claramente me dio mi propio espacio, lo que significa que él valora su espacio. Así que la primera forma en la que puedo llegar a él es invadiendo ese espacio. Creo que es hora de desempacar un poco. Lleno su lugar con tampones, perfumes, champús, gel de baño.

Verse deliberadamente fea, vestirse de manera descuidada y ser asexual no le molesta ni lo aleja de mí. Recuerdo la expresión en su cara en el compromiso, donde me obligaron a vestirme bien. Lo opuesto a esas cosas le molesta.

Mi estrategia de vestirme horriblemente para ese almuerzo nunca iba a funcionar. ¿Por qué? Porque él me vio cubierta de grasa de coche y decidió casarse conmigo. No le molesta mi aspecto desordenado. De hecho, lo alimenta. Lo hace querer mantenerse alejado. No le gusta Ana porque ella es la encarnación de la feminidad. Una distracción. Así que vestirme mal no va a funcionar.

De ahora en adelante, me pondré lo que yo quiera.

Frustrada, me desplomo en un sofá en el salón.

Me encuentro mirando el techo, avergonzada de mí misma por anhelar compañía. Nunca me había sentido tan sola. Y luego me enojo más.

Ana tenía razón. Tragarse el orgullo me está matando. No lo haré. No cambiaré ni me haré más pequeña. Si él me quiere como su esposa, entonces puede tenerme. Ana realmente no debería haberme enseñado todas esas reglas. Porque voy a romperlas todas. Una. Por. Una.

Una idea surge en mi mente, y antes de poder sofocarla, corro a mi habitación y encuentro el vibrador descartado, luego salgo al salón, dejándome caer en el sofá, justo en la vista de la cámara.

Esto es una locura. Pero estoy tan frustrada. Y tiene sentido. ¿Quería que lo usara, no? Estoy impulsada por otro arrebato de rabia mientras me recuesto en el sofá, poniendo mis piernas sobre el sofá. Mi respiración se acelera. Y solo estoy medio avergonzada de admitirlo, pero —me excita.

Mi mano está agarrando el vibrador, y lo meto debajo del cinturón de mi falda. Hago contacto visual con la cámara, y mi respiración se vuelve más pesada al darme cuenta de lo que estoy a punto de hacer.

La sangre late en mi interior, y mi sexo ya está palpitando. Nunca he hecho algo así antes, pero antes de que pueda detenerme, enciendo el vibrador. Y no puedo evitar el leve gemido que escapa de mis labios. Cierro los ojos y arqueo la espalda, y todo lo que aparece en mi mente son

miradas oscuras, toques bruscos y odio puro.

Oh Dios. El vibrador es pequeño, más pequeño que mi mano, pero extrañamente poderoso, y porque es tan pequeño, puedo usar mis dedos también.

Muevo el vibrador en círculos y un escalofrío recorre mi columna. Mi respiración crece más pesada cada segundo. Estoy tan cerca que puedo sentirlo, una dulzura deliciosa en la punta de mi lengua, como mantequilla derritiéndose en tostadas. Y entonces clímaxo, y mi espalda se arquea del sofá, y tengo que sujetar mi falda. Una última sacudida recorre mi cuerpo, deliciosa y satisfecha.

La sonrisa que le lanzo a la cámara es genuina. Ups.

❖ ❖ ❖

11

Torren

LLEVÉ A LA PEQUEÑA MOROZOV a mi casa. Técnicamente, Luca la llevó a casa, porque no me importó lo suficientemente como para presentarme. Cuanto menos tenga que pisar territorio Morozov, mejor. Esa familia me pone los pelos de punta. Y ahora, de alguna manera, el miembro más espeluznante de todos está viviendo conmigo.

Luca llamó antes para informarme que Freya estaba en casa, y también que —Greta Morozov es una perra —. No me molesté en pedirle que elaborara. El trabajo estaba hecho. La pequeña Morozov estaba en mi casa. Justo donde la quería. Pero de alguna manera, no sé quién está siendo más castigado, ¿yo o ella?

Termino de trabajar tarde a propósito, conduciendo hasta el loft justo antes de medianoche. No quiero ver su cara. Lo cual funciona —porque cuando entro, todo está completamente oscuro. No hay una sola luz encendida, y todas las persianas están bajadas. Sé que ella está aquí. Su presencia es como un agujero negro, absorbiendo toda la energía del lugar e infundiéndolo con la suya propia.

La mocosa se emborrachó como nunca para pasar el compromiso y arcó —verdaderamente se arcó— como si estuviera luchando contra el impulso de vomitar sus entrañas cuando tuve que sostenerla para la prensa. Me enfurece. Ninguna mujer me ha rechazado antes, mucho menos mi toque. Y si alguna vez se arcaban, solo era por mi pene.

La habitación de invitados nunca se usa. No estoy en el hábito de permitir que la gente entre en mi casa, y mucho menos invitarlos a quedarse por algún tiempo. Cuando follo, lo hago en el club. Me ahorra la molestia de que alguien se haga la idea equivocada. Así que ahora la habitación es de ella. Abajo, donde está separada de mí y veo menos su cara de lo que tengo que hacerlo.

Es tarde, y soy la última persona a la que ella esperaría.

Pero su puerta está abierta.

Y cuando paso, su habitación está vacía. La cama sin tocar, las persianas cerradas. Después de mirar en las otras habitaciones, finalmente la encuentro, sin poder evitar que una mueca se forme en mi boca.

No sé cómo lo ha hecho sin que le arranque un trozo de piel, pero está durmiendo con Rhaegar, en su cuna gigante.

Su cabello está ligeramente húmedo, como si se hubiera duchado y no se hubiera molestado en secarlo, y el aroma de su champú cítrico inunda mis sentidos. Lleva el par de pantalones cortos de dormir negros más diminuto del planeta, exponiendo su piel desnuda y bronceada desde la curva madura de su trasero hasta sus tobillos. Sus pies también están descalzos y no puedo evitar notar que sus uñas están pintadas de un blanco brillante.

Está en una posición incómoda mientras se acurruca junto a Rhaegar, y aunque el catre es grande para él, claramente no está diseñado para un jodido humano adulto.

No puedo verlo por su posición, pero sé que está allí. Ese maldito medallón en forma de corazón que siempre lleva puesto.

Quiero arrancárselo de un zarpazo, arrancarlo de su cuello con mis manos desnudas.

Quiero abrirlo para encontrar la cara del cabrón dentro, luego encontrarlo y cortarle el jodido cuello. Personalmente. No me importa si no era mi intención original. Ella es mía ahora. Si él tiene su corazón, quiero recuperarlo. Quiero todo.

Rechino los dientes y me agacho, extendiendo una mano para moverla, pero hay un gruñido bajo: Rhaegar parpadea en la oscuridad, como si me advirtiera que no la toque. El chucho ni siquiera ladra como normalmente lo haría, y supongo que es porque no quiere despertarla. Es demasiado listo para su propio bien. No entiendo cómo esta mocosa de chica logró que mi perro se apegara a ella tan rápidamente.

Al diablo.

Si quiere dormir con el jodido perro, esa es su prerrogativa.

Molesto, enciendo la luz de la escalera y camino hacia mi baño, donde mi irritación solo

crece. Todas las jodidas cosas de la pequeña salvaje—champú, botellas de crema y jabones perfumados—están esparcidas por todo mi baño. Por alguna razón, insistió en usar mi baño cuando tiene el suyo propio. Aprieto los dientes con fuerza y desabrocho mi camisa. Justo cuando estoy a punto de desabrocharme el cinturón, mi teléfono suena en mi bolsillo.

Es Haddon, mi detalle de seguridad. Nunca llama a menos que sea urgente, y la idea de que la seguridad de la casa se haya visto comprometida con Freya quedándose aquí sola...

Apretando la mandíbula, contesto. —Más vale que sea bueno.

Puedo escuchar el temor en su voz cuando dice, —Señor... creo que hay algo que necesita ver.

—Envíamelo, — gruño.

Caminando hacia mi oficina, enciendo mi monitor y hago clic en el enlace que Haddon me ha enviado. Tengo que entrecerrar los ojos, porque parece una grabación del sofá en el salón afuera de mi oficina.

Pero cuando miro más de cerca, hay alguien en el sofá.

Freya.

La observo mientras se sienta en el sofá, su pecho moviéndose rítmicamente como si respirara con dificultad. Luego, mira directamente a la cámara—a mí—antes de recostarse en el sofá, colocando los pies en el borde para que pueda ver un destello de lo que hay bajo su falda—lleva ropa interior de encaje. Negra.

Aprieto la mandíbula, una rabia visceral recorriéndome mientras siento la urgencia de romper la maldita pantalla. Pero no puedo moverme. No puedo quitar mis malditos ojos de la vista. Es un desastre diseñado solo para mí.

La observo mientras desliza su mano debajo de la cintura de su falda. Ahora no puedo ver nada, todo está cubierto por la falda. Su muñeca se mueve y capto el brillo del anillo, mi anillo, en la mano equivocada mientras lo desliza hacia su coño.

Mi inhalación es brusca, pero no me muevo.

No se quita el anillo mientras se masturba con los dedos, y hace que mi polla se despierte en mis pantalones. Su muñeca se mueve mientras inclina su cabeza hacia atrás, abriendo los labios en una O, con la columna arqueándose del sofá. El vídeo no tiene sonido, y no puedo decir qué diablos está haciendo. El ángulo lo oculta. ¿Se está frotando el clítoris? ¿O empuja sus dedos dentro de ella?

Sus movimientos se vuelven más frenéticos, y su cuerpo tiembla. Y luego se desmorona. Sonríe a la cámara.

—¡Joder!

Cierro la laptop de un golpe.

Claramente hizo esto para cabrearme. Sabía que me enteraría. Y funcionó, porque estoy jodidamente cabreado. Nunca he estado tan lleno de ira y... lujuria. Mi polla está dura hasta el punto de doler.

Apretando la mandíbula, vuelvo enfadado al baño. La sangre ruge en mis venas cuando paso por el cuarto de Rhaegar, pero lo ignoro, arrancándome la camisa y sin preocuparme cuando los botones saltan y se esparcen por el suelo.

Y luego estoy en la ducha, con agua fría deslizándose por mi espalda. No hace nada. Todo lo que puedo imaginar—todo lo que puedo ver, es su mano moviéndose debajo de su falda, la espalda arqueada, los labios llenos atrapados en un gemido. Jugándome la misma escena una y otra vez en mi mente.

Un gruñido surge del fondo de mi garganta. Mi mano agarra la base de mi polla, y me masturbo con furia el puño, duro y rápido, solo durando unos minutos antes de que corrientes de semen salpiquen los azulejos de la ducha. No puedo jodidamente creer que esta chica me tenga masturbándome como un maldito adolescente.

Cuando salgo de la ducha, llamo a Haddon.

Él contesta de inmediato. —¿Señor?

—Bórralo, — digo, —Y te sugiero que olvides lo que viste. A menos que quieras tus ojos en un maldito frasco en mi escritorio.

❖ ❖ ❖

12

Freya

DESPIERTO CON mi cuerpo dolorido. No había forma de que durmiera en esa habitación de invitados. Si lo hiciera—si simplemente siguiera obedientemente sus órdenes, sería como si encajara perfectamente en el plan del diablo. Como admitir la derrota demasiado rápido.

Así que cuando encontré a Rhaegar en su habitación en su enorme catre después de ducharme, pensé, ¿qué demonios?

Lo acaricié un rato y luego me acosté junto a él con cuidado para ver si gruñía y me echaba, pero no lo hizo. Solo se acurrucó más cerca, como un oso de peluche gigante que respira. Y bueno, tal vez estaba un poco apretado. Pero dormir junto a él me hizo sentir menos sola. Y fría.

En serio, el perro era una bolsa de agua caliente viviente. Y en algún momento entre todo esto, me quedé dormida. Ahora es de mañana, y la luz del sol se filtra a través de las ventanas, haciendo que entrecierre los ojos al abrirlos.

Oigo jadeos y miro hacia arriba para encontrar a Rhaegar dando vueltas a mi alrededor, con la cola moviéndose con entusiasmo. ¿Estaba esperando que me despertara?

Mi pregunta se responde cuando nota que estoy despierta y salta hacia mí, lamiéndome ferozmente. Me río, intentando ahuyentarlo, pero es inútil, así que simplemente deslizo mi mano por su pelaje, acariciándolo. —Oye, grandullón. Gracias por dejarme quedarme contigo anoche.

Después de unos buenos minutos de atención, finalmente está satisfecho, y retrocede, dejándome levantarme. Le acaricio la cabeza unos segundos más, asegurándome de llegar a ese punto que parece gustarle, luego suspiro al volver a la realidad.

Cuando salgo de la habitación, puedo escuchar el sonido tenue de una ducha corriendo arriba, y mi cara se frunce.

Está aquí. Torren.

Debió haber regresado anoche después de que me dormí.

Una sonrisa lenta toca mis labios. Torren Costa deseará nunca haberme obligado a entrar en su casa. O en su vida.

Agarro mi cepillo de dientes y un cambio de ropa de mi habitación y subo las escaleras descalza, siguiendo mis pasos de regreso a su habitación. El sonido de la ducha se hace más fuerte a medida que me acerco, y cuando finalmente estoy en la entrada del baño, tomo una respiración profunda y entro.

Solo puedo ver la silueta de su cuerpo a través del vidrio empañado de la ducha, y trato de no arrastrar mis ojos demasiado hacia abajo. El aroma masculino de su gel de baño impregna el aire—jabón fresco, almizcle blanco y destellos de cítricos.

Su figura se congela en el momento en que entro, y aunque está de espaldas a mí, sabe que estoy aquí.

El vapor hace que el cristal de la ducha esté borroso, pero no hay duda de los gruesos músculos en su espalda y la suave piel color caramelo que los cubre. Si no tuviera un odio mortal por este hombre, podría apreciar más su forma.

Esperaba algún tipo de reacción de él, pero... nada. Podría estar aquí para matarlo por todo lo que sabe, pero no parece importarle mientras continúa duchándose, ignorándome descaradamente.

Bien.

Dos pueden jugar a ese juego.

Me acerco a su lavabo y encuentro la pasta de dientes, poniéndola en mi cepillo de dientes. Habría usado su cepillo de dientes para cabrearlo de verdad, pero no sé qué ha estado en esa boca, y no quiero coger una mononucleosis o algo.

Estoy a mitad de cepillarme los dientes cuando sale de la ducha detrás de mí. La habitación parece encogerse dos tallas, de repente demasiado pequeña con su presencia dominante. El espejo frente a mí está demasiado empañado para ver mucho de él, y en realidad estoy agradecida por ello.

Por un momento pienso que va a salir del baño, ignorándome por completo, pero no lo hace. En su lugar, se acerca a mí.

Alcanzo a ver su reflejo débilmente en el espejo. Su cabello oscuro está mojado, caía grueso y pesado con agua sobre su frente. Tiene una toalla colgando baja en su cintura, exponiendo su pecho musculoso bronceado hasta su marcada V. Las gotas de agua brillan en la superficie de su piel suave caramelo, y aparto la mirada, mirando directamente hacia adelante.

Su mandíbula está apretada, su mirada dura fijada en mí. —Tienes tu propio baño.

—Es muy pequeño, — miento. Mi baño es del tamaño de un pequeño país.

Su mandíbula se tensa aún más, pero no dice nada. Mis pulmones se contraen mientras él se acerca más a mí, y me cuesta cada onza de voluntad que puedo reunir no retroceder.

Pero no se detiene ahí.

Se acerca más y más, hasta que prácticamente me encierra contra el lavabo de granito. Todavía estoy mirando el espejo, vestida solo con una camiseta negra de tirantes y un diminuto par de pantalones cortos de dormir, y la mayor parte de mi piel está desnuda y expuesta, así que puedo sentir el calor que irradia de la piel desnuda de su pecho detrás de mí.

No estoy respirando ahora. Y por un segundo, mi cepillo de dientes simplemente se detiene en mi mano mientras dejo de moverme.

Está cerca. Tan cerca que puedo sentir su aliento caliente en mi cuello, el aroma de su piel recién lavada es celestial. Una gota de agua cae de su cabello a mi clavícula. El calor pulsa entre mis piernas y una fiebre rompe en mi piel mientras me esfuerzo por seguir moviendo mi cepillo de dientes con mi mano.

Entonces, su brazo se estira, y estoy a punto de soltar una exclamación, pero resulta que solo

está alcanzando su propio cepillo de dientes. Y al recogerlo, la piel de su brazo roza la mía. Un calor explota en mi estómago con ese leve contacto, y me erizo, alejándome.

Por un segundo, mi mirada se detiene en su mano. Es enorme y callosa, con dedos largos y gruesos, y algunas cicatrices blancas tenues, venas surcando hacia su muñeca.

Perfecta.

Me pregunto cómo se sentiría si desplegara su mano áspera sobre mi estómago y bajara su palma hasta la cintura de mis shorts y deslizara dos dedos dentro de mí, todo de una vez.

Pero entonces recuerdo cómo se sintió cuando deslizó el anillo en mi dedo, y un destello de irritación late profundamente dentro de mí, tanto por mis pensamientos depravados como por el hecho de sentir atracción por él en absoluto.

Su cepillo de dientes es eléctrico, y cuando lo enciende, zumbando de una manera que me recuerda la noche anterior, cuando usé el vibrador justo frente a la cámara.

Debe haberlo visto ya. Quien sea que esté a cargo de monitorear la grabación debe haberle notificado. Entonces, ¿por qué no ha dicho nada?

Una mirada a la ahora vacía ducha muestra todos mis champús y geles de baño, intactos. Y sin embargo... ni una sola queja de él.

Me está volviendo loca.

Encuentro su mirada en el espejo. Es dura, fría, insistente. Inquebrantable. Y por un breve momento, solo nos miramos mientras ambos nos cepillamos los dientes - una pareja doméstica perfecta en apariencia. Si ambos estuvieran tratando de encontrar diferentes maneras de torturarse y matarse el uno al otro.

Tocarme frente a la cámara de seguridad y meter todos mis productos en su ducha - no funcionó. No morderá el anzuelo.

Aprieto los dientes y tiro mi cepillo de dientes en su pequeño sostén elegante, decidiendo

dejarlo. Pero cuando me inclino hacia adelante para enjuagarme la boca, mi trasero roza contra la toalla que cubre su pene.

Está duro.

Un suave suspiro sale de mis labios mientras paso agua sobre mi boca apresuradamente y me vuelvo, rozándolo al pasar.

Pero tan rápido como eso, su mano rodea mi cintura y me tira hacia él.

Solo me da una pausa momentánea antes de dejar su cepillo de dientes, sus manos ásperas marcando mis caderas antes de levantarme y sentarme en el mostrador.

—¿Qué demonios estás haciendo? — aprieto los dientes, apoyando mis manos a cada lado de mí en el granito frío. Estoy a punto de saltar, cuando él se acerca más, eliminando el espacio entre nosotros y dándome ninguna forma de bajar del mostrador.

Su cintura está firmemente presionada contra mí, impidiéndome moverme. Me esfuerzo y muevo de todos modos, y el maldito idiota sonríe - realmente sonríe - mientras se inclina casualmente hacia adelante para coger un vaso antes de beber el agua y escupirla en el fregadero.

Por un breve, tortuoso segundo, quedo fascinada por la forma en que su boca se mueve mientras escupe. Rápidamente salgo de ese ensueño, apretando los dientes.

—Múevete, — gruño, moviendo mis piernas contra él.

Él inclina la cabeza mientras absorbe mi expresión, entrecerrando los ojos. —No tomo órdenes de niñas rusas pequeñas.

Su mirada es calor líquido, pupilas dilatándose mientras desciende al dije de corazón alrededor de mi cuello, y luego más abajo, hasta mi pecho y mis muslos descubiertos. Entonces sus ojos se vuelven tan negros que pierdo el aliento.

Lentamente, tentativamente, como si no pudiera evitarlo, o se moviera por algo de otro mundo, levanta su mano izquierda, todo el tatuaje desapareciendo mientras la gira para mostrar

una palma abierta.

Luego, como si estuviera probando mis límites, su dedo medio tatuado se acerca a mi piel—a la cicatriz en mi rótula.

Levanta su mirada hacia mí. Observando. Esperando. A que le grite, a que le diga que se aleje de mí.

Pero no lo hago.

No sé por qué, pero no lo hago.

Sus párpados bajan, su mandíbula se aprieta como si hubiera recibido una respuesta. Y luego el reverso de su mano se encuentra con la piel justo sobre mi rodilla, y mi respiración se entrecorta, mi corazón se desploma en mi estómago. Él se inclina hacia adelante hasta que su rostro está a centímetros del mío, y trago al sentir la proximidad.

Su toque es incendios forestales, caliente y abrasador y todo consumido mientras su dedo medio lentamente roza mi muslo. Es un descenso lento y tortuoso mientras desliza su dedo hasta el dobladillo de mis shorts.

Y luego lo jala.

—¿Es esto para mí? — dice en mi oído, su voz tan baja que casi es un susurro, —¿Para provocarme?

Entonces, justo cuando decido usar lo que quiero, ¿él piensa que me visto para él? Frunzo el ceño, empujando su mano. —No me toques.

—Es lindo, lo mucho que lo intentas. — Sus ojos se encienden con un cruel entretenimiento. —Pero nada de lo que hagas será remotamente atractivo para mí.

Aprieto la mandíbula, incluso cuando el comentario me hiere. —¿Es por eso que tu pene está duro?

La ira parpadea en sus oscuros ojos, roja y caliente, antes de apagarse y girarse en una complacencia presuntuosa. —Solo una erección matutina, cariño. No te halagues.

Su mirada pasa de mis ojos a mis labios y luego vuelve a mis ojos. —Tú no eres el objeto de ninguno de mis deseos. Aparte de—

—¿Aparte de qué? — salto, rechinando mis molares.

La esquina de su boca se eleva. —Venganza.

Frunzo el entrecejo. —¿Qué hizo mi familia para que quieras venganza tan desesperadamente?

Torren inclina la cabeza, con una emoción imprecisa en sus rasgos. Algo como…dolor. —Tal vez deberías preguntarle eso a tu padre.

—Lo haré. Me voy a casa, — digo, —a visitar.

—¿Me estás pidiendo, — dice lentamente, —o diciéndome?

Levanto la barbilla ligeramente. —No necesito tu permiso.

Su mirada se oscurece, una sonrisa lenta y peligrosa tocando sus labios. —¿No lo necesitas?

Cuando no me molesto en responder, él habla de nuevo. —Me gustaría verte intentar pasar los guardias en la salida del edificio.

Aprieto los dientes. —¿Qué quieres de mí?

—Si pides amablemente, — dice, —tal vez te dé lo que quieres.

Tomando una respiración profunda, hago una pausa por un momento y trato de pensar racionalmente. Tal vez, solo tal vez, si le ofrezco una rama de olivo, la tomará y se volverá más tolerable. Entreno mi voz para que sea estable, resistiendo el impulso de rodar los ojos mientras

pregunto, —¿Puedo visitar mi casa hoy?

Por un segundo pienso que lo he logrado, que realmente escuchará y se apegará a su palabra, pero luego un tipo de diversión lenta y perezosa entra en sus ojos. —Esta es tu casa.

Aprieto la mandíbula mientras una humillación florece en mi pecho. Me hizo pedir permiso solo para rechazarme. —Mentiste.

—Eso es lo que hago, cariño, — dice. —Miento y hago trampa y robo. Soy un hijo de puta, pero soy el hijo de puta que elegiste para casarte. — Hace una pausa, sus pestañas oscuras bajando mientras su mandíbula se aprieta. —¿Crees que no noté tu pequeño truco con mi cámara de seguridad ayer?

Eso es todo.

Eso es lo que quería. Así que sí lo vio.

Una sonrisa lenta se divide en mis labios. —Creo que hiciste más que solo notarlo.

Hay un destello de esa ira con la que me he familiarizado. —Cuidado.

Pero es demasiado tarde. Ya estoy montando la ola, y cuando mi mirada cae en su carne tibia y musculosa, decido que quiero poner a prueba mi pequeña teoría.

Todavía sentada en el fregadero de granito con él enfrente de mí, levanto mi mano derecha y la coloco plana sobre la piel descubierta de su pecho. Exhala un aliento agudo y aprieta la mandíbula, y puedo decir que está a punto de dar otra instrucción sarcástica, pero lo miro levantando mi ceja en desafío.

Y él se retira, su expresión en blanco. Está jugando mi pequeño juego conmigo, mostrándome que mi toque no lo afecta en absoluto. Bien.

Deslizo mi mano más abajo por su pecho, y cuando mis uñas rozan su pezón marrón, un rugido profundo resuena en su pecho, pero su rostro sigue en blanco, su mandíbula firmemente cerrada. Presiono más fuerte, trazando los surcos de su carne caliente mientras deslizo mi mano

hacia abajo, hacia abajo, hasta que—

—Continúa, — gruñe, —y te follaré justo aquí, en el fregadero.

Sus palabras envían sangre corriendo entre mis piernas, pero ignoro el sentimiento y le sonrío porque ¡ja! Gano.

—Pensé que dijiste que no me encuentras atractiva, — me burlo, mi voz aguda y dulcemente empalagosa, mirándolo hacia arriba mientras parpadeo mis pestañas, —¿No sería muy divertido follar a alguien tan poco atractivo, verdad?

Él inclina la cabeza mientras me observa con un leve desapego. —Oh, me divertiría follándote, pequeña Morozov. La cara de tu papá cuando le diga cómo te arruiné? Podría correrme solo con pensarlo.

La rabia ricochetea en mi pecho mientras levanto mi brazo para golpearlo—pero él es demasiado rápido. Atrapa mi muñeca en un instante, tan rápido que casi me estremezco. Sostiene mi muñeca sin soltarla, y desaparece la versión callada, sin quejas de él. Solo hay odio en su mirada ahora. Un odio rojo y sangrante. —Duermes en tu cama desde ahora. No quiero que estés cerca de mi perro.

Y de la forma en que lo dijo, como si fuera algo enfermizo, me hace apretar los dientes. —No.

—¿Quieres hacer esto difícil, pequeña Morozov? — De repente, agarra ambas muñecas y las clava contra el espejo sobre mí. —Podemos hacer esto difícil.

Ambos respiramos pesado, y estamos tan cerca que se mezclan nuestros alientos. Una combinación embriagadora de menta e ira. Mi pecho sube y baja, y es una suerte que tenga mis manos clavadas, o ya le habría arañado la cara maldito.

Sé lo que quiere decir. Cuanto más resista, más tiempo me impedirá visitar a mi familia. No puede detenerme solo, pero pasar su horda de hombres será casi imposible.

Y él lo sabe - ve el momento en que toda esperanza y humor desaparecen de mis ojos al darme cuenta de cuán superada estoy. Pero no hay rastro de su usual arrogante sonrisa, solo una extraña irritación en su mirada. Suelta mis muñecas como si yo fuera nada más que un centavo

sin valor en la calle mientras se gira y sale del baño.

—Quiero todo tu puto desorden fuera de mi ducha, — grita, —Y si te veo arriba otra vez, pondré una bala en tu estúpida cabeza.

❖ ❖ ❖

13

Freya

NO HAGO lo que Torren Costa ordenó y no saco todo mi —puto desorden — de su ducha. En cambio, me quito mi camiseta negra y mis shorts de dormir, tirándolos en cualquier lugar menos en su artísticamente decorada cesta de la ropa sucia, y uso su ducha como si fuera la mía.

Después de todo, él es mi prometido. Y compartir es demostrar cuidado.

Para cuando bajo las escaleras, el diablo se ha ido.

Es algo bueno, porque no puedo soportar un segundo más de su insoportable presencia. Seriamente, ¿cómo se las arregla para ser un idiota tan gigante?

El olor de tostadas calientes y café llega desde la cocina, haciendo que mi estómago ruja y me distraiga efectivamente de mis pensamientos.

Me dirijo sigilosamente a la cocina, encontrando a Giulia ocupada, cocinando suficiente desayuno para alimentar a un pequeño pueblo. Cuando me ve, su rostro redondo se ilumina con una amplia sonrisa. —Buenos días, señorita Freya, — dice, —Por favor, venga a comer.

La luz del sol penetra a través de las grandes ventanas. No creo que nunca me acostumbre a este apartamento. Nuestra casa en Staten Island es enorme, prácticamente una mansión, pero el edificio tiene un encanto anticuado, casi como un castillo. Este apartamento es elegante y moderno. Pero, a pesar de su belleza, no es cálido. No es hogar. Y con cada momento que paso aquí, las ventanas de vidrio se sienten menos como libertad y más como paredes de prisión.

Miro el festín dispuesto en la isla de la cocina, tomando asiento en uno de los taburetes. Hay una pila de gofres bañados en jarabe, espolvoreados con azúcar glas y coronados con arándanos y fresas. También hay croissants gigantes, tocino crujiente y un montón de huevos humeantes.

Mis ojos se agrandan. —¿Es todo para mí?

—Sí, — dice Giulia, —Debes comer.

Le lanzo una mirada preocupada. —Es demasiado.

Su rostro se frunce. —¿Eres modelo? ¿Haces... — Se detiene para mover la mano como si tratara de encontrar la palabra correcta. —¿Cómo se dice... dieta?

—¿Qué? No. No soy modelo. Esto es demasiado para una sola persona. — Hago una pausa, considerando la cantidad de comida frente a mí. —¿Has comido ya?

Me mira como si simplemente sugerirlo fuera absurdo. —No.

Saltando del taburete, rodeo la isla para colocarme a su lado antes de tirarle del brazo. —Entonces ven a comer conmigo.

—¡Señorita Freya! — Giulia se suelta de mi brazo con los ojos bien abiertos. —No puedo.

—¿Por qué no?

Me lanza una mirada dolorida. —Por favor, comprenda.

Lo entiendo. Obviamente la contrataron para hacer su trabajo y mantenerse fuera del camino, y es a lo que está acostumbrada. Está claro que mi prometido imbécil no es la persona más amigable del mundo. Así que hablar con ella debe ser incómodo. Me doy por vencida y suspiro. —Está bien... entonces, ¿qué haces con toda la comida que sobra?

Giulia se encoge de hombros. —La tiro.

Mis ojos se abren de par en par. —¿La tiras?

Asiente.

En casa, siempre estamos nosotros y los hombres de Papá, y la comida nunca se desperdicia. Supongo que cuando cocinas para una persona, es más probable que sobre comida, pero... Miro la encimera rebosante frente a mí, y la idea de desperdiciar todo eso hace que se me revuelva el estómago.

Suspiro, llenando mi boca con tanta comida como puedo y bajando el café.

Luego, encuentro mi móvil olvidado. Es la primera vez que lo enciendo desde el compromiso. Inmediatamente, empieza a vibrar con notificaciones sin leer. Mensajes de texto, llamadas perdidas, menciones.

Las fotos del compromiso se hicieron virales. Es comprensible, ya que nadie sabía que siquiera existía, pero ahora estoy comprometida con uno de los empresarios más famosos de Nueva York.

Las fotos son engañosas; en una de ellas, estoy mirando a Torren con lo que parece ser una profunda y devota pasión mientras él desliza el anillo en mi dedo. Me río para mis adentros mientras abro mis mensajes.

PIPPA

¿¿¿WTF???!!! ¿ESTÁS COMPROMETIDA CON TORREN COSTA?

COMPROMETIDA*

COMPROMETIDA**

¡LLÁMAME ENSEGUIDA!!!

SAL

¿PERRA ESTÁS COMPROMETIDA????

¿CON TORREN COSTA????

¿DESDE CUÁNDO?????

¿POR QUÉ ME ENTERO DE ESTO AHORA POR TWITTER????

1 llamada perdida de SAL

CONTÉSTAME

9 llamadas perdidas de SAL

¡PERRA CONTESTA MALDITO TELÉFONO!!!!

BEN

Frey, ¿es cierto?

¿Estás bien, verdad?

Llámanme en cuanto leas esto

Suspiro y cierro los mensajes. No puedo hablar con mis amigos. No sé cómo explicarles todo esto. Y no quiero arriesgarme a contarles demasiado. Cuanto menos sepan, mejor.

Cuando abro Google, tengo la mala suerte de que lo primero que aparece es un artículo de tendencia sobre mí.

Freya Morozov — hija ilegítima del conglomerado rusoamericano Yuri Morozov — la verdad que la familia Morozov no quiere que sepas...

Se me cae el alma a los pies y un amargo sabor llena mi boca. Lo trago e ignoro el artículo, apagando mi móvil. Miro a Giulia y luego señalo los croissants, gofres y frutas sin tocar.
—¿Puedes empaquetar todo esto en cajas para mí?

Una expresión de reticencia llena su rostro, pero después de un rato, asiente con rigidez.

Cuando las cajas están listas, las recojo y me dirijo al ascensor hasta la salida del edificio, donde hombres vestidos con trajes negros y auriculares de plata están parados. El imbécil no estaba bromeando sobre los guardias.

El guardia de la derecha parece un poco más amable que los demás, y estoy a punto de dirigirme hacia él, cuando una figura muy alta se interpone en mi camino. El hombre de amplia y corpulenta figura está vestido con un traje y tiene el cabello rapado.

Lo miro, levantando una ceja.

—Lo siento, señora, pero me temo que no puedo dejarla pasar, — dice, —No puede salir del edificio sin el permiso del señor Costa.

Aprieto los dientes.

¿Creen que voy a escapar o algo? No soy tan estúpida. Vendrían a buscarme, y francamente, soy demasiado perezosa para estar en una persecución por toda Nueva York.

Por un segundo, pienso en mostrarle un gesto obsceno al guardia y pasar corriendo junto a él, pero no tengo ninguna oportunidad, especialmente con tres guardias más al final de la calle. Así que, al final, me veo obligada a tragarme mi orgullo y dar un paso atrás.

—Genial. — Presiono mis labios en una sonrisa plana. —Bueno, solo quiero dejarte esto a ti. Y a tus compañeros allí.

El guardia mira las cajas que le entrego con un ceño fruncido, como si fuera a decir que no, pero cuando me mira y se da cuenta de que no voy a dejar el tema, asiente brevemente y toma las cajas.

Cuando regreso al apartamento, Giulia se ha ido, así que paso el resto del día en una rabia suave, esperando que Torren regrese a casa para poder exigirle que me deje visitar mi hogar.

Decido jugar con las distintas funciones del apartamento. Está el mando a distancia que baja

persianas negras sobre las ventanas, transformando el apartamento en completa oscuridad. También hay un mando para lo que parece ser un sistema de música central, pero le han quitado las pilas.

Recuerdo lo que dijo Torren sobre no gustarle la música. Frunciendo el ceño, hago más indagaciones por el apartamento y encuentro algunas pilas. Solo me lleva unos minutos poner en funcionamiento el sistema de música, y es una locura. Black Sabbath resuena por todo el apartamento, pulsando bajo el suelo bajo mis pies y perforando mi caja torácica.

Casi hace que olvide lo patética que es mi situación, por un corto tiempo.

Caliento la cena que Giulia preparó para mí antes de decidir ver El Exorcista con las persianas bajadas y todo el espacio en oscuridad. Y en algún lugar en medio de todo eso, me quedo dormida en el sofá.

Cuando me despierto, son las siete de la mañana. Me froto los ojos antes de levantarme del sofá y caminar hacia las escaleras para escuchar algún movimiento arriba, y no hay nada. Pero hay evidencia de que él estuvo aquí, un vaso vacío en el fregadero.

El resto del día pasa. Como y veo otra película, La matanza de Texas, por centésima vez.

Esa noche, duermo en mi cama. Sola.

Pero no duermo nada.

Y no es porque haya visto una película de terror. Son más entretenidas que aterradoras, para ser honesta. Simplemente no puedo dormir.

Me despierto y camino hasta la habitación de Rhaegar, encendiendo las luces. Pero la habitación está vacía. Mi cosa favorita de toda esta casa, desaparecida.

Al día siguiente, pruebo mi suerte con los guardias nuevamente, llevándoles más comida. Y aunque la aceptan y devuelven los recipientes vacíos más tarde, aún no me permiten pasar.

Tanto para sobornar.

Hago un pequeño progreso con Giulia, que finalmente cede a mis protestas y se une a mí para desayunar en mi cuarto día. Al día siguiente, la convenzo de quedarse un poco más. Solo para tener a alguien con quien hablar.

En mi sexto día, cuando bajo, el apartamento está limpio y el desayuno está esperándome. Ella no está por ninguna parte.

No veo a Torren ni una sola vez. Se va antes de que despierte y llega después de que me duermo. No sé dónde está, qué está haciendo, o con quién está. Me digo a mí misma que no me importa.

No muevo mis cosas de su ducha. Sigo usándola, y él no me dice nada al respecto ni sigue con su amenaza. ¿Cómo podría hacerlo, si ni siquiera se molesta en aparecer?

Luego, en la séptima mañana, exactamente una semana después, algo cambia.

Me despierto alrededor de las nueve como parte de mi nueva rutina.

Y él está abajo.

Lo vislumbro justo cuando estoy subiendo las escaleras para ducharme.

Y así, vuelvo a sentirme viva, con la sangre fluyendo bajo mi piel, encendida con propósito. Configuro el sistema de música al volumen más alto, haciendo que Metallica retumbe por todo el apartamento.

Como cada mañana, entro en su baño para ducharme. Pero esta vez, voy un paso más allá. Me paseo por su habitación después de la ducha con una toalla envuelta a mi alrededor y abro su armario.

Está impecable y pulcro hasta la exageración, lleno de innumerables camisas de vestir, en su mayoría blancas. Todo está bien planchado y organizado, ni una sola cosa fuera de lugar.

Saco una de sus camisas blancas, me la pongo. La camisa huele a él, y no puedo decidir si lo odio o no. También saco un cinturón de uno de los cajones y decido usar la camisa como un

vestido, con el cinturón alrededor de mi cintura para ceñirla.

Cuando bajo descalza, encuentro a Giulia revoloteando por la cocina con pánico en cada movimiento. A nuestro alrededor, Metallica sigue resonando desde el sistema de sonido.

El diablo está sentado en la mesa, su postura calmada e imperturbable. No pierdo el apretón en su mandíbula mientras levanta un vaso de jugo de naranja hacia su boca. No parece estar molesto ni un poco de que no solo haya música sonando, sino que es extremadamente fuerte y de heavy metal. Apretando mis dientes, busco el control remoto y apago la música.

Giulia parece calmarse visiblemente mientras se apresura a empacar sus cosas y salir del apartamento, lanzándome una mirada fugaz con una advertencia parpadeando en sus ojos marrones.

Camino pasando la silla de Torren, sintiendo el peso de su mirada en mí mientras alcanzo la canasta en el centro de la mesa y tomo un croissant.

Por un segundo pienso que me va a ignorar, cuando finalmente, habla.

—¿Es esa mi camisa?

Escuchar su voz de nuevo después de tantos días provoca una reacción visceral en mí. Una pequeña parte de mí quiere alcanzar y capturar ese sonido profundo y áspero y pegarlo a mi pecho. Y otra parte, más grande, quiere cortarle la garganta para no tener que escucharlo hablar nunca más.

Su mirada se levanta y se cruza con la mía, pesada y sin emoción, como si me estuviera atravesando con los ojos.

—Sí, — murmuro, la palabra empapada de veneno. Luego, solo para ver su reacción, dejo mi croissant y comienzo a desabotonar la camisa.

Baja la mirada a su plato, volviendo a ignorarme mientras lleva un trozo de comida a la boca con el tenedor, su mandíbula apretada. Sin mirarme ni una sola vez, dice: —Déjala puesta.

Me detengo, mis labios se separan en una lenta inhalación.

Sin voltear hacia mí, murmura, —Solo no hagas un desastre.

Confundida, recojo mi croissant y lo devoro antes de servirme un vaso de jugo. Levanto mi vaso, entrecerrando los ojos hacia él. —¿Dónde está Rhaegar?

No responde.

Viendo que no se va a dignar a darme una respuesta, insisto con mi demanda. —Déjame ir a casa.

Sigue sin responder.

Aprieto los molares mientras una frustración ardiente nubla mi visión. —No puedes mantenerme aquí para siempre.

Esta vez, levanta la mirada lentamente hacia mí, seca y cáustica. Cuando sus ojos se posan en mí, se oscurecen en los bordes, entrecerrándose como si estuviera considerando algo. Luego, algo parpadea en su mirada mientras endereza el reloj en su muñeca y se levanta.

Lo observo hacerlo, la desesperación filtrándose por las grietas de mi pecho.

Y luego lo veo caminar hasta la puerta del apartamento. Lo veo abrirla y salir sin decir una sola palabra.

Y me rompo.

Un grito surge de mi garganta, dejándola en carne viva. Despejo el contenido de la mesa, enviando vasos y platos a volar hacia el suelo. A mi alrededor, el vidrio se rompe y el líquido se derrama.

Mis manos tiemblan mientras saco mi teléfono y lo enciendo. Mi vista de la pantalla es borrosa por las lágrimas que nublan mis ojos, pero los mensajes de mis amigos son cada vez más

preocupados, aunque no tengo energía para responder. De alguna manera, logro ignorar las notificaciones que estallan en mi pantalla y abro la aplicación del teléfono.

Solo suena unos segundos antes de que ella conteste.

—Ana, — digo, con lágrimas rodando por mis mejillas.

—¿Freya? — dice ella. —Dios mío, he estado llamándote sin parar. ¿Por qué no has respondido? ¿Estás bien?

La mentira burbujea en mi garganta casi como un reflejo. —Estoy bien.

No sé por qué lo hago. Por qué miento. Mis manos tiemblan incontrolablemente y las lágrimas siguen rodando por mis mejillas. Estoy a punto de decir la verdad cuando ella comienza a hablar de nuevo.

—Frey, — dice, —tenías razón. Sobre todo el asunto de la libertad. Papá no ha sido tan indulgente conmigo en años. Salí ayer sola, ¿sabes? No puedo creerlo—

Y así, presiono mis labios firmemente juntos. No puedo hacerle esto a ella. No puedo hacerle esto a Ana. Si le digo la verdad — le digo cuán miserable y sola estoy realmente, hará todo lo posible por sacarme de aquí. Lo sé en mi alma.

Y ahora finalmente le han dado una oportunidad de tener una vida normal. De tener lo que yo tuve toda mi vida. Ni siquiera tiene amigos normales. Quiero decir, tiene a Nessa Morelli, pero el padre de la chica es tan horrible que nunca se le permite salir de la casa, guardaespaldas o no, así que esa amistad es disfuncional en el mejor de los casos.

—Me alegra por ti, — digo, sonriendo entre lágrimas.

Casi puedo escuchar su ceño fruncido al otro lado. —Freya, ¿estás bien? No suenas bien.

—Estoy bien, — digo, aclarando mi garganta, —¿Cómo está Papá?

Ella lo deja de lado con reticencia, respondiéndome. —No es el mismo. Te extraña.

—¿Y Mamá?

Está callada un rato. —Tú sabes cómo es ella. — No me pierdo cómo cambia el tema. —¿Cuándo te veremos?

—Pronto, — digo, esforzándome por mantener mi voz estable, —¿Te hablo luego?

—Está bien... — Hay una preocupación evidente en su voz. —Cuídate, Frey. Y pórtate bien. — Baja la voz. —Papá tiene... tiene un plan. Quiere hablar contigo sobre eso.

Asiento con firmeza. —Estaré ahí.

La llamada termina.

Y estoy atrapada de nuevo. No hay nadie con quien hablar aquí. No puedo hablar con mis amigos, ni siquiera con mi hermana.

Miro la puerta por donde desapareció el diablo, y luego hacia el anillo de diamantes en mi mano. Es como un grillete en mi dedo, un recordatorio ardiente de cuánto he perdido. Mi agencia, mi privacidad y cualquier sentido de libertad.

Y de repente, estoy enojada. Hierve desde mi estómago, subiendo a través de mi caja torácica y floreciendo en mi pecho.

Solo no hagas un desastre.

Esquivo el vidrio roto en el suelo, dirigiéndome a la cocina y cogiendo un par de tijeras, junto con una botella de whisky del estante superior.

Desenrosco la tapa y doy tragos directos de la botella, y es tan jodidamente fuerte que me quema la garganta y envía más lágrimas calientes a mis ojos. Subo las escaleras y entro en la habitación del diablo, con la botella y las tijeras aún en mis manos.

Abro su armario y me detengo para darle una larga y apreciativa mirada.

Y luego lo vacío. Incontables camisas vuelan por el aire, cayendo desordenadas al suelo.

Entonces, sentada con las piernas cruzadas en el suelo, empiezo a cortar. Adiós, Tom Ford.

Me alterno entre tragos de whisky y cortar material, y estoy a mitad de cortar sus estúpidas camisas cuando mi visión comienza a volverse borrosa gracias al alcohol.

Necesito salir de este jodido apartamento o me voy a volver loca.

Pero tengo la sensación de que estoy demasiado en el tren de la locura para regresar.

Tomando otro largo trago del whisky, rápidamente pierdo la cuenta de cuánto ya he bebido. Tiro las tijeras detrás de mí y mi cabeza palpita mientras salgo de su habitación y bajo las escaleras. Es un milagro que no me tropiece y me rompa el cuello en el camino.

Me detengo en el desastre en el suelo alrededor de la mesa del comedor. Probablemente ni siquiera le afectará. Solo conseguirá que algún pobre alma — probablemente Giulia — lo limpie. La culpa me golpea como un tren de carga, y me tambaleo hacia la cocina para coger una bolsa de basura.

Pero cuando me agacho frente al desastre, el movimiento repentino me ataca y parpadeo con fuerza, tratando de enfocar de nuevo mi visión.

En realidad lo hago bastante bien, y dejo escapar una pequeña risa embriagada en reacción. Pero luego me tambaleo hacia adelante de nuevo, y cuando apoyo mis manos delante de mí, aterrizan justo en los fragmentos de vidrio.

El dolor desgarra mis manos mientras los pedazos de vidrio crudo cortan la carne de mis palmas — pero de repente se amortigua, como si el alcohol no me dejara sentir todo su alcance. Hago una mueca al sacar los fragmentos de mi carne, tirándolos. Recojo el resto de las cosas y luego las arrojo a la bolsa de basura.

Luego me pongo de pie temblorosamente, aún descalza. Mis palmas están sangrando ahora, pero no me importa. No siento nada. Y recuerdo por qué bajé en primer lugar.

Necesito irme.

Camino hacia la puerta y me tambaleo hasta el ascensor, presionando el botón del piso principal. Cuando llego, hay una vista borrosa de los guardias en la entrada, pero en lugar de girar hacia ese lado, giro a la izquierda, hacia el bar.

Cuando entro, puedo sentir algunas miradas sobre mí, pero nadie hace un esfuerzo por detenerme. Me río para mis adentros, caminando hasta el bar y tomando asiento. Ya puedo sentir que el subidón se desvanece.

Miro hacia el barman, su rostro solo un borrón con una leve preocupación grabada en alguna parte. Mi voz sale arrastrada. —¿Qué es lo más fuerte que tienes?

Con reticencia, responde. —Vodka ruso.

—Genial, — digo, sonriendo mientras levanto mi mano con dos dedos levantados, —Dame tres.

Cuando miro mis dedos, están sangrando. Espera. Una risa nerviosa burbujea en mi garganta. ¿Por qué están sangrando? Una ola de mareo me invade, y me tambaleo hacia atrás, cayendo al suelo.

Una figura se acerca detrás de mí, con las manos a ambos lados de mis hombros, amortiguando mi caída. Tiene el cabello claro y barba incipiente en la mandíbula, y hay una leve sonrisa en sus labios, pero el resto está borroso. Por un segundo, pienso que podría ser uno de los hombres de Torren, pero no veo ninguna señal del característico auricular plateado.

—Hola, hermosa. — El hombre presiona más fuerte sobre mis hombros, mirando mis piernas desnudas. —Quizás deberías sentarte.

Me jala hacia un sofá, y caigo sobre él. Estoy confundida y todo está borroso, pero el hombre me arrastra a su regazo, y por un segundo, doy la bienvenida al contacto humano.

—Me gusta el atuendo, — dice, su mirada recorriendo apreciativamente mi atuendo improvisado.

—Es de mi prometido, — murmuro, —Es un idiota. Solo quiero ir a casa, pero no me deja. Y me ha estado ignorando durante una semana—

El hombre me interrumpe, su expresión agria. —No soy tu maldito terapeuta.

Frunzo el ceño hacia él, moviendo un poco las caderas mientras intento recordar cómo terminé en esta posición en primer lugar, y él gime mientras baja la mirada hacia mí. —¿Qué tal si te hago olvidar de él?

Echo la cabeza un poco hacia atrás mientras me río. —¿Quién eres tú?

Hay una expresión de descontento en su rostro.

—Quienquiera que seas, deberías irte. Si se entera, — digo, —te matará.

Me muevo para levantarme de él, pero él me sostiene firmemente hacia abajo. —Lo que tú digas, nena.

Levanto una ceja. —No estoy bromeando.

—Claro.

Y luego mete su mano debajo de mi vestido improvisado.

—Espera. — El pánico sube por mi garganta. —No dije que pudieras—

Pero él sigue, sus dedos subiendo hasta mi ropa interior. El miedo surge hasta la superficie de mi piel y le suplico a mi mente que se sobree salga, pero no me escucha. Apenas puedo articular una palabra. —Para.

Él no escucha, sus dedos empujando mi ropa interior a un lado. —Vamos, nena, te metiste conmigo. Ahora déjame tocarte un poco.

Una oscura conciencia se agita en el fondo de mi mente. —Dije para—

De repente, soy alejada de él cuando unos brazos fuertes rodean mi cintura y soy lanzada

sobre la espalda de alguien. Ese olor — jabón fresco, almizcle blanco, destellos de cítricos — podría reconocerlo en cualquier lugar.

Torren.

—No mires, — ordena ásperamente.

La sangre me sube a los oídos, mi cabello cae mientras tengo una vista invertida de todo. Un disparo resuena en el aire. El sonido de maldiciones y pasos fuertes llenan el ambiente. Algo se desploma en el suelo, formando un charco de sangre en el piso.

—Límpialo, — gruñe Torren a alguien.

—¡¿Qué demonios, hombre?! — Reconozco la voz. Luca.

Me muevo en sus brazos mientras el mundo gira a mi alrededor más rápido, y siento que su camisa se desliza más abajo por mis piernas.

—¡Déjame ir! — le grito, luchando contra su agarre.

Pero no lo hace.

Mi estómago se revuelve, la sangre retumba en mi cabeza mientras me lleva al ascensor y subimos de nuevo al apartamento. Me sacude contra él al subir las escaleras y reconozco brevemente el piso de su dormitorio antes de que me arroje a la cama, mi cuerpo rebotando en el colchón.

Su habitación es un desastre, su ropa destrozada cubriendo el suelo. Mi piel arde al recibir el peso de su mirada. Nos miramos con odio, y una tensión densa, casi asfixiante, llena el aire.

—¿Qué te dije, Freya? — dice, con la voz baja. Letal. Su pecho sube y baja con fuerza mientras respira. —Te dije que tomaras lo que quisieras, solo no hicieras un desorden. Y ¿qué hiciste?

No digo una palabra. Ni siquiera me molesto en mirarlo.

—¿Y qué demonios hiciste, Freya?

De repente está sobre mí, enredando su mano en mi cabello y tirando de los mechones para que me vea obligada a mirarlo. Mi corazón late con fuerza, amenazando con salirse de mi pecho.

—Hice un desastre, — espeto.

Torren se inclina hacia adelante, oliendo el alcohol en mi aliento. Su mirada se enciende con ira, sus pupilas se expanden con un deseo no dicho.

—Hazlo, — lo desafío, —Fóllame.

La repugnancia inunda su mirada antes de empujarme de nuevo a la cama.

—Te estás comportando como una niña, — dice, —No follo a las niñas.

Me levanto, mostrándole el dedo medio con mi mano derecha, y sus ojos oscuros se estrechan. Hay una pausa lenta y peligrosa antes de que hable. —¿Qué le pasó a tu mano?

Le lanzo una mirada de odio. —Nada.

—Muéstrame tu mano, — ordena, —Ahora.

Esta vez le muestro ambos dedos medios.

Se escucha una respiración aguda y alcanza mis muñecas, agarrándolas con un toque caliente y rudo mientras las gira para poder mirar mis palmas. Están sangrando bastante ahora, y trozos de vidrio todavía están incrustados en mi piel, siguen dibujando sangre.

Su voz es baja, casi asesina cuando dice, —¿Quién te hizo esto?

Mantengo mi boca cerrada.

—Respóndeme, Freya. — Aprieta los dientes. —¿Fue él? ¿Te hizo esto?

—No, — suelto, —Lo hice yo misma.

—Jesucristo maldito, — sisea, —¿Qué demonios voy a hacer contigo?

Suelta mis muñecas y desaparece de la habitación. Suspiro, dejándome caer de nuevo en la suave cama y ignorando el dolor sordo en mis manos, deseando nada más que dormir. Hay un ruido de fondo seguido de pasos apresurados, y sé que ha vuelto.

El sonido áspero de su voz resuena en mi cráneo. —Levántate.

Dejo escapar un gemido de protesta mientras me tira de la cama y me pone de pie, llevándome al baño. Me dejo caer en el borde de la bañera, dejando escapar una exclamación ahogada mientras casi caigo hacia atrás, pero él despliega su gran mano contra mi espalda baja, empujándome hacia arriba.

El calor crudo de su palma se extiende por mi piel, y se siente tan bien que dejo escapar un gemido, pero sale más como un gemido de dolor. Las cejas de Torren se fruncen.

Apoya mi espalda con una mano, hurgando en lo que parece un botiquín de primeros auxilios con la otra, sacando un par de pinzas quirúrgicas. Luego me reubica para que me apoye contra la pared.

Su cercanía y la absurdidad de sus acciones me confunden. Hay un calor pulsante removiéndose bajo en mi estómago, hueco e incierto, y lo odio. Le lanzo una mirada de odio. —No me ayudes.

—Cállate. — Gruñe. —Maldita mocosa.

Saca un trozo de vidrio de mi mano, y un dolor agudo sube por mi brazo. Siseo, y mi primer instinto es acercarme para apretar su hombro con mi otra mano, pero no puedo. Torren resopla, empujándose entre mis muslos. El calor se intensifica entre mis piernas, pulsando y latiendo

salvajemente.

Se agacha frente a mí, mirándome por un breve segundo, su pelo oscuro cayendo contra su frente. Sus ojos se oscurecen con algo implacable antes de fruncir el ceño y arrastrar su mirada de vuelta a mis manos.

Saca otro trozo, y siseo, apretando sus costados con mis muslos. Hacemos contacto visual breve, y me lanza una mirada asesina antes de apartar la vista, apretando la mandíbula como si estuviera profundamente molesto por algo.

Solo quiero que esto termine para poder dormir. Incluso la bañera parece realmente atractiva ahora… Me encuentro inclinándome hacia atrás en ella, mis párpados revoloteando cerrados.

—Siéntate. — gruñe Torren, sacando un gran trozo de vidrio demasiado rápido. A propósito.

—Ay, — gimo, cerrando mis piernas alrededor de él en un agarre mortal.

Las manos de Torren se posan en mis muslos mientras las separa, lanzándome una mirada de repugnancia. Pongo los ojos en blanco, balanceando mis piernas.

Rocía mis manos con algún ungüento y luego las envuelve meticulosamente con vendajes del botiquín de primeros auxilios. La forma en que envuelve es ordenada. Limpia. Precisa. Por un segundo, me mira y algo brilla en sus ojos. Abre la boca para decir algo, pero se frunce el ceño y la cierra de nuevo.

Mi mirada se fija en la pistola metida en sus pantalones y me doy cuenta de algo. No quitó el anillo de mi mano antes de envolver la venda. El peso del metal frío sigue allí, y me envía una sacudida de sobriedad por todo el cuerpo.

Me pongo de pie, lanzándome hacia la pistola, y antes de que él pueda siquiera registrar lo que está ocurriendo, le apunto con ella.

Traición, precaución e ira se iluminan en sus ojos al mirar mi mano. Bajo el seguro.

—Ponla abajo, — dice, con una calma inquietante en su voz.

Puedo acabar con esto ahora mismo. Detener el matrimonio. Liberar a mi familia.

Mi corazón retumba en mi pecho.

—Freya, — dice de nuevo, su voz una clara advertencia, —Pon. La pistola. Abajo.

Aprieto el gatillo.

❖ ❖ ❖

14

Torren

FREYA MOROZOV ES una plaga, y está en todas partes. Todas sus malditas cosas siguen en mi ducha, y todo huele a ella. Mi ducha, mi habitación, todo mi maldito apartamento. Llena de ella.

No puedo acostumbrarme a ello: a una chica que intenta tan fuerte no ser dócil. Una chica tan dispuesta a desafiarme. Una chica que se mete bajo mi maldita piel como un cuchillo hecho a medida.

No puedo hacerla hacer nada.

Lo único que parece importarle es ver a su familia. Así que, aunque le dije que podía verlos cuando quisiera, no cumplo mi palabra.

Es lo único que tengo contra ella. Un solo fragmento de poder. Hay otras cosas también. Como mantener a Rhaegar en el condominio de negocios. Y asegurarme de que no se pueda hacer amiga de mi cocinero.

Lo hago para castigarla. Es desafiante. Impetuosa. Y, francamente, demasiado malditamente terca para su propio bien.

Salgo del apartamento antes de que se despierte y regreso después de que se acuesta. Todo para evitar cualquier tipo de contacto con ella. Sé exactamente lo que hará si me ve. Me provocará algún tipo de respuesta. Y como un maldito idiota, caeré en la trampa. Cada. Simple. Vez.

La primera noche, volví al apartamento y ella estaba durmiendo en el sofá a la tenue luz de la pantalla plana. Y maldición. No podía hacer otra cosa que quedarme allí y observar.

Estaba tan tranquila en ese momento. Tan suave. Esa mirada ardiente desaparecida, reemplazada por ojos pacíficamente cerrados, las pestañas más oscuras derramándose sobre mejillas sonrosadas. Su largo cabello suelto, enmarcando sus hombros. Y todavía llevaba esos malditos shorts para dormir que exponían cada centímetro de sus piernas.

Impresionante.

Tan malditamente impresionante que me costó esfuerzo apagar la pantalla y alejarme.

Es hora de admitirlo: tengo un problema. Un problema serio. Y ignorarlo no hará que desaparezca. Si le preguntara a mi padre por consejo, sé exactamente lo que diría. Lo que lleva diciendo durante cinco años. Matadla.

Y tiene razón. Cuando miro a la pequeña Morozov, no puedo negar que es una espina afilada en mi carne. Una gigantesca inconveniencia. Debería desangrar a su padre y luego matarla frente a él para que realmente le duela. Pero de algún modo, la idea de su cuerpo muerto hace que mi estómago se retuerza.

Le doy una semana.

Toda esa ardiente rebeldía debería estar completamente apagada para entonces. Estará en silencio. No me responderá ni me mirará con esa chispa de odio en sus ojos. Se habrá ido. Todo se habrá ido.

No podría haber estado más equivocado.

Cuando llego a casa, el apartamento está vacío. Mi habitación es un desastre. Las puertas de mi armario abiertas, innumerables camisas rasgadas en el suelo. Debería haberlo sabido. Todo el tiempo, en lugar de domar a la mocosa, solo la estaba empujando a más extremos.

Como conseguir mi pistola.

Apuntarme con ella.

Y disparar.

Siento la bala antes de verla. Un dolor ardiente atraviesa mi costado, y me detengo un segundo.

La mocosa realmente tomó el maldito disparo.

Y si estuviera un poco más sobria, tal vez esa bala no solo me habría rozado. Tal vez se hubiera alojado en mi maldito corazón. O en mi cabeza. Una furia visceral llena mis venas.

Los ojos de Freya se abren de par en par al enfocarse en la sangre que brota a través de mi camisa blanca. Sus labios se separan en shock, y sus manos caen a sus lados, suelta la pistola.

Por primera vez, lo veo.

Miedo.

Ella está aterrorizada.

Pero no de mí. De sí misma. De lo que es capaz de hacer.

Me lanzo hacia adelante y le arrebato la pistola de su mano, ignorando el dolor silbante que sube por mi costado. Le apunto con la pistola, pero está demasiado aturdida para notar.

—Te dije, — digo, con la voz baja, —que bajaras la maldita pistola.

Freya ni siquiera parece registrar lo que estoy diciendo. Está en un trance semi-borracho, sus ojos vidriosos todavía fijos en mi abdomen. —Estás sangrando.

Aprieto los dientes. —Ponte de rodillas.

Sus cejas se fruncen mientras se fijan en la sangre que empapa mi camisa.

—¡Ponte de malditas rodillas!

Traga saliva y obedece, bajándose lentamente de rodillas. Me acerco, apuntando la pistola justo en frente de su frente mientras se arrodilla delante de mí, mirándome hacia arriba. La sangre sube a la superficie de mi piel.

—¿Es esto lo que quieres? — le pregunto. —¿Quieres sentir algo?

Sus ojos avellana son grandes y suaves mientras me mira. —Estás sangrando.

Ella podría haberme matado — debería estar asustada de que yo podría matarla ahora, ¿y está preocupada porque estoy sangrando? Esta chica de mierda.

Parpadea mientras arrastro la pistola desde su frente por el puente de su nariz, dibujando una línea recta hacia abajo en el centro de su rostro. Desde su barbilla hasta la curva de su cuello y garganta, que se mueve al tacto. Desde su clavícula hasta el dulce valle de sus pechos. La sangre corre hacia mi entrepierna.

Arrastro la pistola todo el camino hacia arriba, hasta regresar a su barbilla.

Y luego le bajo el labio con mi pulgar y meto la pistola en su boca.

Sus pupilas se dilatan. No puedo decir si está asustada o excitada. El seguro no está puesto, y esto es una locura. Un resbalón de mi mano y su cabeza volaría en pedazos.

Pero no puedo negarlo — me gusta así. Arrodillada frente a mí con las manos atadas detrás de su espalda, mirándome con su bonita boca estirada alrededor del cañón de mi pistola.

La imagino con la boca llena de mi polla, y la lujuria recorre mis venas. Ella es todo lo que debería evitar. Tentación. Rebelión. Pecado. Pero, de alguna manera, no puedo apartarme.

Mi mirada cae sobre el collar Morozov alrededor de su garganta y el colgante en forma de corazón.

Voy a tocar el colgante con mi mano libre, pero su ceño se frunce, la ira brillando en sus ojos color avellana mientras hace un gruñido ahogado de protesta y se aparta, sin importarle que el interior de su boca se magulle contra la pistola.

Apartando mi mano, recibo el mensaje. El colgante está fuera de límites.

En su lugar, coloco mi palma en un costado de su garganta. Puedo sentir su corazón latir frenéticamente dentro de la piel suave de su cuello como una paloma enjaulada.

Quiero matarlo. Matar esta morbosa fascinación que tengo con ella. Ella solo está destinada a ser un instrumento para mi venganza. Nada más.

Empujo el cañón de la pistola más adentro de su garganta. Ella lo acepta. Sin protestar.

Las lágrimas se agrupan en sus ojos mientras me mira, antes de deslizarse por sus mejillas. No es por miedo — nunca es miedo con ella. Mayormente frustración. Tal vez dolor.

Y de repente, la idea de que su rostro sea destruido me golpea en el pecho. Perder ese fuego violento en sus ojos, el fruncimiento de su nariz, sus labios llenos no torciéndose en alguna semblanza de profundo odio.

Saco la pistola, disgustado conmigo mismo por no ser capaz de hacerlo.

La chica trató de matarme, pero no puedo soportar siquiera la más mínima mirada de dolor en sus ojos.

Ella aprieta la mandíbula y mira hacia otro lado, pero le agarro la barbilla, obligándola a mantener su mirada en mí. —Nunca hagas eso de nuevo, ¿entiendes?

Incluso ahora, con lágrimas corriendo por su rostro, su mirada es obstinada. —Jódete.

Me burlo, soltando su barbilla más bruscamente de lo necesario. Nunca es simple con ella. Nunca puedo simplemente decirle qué hacer. Siempre tiene que haber una amenaza adjunta, y aun así, apenas si es controlable.

Freya se pone de pie y se mete en mi cama, cubriéndose con las sábanas antes de darme la espalda.

Aprieto la mandíbula. —Si muero, habrá una guerra de territorios. El control de tu padre sobre sus territorios se ha debilitado. Las tensiones son altas. Han estado altas durante años. —Hago una pausa. —Si me matas—

Espero algún tipo de reacción de ella, en mi reconocimiento de que estuvo peligrosamente cerca de realmente matarme, pero no obtengo nada. No se mueve ni un músculo. Y sus manos están encima de la manta, como si el dolor estuviera intensificándose.

—Y toda tu familia estará muerta.

Su respiración se detiene por un segundo, y sé que he marcado el punto. No es una amenaza. Es una certeza. Y ella lo sabe.

Antes de hacer algo de lo que me arrepienta, salgo de la habitación.

Abajo, Luca está paseando de un lado a otro como un idiota. Cuando finalmente me ve, su mirada recaé en la sangre empapando mi camisa. —¿Qué demonios?

—Está bien, — murmuro, —solo un rasguño.

Su rostro se tuerce. —¿Tanta sangre? No jodas, hombre. Necesitas puntos de sutura.

Aprieto la mandíbula. —Sal.

Camino hacia la cocina, alcanzando una botella en el estante superior solo para encontrar un espacio vacío. Esa maldita bribona se llevó mi botella favorita de whisky.

Apretando los dientes, saco una botella diferente, sin molestarme en sacar un vaso. Me voy a beber hasta caer en un maldito estupor. Si me desangro, que así sea.

Al otro lado de la habitación, Luca me lanza una mirada significativa. —¿Sabes de quién es la sangre que derramaste allá abajo?

No digo nada, porque sí. Lo sé. Simplemente no me importa. Una cegadora neblina roja se

apoderó de mí tan pronto como lo vi meter su mano debajo de la falda de mi prometida.

—Maldita sea, — Luca maldice, —no lo sabes, ¿verdad? Por supuesto que no. Yo soy el que tuvo que limpiar. Siempre soy el que tiene que—

—El hijo de Mancini, — lo interrumpo. Reconocí a ese pequeño cabrón en cuanto puse un pie en el bar.

—Dante maldito Mancini, hombre, — murmura Luca, paseando el piso. —Es familia primero. ¿Te detuviste un momento a pensar lo que esto podría significar para nosotros?

Henry Mancini es uno de mis mejores aliados. No soy fanático del tipo, pero tiene conexiones. Conexiones que hacen que llevar este circo sea un poco más fácil. Y ahora he matado a su hijo.

—Sabía el maldito riesgo, — digo.

—Y lo tomaste de todos modos. Por ella.

Tomando un trago de la botella, ignoro el comentario, mirándolo de nuevo. —¿Por qué estaba aquí Dante?

Se encoge de hombros. —Esperándote. Al parecer quería entrar en el negocio.

Hago girar el whisky en mi boca por un segundo más. —¿No podía esperar y mantener sus manos quietas?

Luca resopla. —¿Qué te importa quién toca a la chica Morozov? Nadie la odia más que tú.

—Es mía, — digo, lentamente.

Mía para torturar. Para herir. Para romper.

La mirada de Luca es plana. —Ambos sabemos que no estás castigándola. Te estás

castigando a ti mismo. No pudiste salvar a Sof, Torren. Ninguno de nosotros pudo.

Al mencionarla, la ira se apodera de mi mente.

—Sal.

Luca debe saber que ha cruzado una línea, porque maldice por lo bajo y sale del apartamento.

Con la fatiga infiltrándose en mis huesos, me siento en mi sofá, pero huele a ella. Vino dulce, vainilla negra y frambuesa. No sé qué está haciendo arriba, y no quiero saberlo.

Necesito un cigarrillo. No. Necesito follar. No he estado dentro de una mujer en semanas.

Unos minutos después de que Luca se va, maldigo y salgo del apartamento, poniéndome un blazer para ocultar la mancha de sangre en mi abdomen.

Mi conductor no hace preguntas. Ninguna de las personas que contrato las hace. Saben mejor. Llega al club como le pido.

Dentro, el calor de las luces estroboscópicas se impregna en el material de mi traje antes de enfocar en el escenario donde trabajan algunas chicas.

Cuando camino a mi oficina privada en el piso superior, hago contacto visual con una de las chicas. Sé su nombre, pero no puedo recordarlo por nada del mundo. Como siempre, me sigue.

—Te he extrañado, — dice, su voz llena de sexo.

No respondo. Solo me siento en mi escritorio y abro mi computadora portátil, ignorando el dolor que se intensifica en mi estómago cuando lo hago.

La chica se acerca y se arrodilla, sus manos recorren mis piernas mientras se mueve para desabrochar mis pantalones.

Paso una mano distraída por su cabello y tiro, pero cuando miro mis dedos, frunzo el ceño. Su cabello es del tono de marrón equivocado. Demasiado oscuro. Me mira con una leve ceño fruncido. Ojos azules. Demasiado claros. Sin odio, sin desafío, solo... nada. Erróneo. Tan maldito erróneo.

La palabra sale de mi boca antes de que la registre.

—Sal.

Sin decir palabra, ella se levanta y se va.

Ni siquiera me pelea.

La irritación se agrupa en mis entrañas. Me gusta la obediencia. La docilidad. La sumisión. Pero aparentemente, no es lo que mi polla quiere.

No — quiere lo único que nunca me querrá. Lo único que nunca me permitiré desear. Lo único que nunca podré tener.

Y con eso, estoy completamente jodido.

❖ ❖ ❖

15

Freya

CUANDO ME DESPIERTO, me duele la cabeza. Es como si el interior de mi cráneo fuera una pizarra, y la miseria arrastra sus largas uñas negras por ella. Al sentir el aroma extraño de almizcle blanco y cítricos envolviéndome, me doy cuenta de que no estoy en mi propia cama. Estoy en la de Torren. Y con solo una mirada a mi cuerpo, me doy cuenta de que dormí con su camisa puesta.

Todo se me viene encima de golpe. Vidrios rotos. Whisky fuerte. Camisas arruinadas. Las luces tenues de un bar y manos no deseadas recorriendo mis muslos. No mires.

Delante de mí, el piso del dormitorio está inmaculado tras los hechos, sin evidencia de todas las camisas que destruí. Me hundo de nuevo en la almohada, quedándome dormida nuevamente cuando una voz corta mi consciencia.

—Señorita Freya.

Gimo una respuesta inaudible. Me lleva unos segundos reconocer que la voz pertenece a Giulia, y abro los ojos a duras penas para encontrar su rostro preocupado mirándome. —No debe beber tanto, señorita Freya.

Coloca un vaso gigante de jugo verde brillante en la mesita de noche. —Esto le ayudará.

Realmente, todo lo que quiero es volver a dormir, pero entre el dolor punzante en mi cabeza y los calambres en mi estómago, me doy cuenta de que realmente necesito tomar algo. De mala gana, tomo el vaso de jugo, la superficie fría adormeciendo los pinchazos de dolor en mis palmas.

Llevo el vaso a mis labios, doy un sorbo con cautela y luego resisto la urgencia de vomitar. Sabe a pasto. Frunzo el rostro, mirando a Giulia. —¿Qué es esto?

—Bueno para usted, — dice, dándome una mirada significativa. —Bébalo todo de una vez.

Haciendo una mueca, inclino la cabeza hacia atrás y trago tanto del líquido verde repugnante como puedo. Se desliza por mi garganta mientras mi estómago da vueltas. Cuando lo único que queda son los pedacitos de pulpa deslizando los lados del vaso, se lo devuelvo a Giulia.

Ella comienza a retirarse hacia la puerta pero se detiene abruptamente. —He cocinado, — dice. —Por favor, coma.

Ahora mismo, la idea de comer me da ganas de vomitar. —Tal vez más tarde.

Sus cejas se fruncen ligeramente, su mirada se ilumina con sospecha. Estoy demasiado cansada para analizarlo o preguntar por qué, y ella no elabora, dejándome en silencio una vez más. Miro mis manos vendadas, y mi estómago se retuerce por una razón completamente diferente.

Él envolvió mis manos.

No sé por qué. Y odio no saberlo.

Lentamente, desenvuelvo las vendas para encontrar los cortes en mis palmas recién cicatrizados. El anillo de diamantes brillante se asienta en mi dedo, resplandeciente y perfecto a pesar de la piel dañada de mis palmas. Burlándose de mí, casi.

Recordándome que aunque él fue el que vendó mi mano, sigue siendo el monstruo que puso su anillo en mi dedo y me encerró.

Me quito la camisa blanca, haciendo una mueca cuando el material presiona demasiado mis manos, y entro en la ducha. Cuando salgo, me siento cien veces mejor.

Parece que Giulia ha sacado un atuendo para mí del armario, eligiendo la prenda más decente que pudo encontrar. Hay una camiseta negra de gran tamaño y mis pantalones de chándal favoritos. Me pongo la camiseta y dejo de lado los pantalones.

Justo entonces, mi mirada se fija en algo pequeño y brillante en la esquina de la habitación.

Entrecerrando los ojos, me acerco y me inclino para mirar más de cerca, dándome cuenta de lo que es.

La bala.

Debe ser que Giulia no la notó cuando estaba limpiando. Me agacho y la recojo, rodando el frío metal entre mis dedos antes de guardarla en el pequeño bolsillo de insignias de mi camisa.

Ojalá pudiera recordar la expresión en su rostro cuando apreté el gatillo, pero mis recuerdos están borrosos y alterados por el alcohol. Todo lo que recuerdo es que había sangre. Mucha sangre.

Y él no parecía ni un poco afectado por ello.

Por alguna razón, me siento aliviada de que la bala no haya perforado algún punto fatal. No sé qué habría hecho conmigo misma si realmente lo hubiera matado. La imagen me habría perseguido de por vida.

Me matas, y toda tu familia está muerta.

Ni siquiera lo dijo como si fuera una amenaza. Lo dijo como si fuera un hecho. Y eso me enfurece más que nada, porque las amenazas pueden ser vacías, pero un hecho es un hecho.

No puedo matarlo. Está bien. Pero hay otras maneras en las que puedo llevarlo al límite. Voy a continuar con mi pequeño y mezquino plan de molestarlo tanto que decida cancelar la boda y mantenerse alejado de mi familia. Al menos hasta que encuentre un plan mejor.

Pero no hoy.

Estoy cansada. Apaciguada. Intentar tanto desafiarlo con cada respiración está consumiendo mi energía, y ya no quiero hacerlo.

Con la mente decidida, paseo por el segundo nivel del ático, entrando en la biblioteca. Está junto a su oficina, y está llena principalmente de libros de no ficción sobre historia, política y guerra.

Aventurándome hacia el fondo y abriéndome camino a través del laberinto de estanterías, me topo con una pequeña sección de libros con lomos en azul pastel, rosa, verde y amarillo adornados con patrones dorados. Son coleccionables, y son ficción. Esta pequeña sección contrasta notablemente con el resto de la biblioteca. Casi como si... hubiera sido conservada. Para otra persona.

Saco Orgullo y Prejuicio, soplando la delgada capa de polvo en su lomo, y me siento en uno de los sofás de cuero mullidos, acurrucándome mientras comienzo a leer. Paso las primeras páginas para llegar al inicio de la historia, pero algo llama mi atención. Tinta negra y escritura cursiva perfecta. Volviendo a la página de la dedicatoria, lo veo.

Sof,

Feliz cumpleaños.

Con amor, T.

Claramente, era para una mujer a la que él apreciaba. Amaba, aparentemente. Me burlo a mí misma.

No pensaba que él fuera siquiera capaz de cualquier emoción positiva.

No puede ser su madre. Sé que su nombre era Catarina. Y hasta donde sé, no tiene hermana. Así que eso deja... una amante, de algún tipo. Hay un picor en mi garganta, y mi corazón parece solidificarse y hundirse en mi pecho. Le echo la culpa a la resaca, sacudiendo la cabeza mientras paso a leer el primer capítulo.

Por las anotaciones con pluma rosa y los pequeños corazones dibujados alrededor del nombre de Mr. Darcy la primera vez que se menciona, está claro que la chica era joven. No puedo evitar enamorarme de la escritura de la chica. Sus anotaciones hacen que el libro sea mejor, de alguna manera. No estoy segura de cuánto tiempo pasa antes de oír un gemido en la puerta.

Una sombra oscura está paseando en la entrada de la biblioteca, y una sonrisa se dibuja en mis labios. —¿Rhaegar?

Gime otra vez, trota alrededor pero no cruza la entrada de la biblioteca, como si lo hubieran entrenado contra ello. Pongo los ojos en blanco y levanto una mano, invitándolo a entrar. —Ven aquí.

Rhaegar levanta una pata sobre la línea imaginaria, luego la retira, gimiendo bajo mientras me mira con ojos sin parpadear.

—Vamos, chico grande.

Aparentemente, eso es todo el convencimiento que necesita, porque finalmente trota hacia mí. Me inclino y lo acaricio suavemente, aunque la piel de mis palmas arde. —¿Dónde has estado? Te extrañé.

Se acuesta al pie del sofá, moviendo la cola felizmente, casi como si dijera yo también.

Toco el asiento junto a mí en el sofá, inclinando la cabeza. —Aquí.

Una risa se escapa de mí cuando Rhaegar salta y me ataca juguetonamente. Se calma después de un rato, y me acomodo para poder acariciarlo con una mano mientras leo. Pero mira por encima de mí, fascinado con las anotaciones rosas tanto como yo. Así que en lugar de eso, inclino el libro, compartiéndolo con él y coloco una mano sobre su pelaje, leyendo en voz alta.

Resulta que a Rhaegar le gusta Jane Austen. Se queda quieto todo el tiempo, su cuerpo grande contrayéndose y expandiéndose mientras respira junto a mí.

—Su carácter estaba decidido, — leo en voz alta, —era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todos esperaban que no volviera a venir a ese lugar.

Me vuelvo hacia Rhaegar. —Suena familiar, ¿no?

Mis labios se levantan cuando recibo un ladrido como respuesta. Logramos pasar algunos capítulos antes de sentir una mirada oscura sobre mí. Reconozco demasiado bien el calor abrasador que quema el lado izquierdo de mi cara. Rhaegar salta y sale corriendo de la biblioteca.

En la entrada, Torren está apoyado en el marco de la puerta, con pantalones oscuros y una camisa negra con las mangas arremangadas sobre sus gruesos antebrazos, el cabello mojado cayendo sobre su frente. Sus brazos están cruzados sobre su pecho, su mirada vacía cuando se posa sobre mí.

—No está permitido aquí, — dice finalmente, su voz profunda cortando el silencio hueco y extendiéndose sobre mi pecho. —Mucho menos en el sofá.

Lo miro con desafío. —¿Y yo tampoco?

Su expresión está en blanco. —Nunca dije eso.

Pero ya estoy levantándome para irme, buscando algo que pueda usar como marcador. No hay nada excepto la bala en el bolsillo de mi camisa, así que la saco y la meto en el libro para mantener mi lugar.

Camino directamente hacia la puerta, a punto de pasar junto a él cuando da un paso adelante, bloqueándome. Apretando la mandíbula, trato de rodearlo, pero él se mueve a un lado, bloqueándome nuevamente.

No queriendo formar parte de su pequeño juego, aprieto más fuerte y doy un paso atrás. Pero eso solo le da más espacio para dar un paso más cerca de mí, empujando mi espalda contra la estantería y encerrándome. Escondo el libro detrás de mí y espero que no lo note.

Sus dedos rozan el dobladillo de mi camiseta de gran tamaño y su mirada se nubla al mirarme. —Me gustas más con mi camisa.

—¿Me gustas más? — pregunto, —¿O me odias menos?

Él arruga la tela en su puño, exponiendo mi muslo. —Ambas.

No debería estar haciendo esto. Hoy se suponía que iba a ser un día lejos de él, lejos de tratar de irritarlo. Pero supongo que desafiarlo me viene de forma natural, porque digo, —Lástima que destruí todas ellas, entonces.

Él tira de mi camisa. Fuerte. —Debería devolverte el favor, ¿no crees?

Agarro el libro con más fuerza y trago saliva, sin decir nada mientras el aire fresco golpea la piel expuesta de mi muslo.

—¿Nunca te enseñaron— — Su brazo derecho se envuelve alrededor de mí mientras sus dedos se agarran al libro detrás de mí. ——a no tocar cosas que no te pertenecen?

Inhalo bruscamente cuando la almohadilla áspera de su pulgar toca la piel de mi muslo. —Ese hombre, ayer, — digo, —¿Lo mataste?

Torren hace una pausa, inclinando la cabeza para considerar mi pregunta con sus ojos oscuros. —Sí.

Resisto el impulso de inhalar bruscamente, con imágenes de alfombras manchadas de sangre en mi mente. —¿Por qué?

Él me da una mirada dura. —Tocó algo que me pertenecía.

Mis cejas se fruncen al darme cuenta de lo que está insinuando. —No soy tuya.

La esquina de su boca se levanta, y su agarre — tanto en el libro como en mi muslo — se aprieta. —Cada centímetro de ti me pertenece, pequeña Morozov. Solo que tú aún no lo sabes.

Y con un movimiento de su muñeca, el libro desaparece de mis manos. Suelta su agarre en mi camisa. El calor de su cuerpo se retira abruptamente mientras se aleja, y me veo obligada a observar cómo se gira y sale de la biblioteca.

❖ ❖ ❖

16

Freya

ME DOY LA VUELTA hacia la biblioteca, a punto de buscar otro libro, cuando mi teléfono suena. Giulia debe haberlo traído arriba. Es una videollamada de Sal y Pippa. Suspirando, decido responder la llamada. Supongo que les debo una explicación.

—¿Freya? — La voz preocupada de Sal llena el aire. —¿Estás bien?

—Estoy bien.

Ella entrecierra los ojos. —¿Dónde estás? ¿Y cómo estás comprometida?

—¡¿Y por qué no fuimos invitadas al compromiso?! — Pippa interviene.

Me aparto un mechón suelto de pelo detrás de la oreja. —Simplemente sucedió, en realidad. Y no fue una ocasión feliz para mí, ya sabes, como para querer que ustedes estuvieran allí.

Se quedan en silencio, pero solo por un breve momento, antes de que Pippa decida hablar de nuevo. —Frey... nunca quisiste casarte.

—Todavía no quiero, — digo, —Fue un matrimonio arreglado.

Hay silencio al otro lado.

La cara de Sal se arruga. —Está bien, sabía que eras asquerosamente rica, pero, ¿un matrimonio arreglado? ¿Estamos en los años 50?

Exhalo. —Pero no pueden decirle a nadie, ¿de acuerdo? Ellos quieren que el público crea

que fue un matrimonio por amor.

—¿Así que no lo amas?

Río.

Pero me miran con caras serias.

Pongo cara seria. —No. No lo amo.

—¡Oh, Dios mío, ¿estás en su apartamento ahora mismo? Vamos para allá.

Mis ojos se abren de par en par. —¡No!

Hay un silencio incómodo.

—Podría matarlos, — murmuro, —o algo así.

Sal se ríe, como si estuviera bromeando sobre cuánto le gusta a mi prometido su espacio. —Cierto...

Excepto que no estoy bromeando.

No creo que a Torren le importe lo suficiente como para hacerles daño, pero no lo descartaría si usara a mis amigos para hacerme daño. De hecho, eso es exactamente algo que haría. Por eso necesito que se mantengan lo más lejos posible de él y de todo este lío.

Las características de Sal cambian a incomodidad. —Simplemente me cuesta creerlo.

—Sí, a mí también, — murmuro.

Pippa suspira. —Supongo que no es tan malo estar en un matrimonio arreglado si tu esposo

luce así…

Mi cara se tuerce. —No es mi esposo.

—Aún, — añade Pippa.

—No entiendes, — gimo, —Me hace querer matarme.

Sal se ríe.

De nuevo, no es una broma.

El olor de la comida flota hasta la biblioteca, y me doy cuenta de que mi apetito ha vuelto porque mi estómago ruge en respuesta. ¿Giulia sigue aquí? Volviendo mi atención a la llamada, gruño. —Escuchen, solo no intenten visitarme, ¿de acuerdo? Les enviaré un mensaje de texto.

Ambos aceptan de mala gana y me hacen jurar que los llamaré más tarde. Aunque quiero mantenerlos alejados de toda esta situación, no puedo negar que me siento mucho mejor después de hablar con ellos, aunque haya sido por poco tiempo. Cuelgo la llamada y salgo de la biblioteca, siguiendo el aroma de la comida.

Bajando las escaleras sigilosamente, miro al otro lado de la escalera y veo a Torren de pie en el oasis de la cocina, comiendo pasta con un tenedor.

¿Ha estado aquí todo el tiempo?

Mi estómago ha alcanzado oficialmente su límite, y ahora tengo tanta hambre que estoy prácticamente salivando ante el espectáculo y el olor de la comida. Pero... prefiero esperar hasta que se vaya. Así, no me veo obligada a interactuar con el engendro de Satanás.

Doy unos pasos hacia atrás, decidiendo esperar en mi habitación, también conocida como la habitación de invitados, cuando su voz baja suena desde el otro lado del espacio.

—No has comido en dos días.

Me detengo en seco, frunciendo el ceño. ¿Cómo lo sabe? Pero la respuesta llega rápidamente. Giulia.

—¿Qué te importa? — respondo mordazmente.

Él me mira, aburrido. —No me importa. Estoy contractualmente obligado a mantenerte alimentada y saludable.

Técnicamente, solo está contractualmente obligado a proporcionarme comida y agua. Si realmente como o bebo, es cosa mía. Sostengo su mirada. —El contrato solo es efectivo una vez que te cases conmigo.

Su mandíbula está tensa, su mirada vacía. —¿Planeas matarte de hambre antes de eso?

Pongo los ojos en blanco, decidiendo simplemente ignorarlo. Mi estómago literalmente me está rogando que coma. Caminando hacia él, me siento en uno de los taburetes de la barra.

Empuja un cuenco de cerámica lleno de pasta sobre el mármol hacia mí. Está caliente y huele a delicia de ajo, cubierto con una profunda salsa de tomate y albahaca, y espolvoreado con un toque de parmesano. Miro el cuenco, tratando de no salivar, y luego lo miro a él. —¿Estás intentando alimentarme para engordar a tu presa?

Sus ojos se oscurecen en los bordes, pero no se molesta en responder.

Una cálida espiral recorre mis venas. La pasta parece fresca, pero la cocina está impecable, no hay ni un solo signo de que se haya preparado algo.

Lo miro. —¿Hiciste esta pasta desde cero?

No responde.

Entonces, sí la hizo.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—No es asunto tuyo, — espeta, —Come.

Miro el cuenco humeante con sospecha. ¿Y si está envenenada o algo?

Torren parece leer mi mente, dándome una mirada plana antes de que se lleve un bocado con el tenedor a la boca.

Está bien. Me inclino sobre mi cuenco. Mi cabello cae hacia adelante, estorbando, así que intento trenzarlo hacia atrás. Un sonido de frustración sube de mi garganta al enredarse las hebras de cabello en las costras frescas de mis palmas. Es inútil. Ana siempre lo hacía por mí. No puedo trenzar mi cabello en un buen día, así que, ¿cómo diablos se supone que lo haré con las manos llenas de cortes?

Torren me observa fallar miserablemente desde el otro lado del mostrador. Estoy en mi cuarto intento de intentar trenzar mi estúpido cabello cuando, apretando la mandíbula, él se acerca.

Confundida, me quedo quieta mientras él se coloca detrás de mí.

Él alcanza mi cabello, y yo me aparto, frunciendo el ceño. —¿Qué estás haciendo?

—Quédate quieta, — gruñe, agarrando y tirando de mi cabello. El calor se extiende por mi cuero cabelludo.

Por un breve segundo, pienso que va a tomar un par de tijeras y cortar mi cabello como represalia por haber cortado todas sus camisas, o algo así. El pánico inunda mi pecho, mi corazón es un desastre.

Pero no se mueve.

Sus manos se mueven detrás de mí mientras simplemente... trenza mi cabello.

Torren Costa trenza mi cabello.

Odio a este hombre. Y él me odia. Pero compartió su comida conmigo, y ahora está trenzando mi cabello? Es absolutamente absurdo. La palabra cae de mis labios antes de que pueda evitarlo.

—No.

Su agarre en mi cabello se aprieta. —Cállate.

Aprieto los dientes mientras otra oleada de calor se extiende por mi cuero cabelludo. ¿Cómo sabe siquiera hacerlo? La mayoría de los hombres ni siquiera pueden hacer una cola de caballo. Lo peor es que el taburete en el que estoy sentada no me deja escapar del calor espeso que irradia de su pecho hacia mi espalda. No puedo ignorarlo. Ni tampoco su aliento caliente en mi nuca, haciendo que los pelos de mi cuello se ericen. Me muevo incómoda en mi asiento.

El aire entre nosotros está vivo. Eléctrico. Caliente. Estoy furiosa. Quiero tomar esto que hay entre nosotros y estrangularlo, ver cómo se apaga la vida en sus ojos. Y luego tirarlo a la calle y ver cómo los autos lo atropellan.

Él alcanza mi mano. Me asusto, alejándome bruscamente de él. Él pone los ojos en blanco, agarra mi muñeca y saca la liga de pelo de ella. Mi piel arde en el lugar donde se encuentra con la suya, pero enseguida su toque desaparece, y está atando la liga al final de la trenza que, de alguna manera, ha hecho.

Finalmente se aleja de mí, el calor de su pecho desapareciendo de detrás de mí mientras recupera su puesto frente a mí, al otro lado del oasis de la cocina.

Odio esto.

La inconsistencia de sus acciones hace que odiarlo sea un juego desordenado y confuso. Tal vez por eso lo hace, para desorientarme. Para dejarme fuera de balance. Para hacerme cuestionar cada uno de sus movimientos.

Mi estómago ruge, sacándome de mis pensamientos. Apretando la mandíbula, vuelvo mi atención al cuenco humeante de pasta frente a mí.

Levanto el tenedor a mis labios y soplo un poco antes de comer. Sabe bien. Mejor que bien.

Sabe como el cielo. Voy a comer más, pero cuando sostengo el tenedor más fuerte, el mango presiona los cortes en mi palma.

Siento sus ojos sobre mí, oscuros y espesos como melaza, y empiezo a sudar frío. Normalmente jugaría con el tenedor y trataría de encontrar una forma más cómoda de sostenerlo, pero ahora mismo no quiero parecer una idiota frente a él. Le daría demasiada satisfacción.

Así que, en su lugar, sostengo el tenedor más fuerte y llevo otro bocado a mi boca. Trato de ignorar el dolor, pero el sudor en mi palma hace que los cortes ardan. Mucho.

Tengo tanta hambre que siento que lanzaré el tenedor a un lado y comeré esta pasta con mis manos desnudas. O llevaré el cuenco entero a mi habitación. Pero, de nuevo, no voy a hacer eso frente a él.

Dolorosamente llevo dos bocados más a mi boca antes de que el teléfono de Torren vibre, y él levante su atención de mí para contestar la llamada.

Exhalo.

—Los envíos deberían haber llegado ayer, — dice en el receptor.

Me muevo incómoda en mi asiento, luchando contra el impulso de salir corriendo. Sí, me dejo de su mirada penetrante, pero sigue justo malditamente frente a mí.

De repente, él alcanza mi tenedor, enrolla pasta en él y me lo pone en la boca.

Ni siquiera me está mirando.

—Estás reteniendo mis cuentas, Marino, — dice en su teléfono, —Tengo cosas mejores que hacer.

Mi estómago ruge. Sin pensarlo, me inclino hacia adelante y cierro la boca sobre el tenedor.

Vuelve su mirada hacia mí, su oscura mirada iluminada con diversión. —Sto dando da

mangiare a mia moglie.

Frunzo el ceño mientras le arrebato el tenedor, ignorando los pinchazos de dolor que atraviesan mi palma. No sé lo que dijo, solo sé italiano básico, como saludos, números, y algunos colores. Pero tengo la sensación de que no significó nada bueno. Él me ignora, volviendo su atención al interlocutor.

—¿Tienes esposa, Marino? — dice al teléfono. Su mirada se vuelve hacia mí de nuevo, y se fija en mis labios. Luego extiende el brazo sobre el mostrador y presiona el grueso pulgar en el costado de mi boca, limpiando la salsa de pasta.

Mi mente tarda unos segundos en registrar la acción, y frunzo el ceño, incluso mientras mi estómago se revuelve con su toque. Retira su mano de mi boca antes de que pueda apartarla, su atención una vez más en la llamada.

—¿Te gusta follarla? — pregunta Torren, casualmente. Mira su pulgar, luego desliza su borde en su boca, lamiendo la salsa que limpió de mi boca.

Mi respiración se corta en mi garganta, y mi pecho se hincha, tanto por sus palabras como por sus acciones. Hay una pausa mientras la persona al otro lado responde.

—Bien, — dice Torren, —porque si no recibo mi producto pronto— — Me encara por un breve segundo. —No tendrás esposa para follar.

Corta la llamada.

Dios, está tan enfermo. ¿Acaba de amenazar con matar a la esposa de alguien por un envío tarde? Y la forma en que habla sobre el sexo tan casualmente. Poco a poco, me doy cuenta de algo. Levanto la mirada hacia él, y antes de que pueda detenerme, suelto, —¿Dónde estabas anoche?

Pasa un rato antes de que fije su mirada en la mía. —Después de que intentaras matarme?

Frunzo los labios. No debería haberle preguntado, pero ahora que lo hice, sería un desperdicio no obtener una respuesta. —¿Fuiste a ver a alguien más?

No responde.

—¿Lo hiciste? — repito.

En cualquier otro caso, seguiría ignorándome, pero tan pronto como abre la boca para responder, sé que la respuesta es un cuchillo.

—Sí.

Mi estómago cae. Tener un prometido, odiarlo, y que él te odie también. Pero también desear que sea solo tuyo para odiar. Solo tuyo.

Mi mandíbula es plomo, y la estoy moliendo mientras aprieto los dientes. —¿Qué pasaría si yo hiciera lo mismo?

La ira se extiende por sus facciones.

Aprieto más el tenedor, el dolor atravesando cada punto de presión en mi mano. —Eres un hipócrita.

No hay reacción, salvo la ligera, casi imperceptible elevación de la esquina de su boca.

—No puedes mantenerme aquí para siempre, — digo, ardiendo, —y lo primero que voy a hacer cuando me vaya es encontrar al primer hombre dispuesto, bajarle los pantalones y montarlo hasta que—

Su puño baja sobre el mostrador. Los cubiertos tintinean.

—Haz eso, — gruñe, —Y te joderé la vida bien y bonito.

Suelto una risa seca. —Ya lo hiciste.

Está callado durante un rato. Terriblemente callado. Y luego, sin mirarme, dice, —Cualquier hombre que toques es un hombre muerto, Freya.

La forma en que pronuncia mi nombre hace que un escalofrío recorra mi columna vertebral. Pero él se acostó con alguien anoche. Lo sé, y él no lo niega. No sé por qué me importa, pero me importa. No puedo soportarlo. Ahí está otra vez, esa cosa viva y palpitante entre nosotros. Quiero que muera.

—¿Quién es ella? — digo, levantando la barbilla con terquedad. —¿Sof?

Y así, de repente, toda emoción se desvanece de su rostro. Su mirada se enciende, ardiendo como carbón al rojo vivo mientras sus labios se arquean en una mueca de desprecio.

Toma unos segundos para que el fuego en sus ojos se disipe, pero todavía arde, y un nudo se forma en mi estómago mientras me clava esos ojos. Su voz es baja cuando habla. Peligrosamente baja.

—Responderé tu pregunta cuando respondas la mía —.

Mi garganta late. Mis muslos se calientan.

Su mirada está desprovista de cualquier emoción. —¿Cómo se llama tu madre?

Me quedo helada. —¿Qué?

—El nombre de tu madre, — repite, lentamente. Cruelmente. —¿Cuál es?

No lo sé.

Él lo sabe. Sabe que no lo sé, pero aun así pregunta. Para herirme. Para hacerme sangrar donde más duele. Lo hace a propósito. Recordándome lo que soy. Ilegítima. Bastarda.

Ni siquiera conozco el nombre de mi propia madre.

Mi garganta duele mientras trato de contener las lágrimas. Fracaso, y una pequeña lágrima se desliza por mi mejilla. Es horrible y mortificante, y quema mientras baja como si supiera que debería avergonzarse de sí misma. La lágrima es lo bastante pequeña para no ser notada. Pero él

lo nota.

Sus ojos oscuros brillan con molestia y algo de fascinación mientras siguen la lágrima que se desliza por mi mejilla. Su mano se alza, y la callosa yema de su pulgar está en mi mejilla mientras limpia el rastro de humedad. —Si no sabes el nombre de las mujeres en tu vida, no me jodas preguntando por las mujeres en la mía.

Aprieto la mandíbula. —No me toques.

Él mete su mano en el bolsillo. Con tranquilidad.

Mordiéndome más fuerte, murmuro, —Déjame ir a casa.

Me encuentro con el silencio.

Y ya no puedo contener las lágrimas. Están cayendo por mis mejillas, nublando mi visión y echando todo a perder. ¡Maldición! ¿Por qué firmé ese contrato? ¿Por qué tuve que ser tan jodidamente altruista? Esto no es para mí. Debería haber dejado que Ana se casara con él, como se suponía. Debería haber empacado mis cosas y huido lo más lejos posible de este infierno.

Antes de darme cuenta, estoy fuera de mi silla, cruzando la isla y lanzando débiles golpes a su pecho, mi visión tan jodida y borrosa por las lágrimas que la mitad de ellos ni siquiera aciertan. —¿Qué quieres, eh? ¡¿Qué quieres de mí?!

Torren gruñe, agarrando mis muñecas en el aire y sujetándolas como una prensa hasta que me veo obligada a detenerme, mi pecho agitado, todas las lágrimas derramadas para que mi visión se aclare y me quede mirando su jodido rostro.

Él me mira, con una ligera arruga entre las cejas. —Quiero que me odies tanto como yo te odio.

Me río despreciativamente entre lágrimas. —¡Te odio mucho más que eso!

—No lo suficiente. Quiero — — Su mandíbula se tensa dolorosamente, su agarre en mis muñecas se aprieta. —Quiero que ardas con ello. Que ardas igual que yo lo hago.

La ira se acumula en mi pecho. —¡Entonces por qué no enciendes una maldita cerilla y me prendes fuego!

Hay una larga pausa, y estoy respirando pesadamente mientras mi garganta arde por el esfuerzo.

—Ojalá— — Inhala bruscamente. —Ojalá fuera tan simple.

—No es justo, — digo, —¿Cómo puedes castigarme por algo que no hice?

—Porque, — dice, soltando mis muñecas y arrojándomelas de vuelta. —Insistes en provocarme.

Me limpio la cara con el dorso de las manos. —¿Y? ¿Te hace sentir mejor? ¿Verme así?

Quiero escucharlo. Tal vez me hace una masoquista, pero quiero que me diga lo feliz que le hace verme miserable. Lo odio. Lo odio tanto. Pero tiene razón. Quiero arder con ello.

No responde.

—¡Dime! — exclamo, —¡Dime cómo te hace sentir!

Pero él no dice nada. Solo se mueve, con la expresión más cercana a incomodidad que he visto en él en el poco tiempo insoportable que llevo conociéndolo. Respiro hondo y me limpio el resto de las estúpidas lágrimas de mis mejillas, estabilizando mi voz mientras lo miro directamente. —Déjame ir a casa.

El aire entre nosotros está vacío, pero cargado. Como una casa después de Navidad.

—Lleva a los guardias.

Me detengo, mirándolo sorprendida.

Mete ambas manos en sus bolsillos mientras se da la vuelta y sale de la cocina.

—Mañana es una reunión importante, — dice detrás de su espalda. —Necesitas estar allí, y necesitas comportarte.

Así que por eso me está dejando ir. Necesita algo de mí. Era tan fácil como eso. Esto nunca se trató de algo tan simple como dejarme ver a mi padre. Se trataba de control. Y lo que acabo de darle con esa pequeña rabieta mía? Era exactamente lo que quería. Triple puta ración.

Pero hay otras formas en que puede hacer que haga lo que quiere sin permitirme visitar. Y no hay duda de que hay un límite para su generosidad.

Apreto los dientes. —Vale.

La oferta era injusta.

Estoy fuera del apartamento antes de que pueda retirarla.

❖ ❖ ❖

17

Freya

EL VIAJE A STATEN ISLAND parece durar una eternidad. Estoy sentada en la parte trasera del SUV, mirando por la ventana mientras el paisaje se transforma lentamente en algo familiar.

He estado fuera de casa mucho más tiempo durante la universidad, pero esta vez se sintió diferente. Como si mi vida estuviera colgando del hilo más fino que podría romperse en cualquier momento. Cuando finalmente diviso la mansión de ladrillos cara vista, siento que el estómago se me revuelve.

Nunca me gustó mucho esta casa. Y después de que Ana se casara y se mudara, me gustaría aún menos. De hecho, estaba pensando en mudarme definitivamente después de que ella se casara.

Ese plan resultó genial.

El SUV se aparca a unos metros de la entrada de la casa, y el guardia Costa en el asiento del conductor no se mueve.

—¿Vas a esperar aquí todo el tiempo? — le pregunto.

Se encoge de hombros. —Ordenes del jefe.

Claro. Poniendo los ojos en blanco, salgo del coche, caminando hacia la puerta principal.

Dimitri está de guardia. Me ve en la puerta y apaga su cigarrillo en la pared de ladrillo, entrecerrando los ojos como si no estuviera seguro de estar viendo bien. Su boca se abre ligeramente mientras paso junto a él y entro en la casa, esbozando una sonrisa en mis labios.

Camino más adentro de la casa hasta que veo a Ana en la cocina, tarareando una canción pop mientras añade glaseado a una bandeja de cupcakes. Está descalza, lleva pantalones cortos, y su cabello rubio está en un moño desordenado. A pesar de todo, reprimo una sonrisa. Es lo más despreocupada que la he visto en años.

Levanta la cabeza, me ve y luego jadea. —¿Frey?

Y luego corre hacia mí, saltando a mis brazos y casi derribándome al suelo. Me río mientras doy dos pasos hacia atrás con la fuerza de su abrazo.

Sus ojos verdes recorren mi rostro, y luego empiezan a llenarse de lágrimas. —Te extrañé.

Mi pecho se ablanda. —Solo he estado fuera unos días.

Parpadea para contener las lágrimas. —No, yo... es... ¿aprendiste a trenzarte el pelo sin mí?

—Oh. — Instintivamente, mi mano va a mi cabello. La mentira sale fácil. —Sí.

La verdad sería demasiado difícil de explicar.

Sus cejas perfectas se fruncen. —¿Por qué no viniste antes?

—Estaba ‘bonding’ con mi futuro marido, — murmuro secamente.

Hay una mezcla de sorpresa y optimismo en su mirada. —¿En serio?

—No, — me burlo, alcanzando un cupcake. —¿Quién crees que soy?

—Oye. — Aparta mi mano. —Todavía no he añadido chispas.

La ignoro, agarrando un cupcake y metiéndomelo en la boca. —Tengo hambre.

Su mirada baja a mis manos, y sus ojos se agrandan antes de alcanzar para tomar mi palma en la suya. —¿Qué pasó con tu mano?

—Nada, — murmuro.

Ella cierra los puños a sus lados. —Entonces, ¿te está matando de hambre y lastimando? ¿Es eso?

Todo lo contrario, en realidad.

Pero no la culpo por hacer esa suposición.

—Me dan comida, — digo, dándole una mirada plana. —Demasiado, si me preguntas. Solo perdí el apetito por un tiempo. Y si quisiera lastimarme, podría hacer mucho peor que unos cuantos cortes. Estaba siendo torpe.

Ella suspira, no del todo convencida. —¿Cómo estás?

—Viva. — Me encojo de hombros. —¿Y tú?

Ella se revuelve sobre sus pies. —Bueno... tengo mucho más tiempo libre. Es agradable. Me inscribí en clases de baile.

Levanto una ceja. —¿Clases de baile?

—Sí, — dice ella, —Ballet.

Ana solía tomar clases de ballet cuando era más joven, pero luego nuestro padre se volvió más estricto al dejarla salir de casa, y ella estaba demasiado avergonzada para pedirle a su instructora de ballet que viniera a la casa, así que eso fue todo. Ahora que Papá está aflojando las riendas, debe haber decidido retomarlo.

Consigo sonreír. —Eso es genial.

Me alegro por ella. De verdad. Solo desearía que su felicidad no tuviera que venir a expensas de la mía.

—Deberías ir a ver a Papá, — dice, volviendo a ocuparse de sus cupcakes. —Ha estado encerrado en su oficina toda la semana. Tampoco ha estado comiendo mucho.

Estoy caminando hacia la oficina antes de que ella pueda terminar. Me pregunto si sabe que estoy aquí. Solo para probar las aguas, me detengo frente a las puertas antes de llamar dos veces.

—Entra, Anastasia, — suena la voz grave de Papá.

Empujo la puerta, entrando en el grande y oscuro espacio de la oficina de mi padre. Está sentado en su escritorio, trabajando con papeles. Le toma un rato darse cuenta del silencio, pero tan pronto lo hace, levanta la mirada de su escritorio antes de que sus ojos asombrados se fijen en mí.

—Hola, Papá.

Su expresión se debilita. —¿Freya?

Una sonrisa incómoda aparece en mis labios. —Soy yo.

Y entonces, antes de que pueda anticiparlo por completo, mi padre se levanta de su escritorio, envolviéndome en su pecho, su brazo ileso alrededor de mí. —Mi lisenok.

—Papá, — murmuro en su pecho. Su colonia ha sido la misma desde que tengo memoria. Madera y especias y hogar.

No puedo llorar. No voy a llorar. Tomé la decisión, no importa cuántas veces me dijeron que no lo hiciera. En papel, tenía una elección. Y elegí casarme con él.

—¿Desde cuándo tocas a la puerta? — pregunta.

—Estoy aprendiendo esto, — digo, —creo que se llama buenos modales.

Él suelta una risa gutural, alejándose para poner sus manos en mis hombros y examinar mi rostro, la seriedad regresando a sus rasgos.

—Hay una manera, — dice él, apretando sus manos en mis hombros, —de salirte del matrimonio.

Mi corazón late con fuerza en el pecho y mi garganta se seca. —¿Cómo?

Él camina de regreso a su escritorio y toma asiento. —Un ruso está dispuesto a comprar el contrato a cambio de una participación en territorio americano.

Frunzo el ceño. —¿Quién?

Pasa un rato antes de que decida responder. —Volkov.

Un escalofrío recorre mi columna. Los hermanos Volkov tienen vínculos con la Bratva en Moscú. Diez mil veces más letales que la Cosa Nostra. Se rumorea que uno de ellos está detenido en alguna prisión de alta seguridad. He oído a mi padre hablar sobre proponer una alianza con Rune Volkov, el hermano mayor, durante años. Nunca pareció interesado. Hasta ahora, aparentemente.

Dirijo mi mirada hacia mi padre. —¿Y estás dispuesto a entregarme a él?

—Él me ha dado su palabra.

—¿Qué valor tiene su palabra?

Mi padre me lanza una mirada tibia. —Nosotros nos mantenemos entre los nuestros, Freya. Nunca nos aceptarán.

Debería estar feliz de que mi padre haya estado conspirando, de que tenga un plan para sacarme de esto, pero de alguna manera, solo estoy nerviosa. Jugueteando con mis manos, me siento frente a él para dejar de pasear por la habitación. —Entonces me entregas a él, ¿y luego qué? ¿Voy a Rusia? ¿Me quedo con él?

—Sí, — dice, —Te vas a Rusia. Te quedas con él y, más importante, te mantienes a salvo. Lejos del hombre que quiere hacerte daño.

Trago saliva. —¿Qué quiere a cambio?

Mi padre agita una mano sin compromiso. —Un poco de tierra. Y información.

—¿Qué información?

—Información que necesita para sacar a su hermano de la cárcel. Información que puedo darle.

Lo miro sin expresión.

Él se encoge de hombros. —Es un pequeño precio a pagar.

Sacudo la cabeza. —Si desaparezco, simplemente se llevará a Ana.

—No, — dice. —Se te declarará muerta y el contrato será terminado. Habríamos pagado nuestras deudas. Al menos en el papel.

—Querrán ver un cadáver como prueba.

—Encontraremos uno, — dice, simplemente.

Levanto una ceja. —¿Uno que se parezca exactamente a mí?

—Quemado o destruido más allá del reconocimiento, — dice, —Sí.

Hago una mueca. ¿Voy a fingir mi muerte? ¿Huir a Rusia? Un país completamente nuevo, donde no hay Ana ni Papá. Solo extraños. Ni siquiera hablo con fluidez el idioma.

Miro a mi padre con vacilación. —Necesito pensarlo.

—¿Qué hay que pensar?

—¡Mucho! — exclamo. —Me estás pidiendo que deje todo y me vaya a otro país.

Él suspira. —Solo lo hago por tu seguridad, lisenok.

Siempre supe que mi padre tenía que ser astuto y despiadado para su línea de trabajo, pero la facilidad con la que habla de simular un asesinato, su confianza en que todo saldrá bien, me hace preguntarme cuántas veces ha hecho algo así. Sabía que mi padre no era un hombre moral, pero ¿hasta dónde está dispuesto a llegar?

Jugueteo con el borde de mi camiseta. —Papá.

—¿Hmm?

—¿Conoces a alguien llamado Sof?

Y de repente, un rubor furioso sube por el cuello de mi padre. Su expresión se endurece rápidamente, pero no lo suficiente como para que no vea el desliz momentáneo. —No.

Sé cuándo mi padre está mintiendo.

Y está mintiendo ahora.

Una sensación incómoda se asienta como ácido en el fondo de mi estómago. Me levanto de mi asiento. —Necesito irme.

—Freya, — mi padre calma, —Quédate en casa por un tiempo. No vuelvas allí. Solo tienes que vivir con él después del matrimonio.

Sacudo la cabeza. —El guardaespaldas no se irá sin mí.

Y tengo el presentimiento de que si no regreso a tiempo, mi amado prometido arrasará nuestro territorio y se casará conmigo en el acto, para que no tenga excusa para no volver a sus garras.

❖ ❖ ❖

Es de noche cuando llego de vuelta al ático. Entro, dejo los cupcakes que Ana empacó en el mostrador de granito y saco uno. Justo entonces, algo se mueve en la oscuridad.

Estoy gritando antes de poder detenerme.

Me calmo cuando la sombra alta y corpulenta toma la forma de mi futuro esposo.

Colocando una mano en mi pecho mientras mi ritmo cardíaco disminuye, lo miro con furia. —¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa, — murmura Torren con sequedad.

—Lo sé, — replico. —¿Por qué estás sentado en la oscuridad?

Está callado. Me pregunto si...

—¿Estabas esperando por mí?

No responde, mirando los cupcakes en el mostrador con un ceño imperceptible.

—¿Quieres uno? — pregunto, solo para molestarlo.

Hay un destello de irritación en su rostro. —Si comes esa mierda tan tarde, arruinarás tus dientes.

—Oh, perdón, papá. — Pongo los ojos en blanco, llevando un cupcake a mi boca. —Pero llegas un poco tarde. Si lo lamo, es mío.

Su mirada se oscurece, y mira el cupcake que estoy masticando como si quisiera incinerarlo. Reprimo una sonrisa, mirándolo.

El plan de mi padre pulsa en el frente de mi mente. Y estoy feliz, porque por una vez, tengo un plan real. Una opción alternativa real y legítima. Tengo una ventaja sobre él.

—Esa reunión mañana, — digo, —iré. Con una condición.

Su mirada es despectiva. —No recuerdo haberte dado una opción.

Levanto una ceja. —¿Me arrastrarás allí, entonces?

—Sí.

—Bien, — resoplo, —pero no se sabe lo que haré una vez que estemos allí…

Su mandíbula se tensa. —No seas difícil, Freya. La reunión necesita mostrar que nuestra relación con tu familia está intacta. Estarás a mi lado.

Como de costumbre, lo dice como una orden. Ignoro su tono, tomando otro bocado de mi cupcake. —¿Qué obtengo a cambio?

Su mirada se estrecha. Luego simplemente se vacía, como si decidiera que toda esta interacción no vale la pena. Y, así como así, se da la vuelta y comienza a alejarse.

Frunzo el ceño. —¿Me vas a ignorar?

No hay respuesta. Solo veo su espalda alejándose en el apartamento.

—Hola, — digo.

Nada.

—¡Oye!

Frustrada, digo lo primero que se me viene a la mente para captar su atención.

—¡Te amo!

Se queda quieto. Totalmente quieto.

Ja.

Mi vanidad dura poco porque él se gira. Lentamente. Con parsimonia. Y de repente, obtengo lo que quiero, y no estoy tan segura de quererlo.

El peso total de esa oscura mirada está sobre mí, devorándome lentamente. En la tenue luz de la noche, el blanco de sus ojos lo hace parecer un depredador en la naturaleza. Se acerca sigilosamente hacia mí, y mi pulso se acelera, los nervios revoloteando en mi estómago.

Inconscientemente, de manera estúpida, doy un paso atrás, solo para encontrarme con la superficie fría del refrigerador. El frío del refrigerador se filtra en mis omóplatos. No tengo a dónde ir. Y él sigue acercándose. Con las manos en los bolsillos.

Oh, no.

Me meto el último pedazo del cupcake en la boca.

Ahora está frente a mí, y no tengo idea de lo que desaté. Se inclina tan cerca que siento el calor que emana de su cuerpo, siento su aliento teñido de licor en mis mejillas.

Sus palmas suben por encima de mí, planas sobre la superficie del refrigerador. Encerrándome.

Su cuerpo se derrite en el mío a través de nuestra ropa, todo dureza y bordes. Es pura fricción, y es calor líquido acumulándose en el ápice de mis muslos.

Le gusta hacer esto, me doy cuenta. Arrinconarme. Contra superficies. Presionarse contra mí. Cerrar el espacio entre nosotros. Respirar en mi cuello.

El juego de poder lo embriaga.

Normalmente, lo miraría directamente, pero para hacerlo, tendría que mirarlo hacia arriba. Sería sumisión. Tendría que entregarle ese pequeño bolsillo de poder. Así que en cambio, giro mi cabeza, cerrando los ojos.

Se inclina más abajo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y pienso, por un segundo, que ya ha tenido suficiente. Que retrocederá y me dejará ir.

Pero entonces siento algo suave y húmedo en un lado de mi boca.

Su lengua.

Él me lame.

Él me lame.

O más precisamente, lame el glaseado del cupcake de un lado de mi boca.

Levanto la vista hacia él, porque ¿qué demonios?

Pero solo hay diversión brillando en sus ojos oscuros, la esquina de su boca levantándose. Un pulso blanco y candente de placer, entrelazado con desconcierto, recorre mi columna. Y en ese momento, sé, de alguna manera, exactamente lo que está pensando.

Si lo lamo, es mío.

Lentamente, sin embargo, la diversión en sus ojos es reemplazada por algo duro e inamovible. —No te vas a salir del contrato.

Resisto la tentación de bufar. —¿Por qué pediría algo tan estúpido?

Torren inclina la cabeza, considerándome. —Y sin armas.

Frunzo el ceño. —No quiero armas.

Asiente. Lentamente. Y da un paso atrás. —Entonces puedes tener cualquier otra cosa.

Mi ánimo se eleva. —¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

Vaya. Supongo que el trabajo duro realmente vale la pena. Levanto mi mano en el espacio entre nosotros. —¿Promesa de meñique?

Me lanza una mirada perplexa, ligeramente molesta. Me inclino y engancho mi meñique en el suyo por un segundo, antes de alejarme. Me mira con una mezcla de impasibilidad y confusión en sus rasgos.

Entorna los ojos. —¿Por qué me creerías si te he mentido antes?

Me encojo de hombros. —Has hecho una promesa de meñique.

Paso junto a él y salgo de la cocina, dirigiéndome hacia mi habitación. Un lado de mi boca aún zumba, húmedo por su lengua.

Ahora que tengo la ventaja, supongo que puedo jugar limpio.

❖ ❖ ❖

18

Freya

DESPIERTO TARDE. Es la primera vez que siento una cierta tranquilidad mientras estoy en el ático, y por una vez, disfruto de la suavidad de la cama, la esponjosidad de las almohadas y la luz suave que se filtra a través de las cortinas en la habitación.

Estamos en pleno verano, y todo lo que uso parece pegarse. Pero no me gusta poner el aire acondicionado muy fuerte, así que solo duermo con una camiseta suelta.

Extraño la pista de hielo.

Han pasado unos días desde que estuve allí, extraño la velocidad, el frío mordiente en mis mejillas, la descarga de adrenalina que viene con deslizarse por el hielo.

Anoche, pasé un tiempo reflexionando sobre la propuesta de mi padre de mudarme a Rusia con el hermano mayor Volkov, y llegué a la lenta realización de que no sería tan malo. De todos modos, quería mudarme, ¿verdad? Y tal vez Rusia podría darme lo que quiero. Tendría la libertad de unirme a un verdadero equipo de patinaje y entrenarme con los mejores del mundo.

Me entretengo con la idea mientras me arrastro fuera de la cama. Honestamente, no tengo ganas de ir a ningún lado. Solo quiero dormir, pero la importante reunión criminal de mi futuro (¿o no futuro?) esposo es hoy, y le prometí que asistiría y me comportaría lo mejor posible.

Uf.

Odio que me digan qué hacer. Es un tipo de molestia diferente, como cuando ibas a lavar los platos de todos modos pero entonces tu madre te dice que los laves. De repente, ya no quieres hacerlo.

Descalza, me dirijo fuera de la habitación y subo las escaleras. Podría simplemente usar mi

propio baño, ya que ahora que tengo un plan real no tengo mucho incentivo para intentar cabrear a Torren, pero… estoy acostumbrada a usar su baño. Y mi cepillo de dientes está allí. Junto con mis geles de baño y el champú.

Además, nunca está en su habitación de todos modos. Siempre se ha ido para cuando llego.

Entro en su habitación, y me detengo en seco.

Porque supuse mal.

Está aquí. No hay duda del sonido leve de la ducha corriendo en el baño.

Técnicamente, es su habitación, pero ¿por qué es que todas las otras veces que quería que estuviera aquí y se molestara con mi presencia, estaba ausente, pero la única vez que no quiero que esté aquí, lo está?

¿Por qué de repente me importa tanto estar en su habitación, de todos modos? Rechino los dientes y me quedo clavada en el lugar, no importa cuán fuertes sean los instintos que me instan a correr en la otra dirección.

La ducha se detiene, y mi estómago se revuelve.

Hay un sonido de revuelo desde dentro del baño, y me enderezo, reuniendo mis pedazos deshilachados. Es como si pudiera saborear el cambio en el aire a medida que se acerca. Como si fuera un vacío, absorbiendo la energía de todo lo que está dentro de su radio.

Y luego sale, con vapor alrededor de su figura.

Mi corazón sube a mi garganta.

Igual que esa primera mañana, tengo una vista de su cuerpo.

Casi lloro por la injusticia de todo esto. Parece una pintura de Miguel Ángel. Como un ángel oscuro. Es irritantemente alto. Delgado, pero musculoso donde cuenta, con el cabello oscuro

mojado y pesado por el agua cayendo sobre su frente.

Una cadena con una pequeña cruz cuelga de su cuello, y gotas de agua brillan en la piel de caramelo que cubre sus abdominales, una línea en V descendiendo hacia la toalla blanca colgando peligrosamente baja en su cintura.

Sin embargo, hay una nueva adición a las cicatrices blancas desvaídas en su piel: un profundo corte en su costado. Está rojo y enfadado, recién cicatrizado. De donde la bala lo rozó cuando le disparé, me doy cuenta rápidamente. Me muevo incómoda.

Torren me nota un segundo demasiado tarde, su mirada cayendo sobre mí, la profunda desaprobación revolviéndose en ella.

Silenciosamente, da dos pasos hacia mí, haciéndome sombra mientras la toalla cuelga baja en sus caderas. Un pulso se enciende entre mis piernas. Trago saliva, rompiendo el contacto visual mientras miro un punto en el suelo.

Él respira. Dentro y fuera.

Es una toma de aire silenciosa, y la única pista de ella es el movimiento de su pecho en mi periferia.

Y luego, suelta la toalla.

Suelta la maldita toalla.

Se arruga en el suelo, y es como si lava ardiente, fundida, me fuera vertida encima. Una fiebre estalla en mi piel, y resisto la urgencia de mirar. Me doy la vuelta, desviando la mirada mientras prácticamente corro hacia la ducha.

Juraría que oigo un sonido bajo de diversión detrás de mí. O tal vez mi cerebro está inventando cosas.

En el baño, me inclino frente al lavabo, con las palmas planas en el mostrador de granito. La frescura de su superficie es calmante mientras trato de controlar mi respiración. Es como si algo

hubiera cambiado. Se suponía que yo era quien lo tentaba con mi cuerpo. No al revés.

Miro hacia arriba al espejo. Está semi-empañado, pero no hay duda del rubor furioso en mis mejillas. Siento como si estuviera en celo. Debo estar por tener mi periodo. Son las hormonas. Tiene que ser eso. Porque no hay manera de que esté físicamente atraída a... eso.

Respirando profundamente, me cepillo los dientes unos minutos extra y me tomo mi tiempo para quitarme la camiseta antes de ponerme bajo el agua a alta presión. Nuevamente, más tiempo del necesario. Porque podría estar o no demorando para no tener que verlo al otro lado.

Me paro bajo el chorro de agua, dejándola correr un poco más fría. Pero no importa lo que haga, no puedo borrar la imagen de él recién salido de la ducha de mi mente. El baño está impregnado con el aroma masculino de su gel de baño, y es una sobrecarga sensorial.

Mi respiración se vuelve más rápida, y el pulso crece, volviéndose demasiado difícil de ignorar. Gruñendo en voz baja, permito que mi mano viaje a la ve entre mis piernas, y casi gimo por lo sensibilizada que está.

La necesidad supera la vergüenza, y levanto mi pierna para apoyarla en un accesorio bajo en la pared. Circulo el área con las yemas de mis dedos hasta que mis respiraciones se vuelven trabajosas, esperando que el sonido del agua masque cualquier sonido que haga. Me imagino toda esa piel de caramelo bajo mí, los duros bordes de su cuerpo moldeándose al mío. Él detrás de mí en la ducha, en el lavabo, en la cama. Follándome. Usándome. Un suave gemido escapa de mis labios mientras me acerco. Más cerca. Más cerca.

Llego a un crescendo blanco cegador, y mi cuerpo se estremece por el orgasmo repentino.

Mi pierna baja por sí sola, mi cuerpo débil y flexible mientras estoy bajo el agua, enjabonándome mecánicamente. Mi mente se despeja de su neblina momentánea, y la culpa golpea fuerte y rápido. Vierto algo de champú en la palma de mi mano y lo aplico en mi cabello sin pensar.

No hay duda: acabo de llegar al pensar en él. Pero ¿puedes odiar a alguien y aun así sentirte atraída por su cuerpo, verdad?

Me aferro a ese pensamiento como mi única consolación. No hay manera de que considere la alternativa.

Cuando mis dedos comienzan a arrugarse, me seco y salgo de la ducha, envolviendo una toalla alrededor de mi torso. Ya debería haberse ido. Me quedo en silencio, esperando algún sonido desde la habitación, pero no hay nada.

Exhalando, salgo.

Y luego, por lo que parece la centésima vez hoy, me detengo en seco.

Porque todavía está aquí.

En la habitación.

Al borde de su cama, mirando algo en su teléfono. Mi estómago se revuelve, pero no está completamente desnudo. Aún está sin camisa, pero afortunadamente para mi cordura, lleva pantalones. No hace su presencia menos inquietante.

Torren percibe mi presencia, levantando su mirada hacia mí. Y se vuelve derretida. Va desde mi cara hasta mi cabello mojado, a mis pechos, apenas cubiertos por la toalla. Y luego baja, baja, baja, hasta la longitud desnuda de mis piernas. Trago saliva.

Me quemo bajo su escrutinio. Nunca me ha visto así. Nunca. A pesar de que he entrado y salido de su ducha, nunca ha estado cerca lo suficiente para verme salir.

—¿Quieres una foto?— murmuro, —¿O un video?

Su mirada es perezosa y su voz suave como el pecado cuando dice, —Ya me diste uno, ¿recuerdas?

Las imágenes de la cámara de seguridad.

—Oh. — Fingo desinterés. —¿Fui una adición más a tu triste banco de pajas?

Espero que se vengue. Que diga algo sobre cómo no necesita un banco de pajas. Cómo puede follar a quien quiera. Pero no hace nada de eso. Hace algo mucho, mucho peor.

Sonríe.

No burlonamente o con malicia. Una sonrisa auténtica.

Nunca la había visto antes. Sus dientes son rectos y blancos, sus caninos afilados. Su lengua se asoma un poco al interior de su mejilla y mi pecho se desploma —

Tiene un hoyuelo.

En su mejilla izquierda.

Algo se voltea y hierve en mi estómago, como mantequilla en un panqueque. Pero tan rápido como llegó, la sonrisa desaparece.

—Dime, pequeña Morozov, — dice, nivelando su mirada con la mía. —Cuando juegas con esa cosita, ¿en quién piensas?

Todo mi rostro se calienta, aunque trato de mantener mi expresión. ¿Me escuchó en la ducha?

Negar, negar, negar. Ocultando mi vergüenza, me burlo. —En cualquiera menos tú.

Un atisbo de esa sonrisa regresa. —¿Crees que no te escuché gemir en mi ducha como una pequeña puta?”

Mi corazón cae a mi estómago, y mi piel arde. —Creo que quieres que gima tanto que estás empezando a alucinar.

Torren inclina la cabeza, con un ligero asomo de diversión en sus ojos. —¿No te mojo?”

Poco a poco, mi rostro empieza a enfriarse. —Piensa menos en las Cataratas del Niágara, más en el Desierto del Sahara.

—Entonces si te doblo y te abro, — dice, —¿no gotearás en el suelo?

Y el calor vuelve a mis mejillas.

—Si te toco, — dice, —¿no harás un desastre en mi mano?

Estoy abriendo la boca para negarlo, pero no ha terminado con su torturante pequeña interrogación.

Sus ojos son negro líquido. —Si te follo con mis dedos, ¿no gritarás mi nombre y rogarás por más?”

Presiono mis muslos juntos, sosteniendo la toalla más fuerte contra mí mientras endurezco mi expresión y estabilizo mi voz. —En tus sueños, quizás.

Es una respuesta patética, pero es todo lo que puedo conjurar sin explotar en el acto. Aparto la mirada y me doy vuelta.

—Debería castigarte por mentir, — llama detrás de mí. —Pero no lo haré. ¿Quieres saber por qué?

Permanezco en silencio.

—Porque eso significa que estoy en tu mente. Justo donde pertenezco.

Mis molares se friccionan, y el impulso de golpear algo se apodera de mí. Sofocándolo, salgo de su habitación. Una vez fuera de su línea de visión, corro escaleras abajo.

Quiero gritar.

Pensé que mi clímax en la ducha liberaría mi frustración acumulada, pero ha vuelto de nuevo. Mi cuerpo está febril y tembloroso. ¿Cómo demonios me escuchó en la ducha, de todos modos? Había sido callada, y el agua ruidosa. Bufé. No lo suficientemente ruidosa, aparentemente.

Entro en mi habitación, donde un recatado vestido nude está extendido para mí en la cama,

junto con un par a juego de tacones bajos a los pies de la cama. Los sonidos de la cocina me dicen que Giulia está aquí, y que eligió este atuendo para mí a instancias de mi prometido.

Bufé. Me quiere, pero me quiere de una manera que sea aceptable. Si fuera Ana, este vestido me quedaría perfecto. Parecería la chica buena, cada parte del ángel a su lado que suaviza su imagen.

Pero simplemente no soy yo.

Abro mi tocador, sacando el vestido que tenía en mente, en su lugar. Es... algo. Tirantes de espagueti, lo suficientemente corto como para apenas cubrir mi trasero, con un escote bajo que mostrará una cantidad generosa de escote. Se pega a mi piel de una manera que es tanto favorecedora como insinúa la forma natural de mi cuerpo. Mi pequeño vestido negro favorito.

No hay manera de que deje que tenga la última palabra.

Seco mi cabello con una toalla y me pongo el vestido. Luego aplico un poco de corrector para igualar mi piel, y uso más rímel y delineador de ojos, terminando con lápiz labial rosa suave, un toque de inocencia para equilibrar.

Dejo mi relicario en forma de corazón y el emblema de los Morozov alrededor de mi cuello, ambos a la vista. Quien sea que esté en esa reunión sabrá que soy una Morozov, así que no tiene sentido ocultarlo. Agarro mis stilettos negros de YSL y subo de nuevo, decidiendo darle a mi prometido un pequeño desfile de moda.

Cuando entro de nuevo en su habitación, esta vez está completamente vestido, pero sigue en el borde de su cama, con el teléfono en la mano. Mi corazón se acelera. Sabe que estoy aquí, pero no se molesta en hacer el esfuerzo de reconocerme.

—¿Realmente esperabas que me pusiera eso? —, pregunto.

Aun así, mantiene su atención en su teléfono, completamente imperturbable.

Aprieto los dientes y continúo. —Sorprendida de que no incluyeras un collar de perlas.

Sigue sin responder.

Molesta, el comentario sale de mí. —Te amo.

La mirada de Torren se fija en mí, y se da cuenta un segundo demasiado tarde. No puedo evitar esbozar una sonrisa de labios cerrados al ver la expresión en su rostro. Su mandíbula se tensa, e ignoro cómo literalmente mi corazón se salta un latido.

—Llevo esto, — digo, —¿te gusta?

Su mirada baja finalmente a mi vestido y recorre mi longitud de arriba a abajo, deteniéndose en el emblema alrededor de mi cuello por un segundo antes de volver a mi cara. Hay algo encendido en sus ojos, pero esa chispa también está profundamente irritada.

—Lleva lo que quieras, — murmura. —Cualquiera que te toque pierde una mano.

Mi boca se abre. ¿De verdad? Vaya. Bueno, tanto por intentar provocarlo. Pensé que llevar el emblema de Morozov definitivamente lo enfadaría. Me doy la vuelta para salir de la habitación, con los tacones en la mano.

—Freya.

Algo en la forma en que su profunda voz envuelve mi nombre me envía un escalofrío por la columna. Me detengo, volviéndome lentamente hacia él.

—Ven aquí, — dice.

Un ceño frunce mis labios, mi corazón late con fuerza en mi pecho. Debe de haber una clara vacilación en mi postura porque su boca se curva.

—No muerdo, — dice, bajando los párpados una vez. —Ven aquí.

Con los nervios subiendo por mi garganta, camino hacia él, manteniendo una distancia segura entre nosotros.

—Más cerca.

Se estira mientras sigue en el borde de la cama, sus muslos tensos contra las costuras de sus pantalones. Cautelosa, me acerco hasta estar entre sus piernas, y el calor emana de él hacia los lados de mis rodillas. Mi corazón sube hasta mi garganta.

—Levanta la pierna, — dice.

No sé por qué le estoy escuchando, tal vez más por curiosidad, pero hago lo que dice, levantando la pierna. Mi pie se hunde en las sábanas junto a su muslo. La acción sube más mi vestido, si es que eso era posible, exponiendo toda la longitud de mi pierna y muslo. Bajo el vestido para cubrir la entrepierna y mi ropa interior.

Torren mira mi muslo desnudo, un surco descontento en su ceño. Algo se mueve en su mandíbula, y me doy cuenta de que nunca había mirado hacia abajo en él de esta manera. Siempre es más alto que yo, incluso cuando llevo tacones.

Se gira de lado, y solo entonces noto la pequeña pistola y la funda en la cama junto a él. Mis ojos se abren como platos, y casi retrocedo, pero su mano rodea mi pantorrilla para mantenerme en mi lugar.

—Tranquila, — murmura, con la gentileza silenciosa de un depredador acechando a su presa. —El seguro está puesto.

Me estremezco al calor de su palma áspera en mi piel, pero él levanta la mano cuando ve que ya no me estoy alejando. Siento un alivio fresco, pero es temporal, porque su mirada se vuelve a enfocar en la longitud de mi pierna, oscura y viva. Levanta la pistola, y siento la superficie fría del metal en mi tobillo, moviéndose reflexivamente por la sensación helada repentina.

Sus pupilas se dilatan, y se detiene, solo por un segundo, antes de deslizar la pistola por la longitud de mi pantorrilla, dejando un rastro de piel de gallina a su paso. Mis respiraciones son duras y rápidas. El metal frío de la pequeña pistola presiona suavemente la carne suave de mi muslo superior, a una mano de distancia de mi cadera.

Inhalo profundamente cuando siento el toque áspero de sus manos mientras sujeta la funda a mi muslo interno. El pulso entre mis piernas late intensamente, avivando como un fuego al que se le ha dado demasiado material.

Trago para aliviar el nudo seco en mi garganta, pero mi voz sigue saliendo rota y frágil cuando pregunto, —¿Qué estás haciendo?

—No se permiten armas, — murmura, —Me revisarán a mí.

Oh. Entonces, ¿quiere atar una pistola en mí? Qué ingenioso.

Levanto una ceja. —¿No me registrarán a mí también?

No intento que parezca sugestivo, pero lo hace.

Su agarre en mi muslo interno se aprieta. —No te tocarán.

—Pero...

—Eres mi mujer, — gruñe, —no se atreverán.

No puedo evitar la forma en que algo dentro de mí parece pavonearse con la posesividad áspera de su voz. No puedo ignorar el agudo escalofrío que viaja desde el punto donde su palma áspera toca mi carne hasta el ápice de presión en mi núcleo.

Torren me lanza una mirada dura. —Usa la pistola sin mi permiso, y te dispararé con ella misma, ¿entiendes?

Frunzo el ceño. No tengo entrenamiento en disparar un arma, pero pensé que si está atada a mí, tendría algo que decir en cuándo se usa.

Él aprieta la funda alrededor de mi muslo, cortando la circulación. —¿Entiendes?

Apretando los dientes, asiento firmemente.

—Usa tus palabras, Freya, — dice.

—Sí, — digo, rechinando los dientes.

Él espera. La funda se clava incómodamente en mi muslo.

Aprieto los dientes. —Sí, lo entiendo.

Inmediatamente afloja la funda, y mi piel hormiguea al volver la sangre al tejido, recuperando la circulación. Dejo caer el dobladillo de mi vestido para cubrir la pistola.

Estoy distraída cuando Torren se me acerca, tironeando uno de mis tacones YSL de mi mano. El delicado zapato de diseñador se ve extraño en su mano tatuada. Fuera de lugar. Me indica que levante el pie, el que aún está apoyado en la cama junto a él.

Medio aturdida, hago lo que me pide.

Instintivamente, mi mano va a su hombro para mantenerme en equilibrio mientras me permite deslizar el tacón. Cuando termino, bajo el pie al suelo, aún usando su hombro como apoyo. Él agarra el otro tacón, pero me alejo, deslizándomelo yo misma.

Su mandíbula se tensa, claro signo de desaprobación en sus ojos.

—Come, — dice, —nos vamos en diez.

Asiento brevemente, alejándome de su proximidad. El calor de su cuerpo se desvanece, aunque lentamente. No me pierdo el modo en que su mirada recorre mi figura antes de que yo me gire y salga de su habitación. Si acaso, la interacción solo me deja más frustrada y confundida que antes. Sí, llamé su atención, pero de alguna manera no se siente como victoria.

Se siente como sumisión.

Perturbada, me dirijo abajo, con más dificultad en los tacones, y busco a Giulia para saludarla, pero el desayuno está puesto en la mesa y ella no se ve por ningún lado. Agarro un croissant, mi favorito de todo lo que está en la mesa.

Luego me sirvo un vaso de jugo de naranja, tratando de ignorar la sensación extraña de la funda amarrada a mi muslo interno. Bebo el vaso de jugo de naranja tratando de calmar mis nervios. Y luego otro. Me detengo en el tercer vaso.

Pocos minutos después, Torren baja las escaleras, hablando con alguien por teléfono. Cuelga la llamada al acercarse a mí. —¿Terminaste?

Asiento. —¿No vas a comer?

—Comí antes, — dice, —aunque me halaga tu preocupación.

—No estoy preocupada por ti, — espeto, —odio que se desperdicie la comida. ¿Puedes al menos decirle a Giulia que no haga tanta?

Me da una mirada impasible. —¿Le dijiste lo que te gusta?

—No.

—Seguirá haciendo de todo hasta que especifiques tus gustos.

Le lanzo una mirada venenosa. —Podría hablar con ella. Si solo alguien no hubiera instruido su ausencia.

Un ligero levantamiento de sus labios. —Vamos.

Suspirando, le sigo fuera del apartamento y hacia el ascensor. De nuevo, otro escenario que nunca habíamos experimentado, a pesar de vivir en el mismo lugar durante casi dos semanas. Él presiona el botón y yo me ubico en el extremo opuesto del ascensor, aumentando la distancia entre nosotros.

No sirve de nada.

El aire entre nosotros está cargado, casi eléctrico, y la tensión solo aumenta con cada piso que bajamos. Luego está la sensación aguda de la pistola amarrada a mí. Solo saber que está allí

envía adrenalina a través de mis venas. Finalmente, las puertas se abren en la planta baja.

Exhalo, siguiendo hasta el garaje subterráneo.

Y suelto un suspiro.

Porque hay diez autos estacionados en dos filas, cinco a cada lado, y todos ellos son hermosos. Un sorprendido jadeo se me escapa de la garganta.

—¿Alguien tiene un Aston Martin? — Desvío mi mirada al siguiente y resisto la urgencia de gritar. —¿Y un GTO?

Santo cielo.

Torren frunce el ceño —seguramente sorprendido de que conozco los modelos— pero luego su boca se curva. —Alguien.

Me detengo. —¿Qué?

Mete las manos en sus bolsillos. —Todos son míos.

Mi boca se seca. Simplemente asumí que otras personas en el edificio tenían los autos. Sabía que tenía dinero, pero esto es una locura. Además, la mayoría de los ricos tienen un gusto horrible en activos. Los autos, en general, nunca son buenas inversiones. Pero estos autos... son coleccionables. La mayoría de ellos solo apreciarán en valor.

Y entonces veo uno al final, y no puedo evitar correr prácticamente para tocarlo. Un Shelby Mustang de 1965.

Torren se acerca tranquilamente. —Va para intercambio.

Levanto la cabeza rápidamente. —¿Qué? ¿Por qué?

—El mantenimiento cuesta más que el posible beneficio de la venta.

Cuidar un auto clásico no es lo mismo que ocuparse de uno nuevo. Porque los componentes generalmente son viejos, necesitan mantenimiento regular para evitar la corrosión de sus partes originales. Pero mantener el auto es parte de la alegría de tener uno.

—Déjame arreglarlo, — digo.

Sus ojos se entrecierran en los bordes, y pasa un rato antes de que diga, —¿Eso es lo que estabas haciendo? El día que debía comprometerme con tu hermana. ¿Jugar con un auto?

Mi expresión se amarga. —No estaba jugando.

Él inclina la cabeza, infinitamente divertido, y estoy a punto de darle una respuesta mordaz, cuando las puertas del ascensor se abren, revelando la silueta arrogante de Luca.

Vestido con un traje negro completo, está más arreglado de lo habitual, su pelo castaño oscuro cayendo despreocupadamente sobre su frente. Con una complexión delgada, ojos marrón chocolate y un encanto eternamente juvenil, Luca Costa es indudablemente atractivo.

Su rostro se frunce al verme. —¿Baby Morozov? ¿Qué haces aquí?

—Va a la reunión, — llena Torren.

—¿La llevas al nido? — Luca mira a Torren con incredulidad. —Torren, piénsalo un segundo, hombre. La devorarán viva.

Mis cejas se fruncen. —¿De qué están hablando?

La expresión de Luca muestra dolor mientras se acerca a mí. —Escucha, Freya, en la reunión solo quédate a mi lado y no hables con nadie, ¿de acuerdo? Tú—

—Ella— — ruge Torren, colocándose frente a mí y empujando a su primo dos pasos hacia atrás de forma efectiva. —Se sentará. En la mesa. Junto a mí.

Lanza las llaves a Luca, obligándolo a atraparlas. —Ahora mueve, o llegaremos tarde.

Luca asiente con rigidez, caminando hacia el otro extremo del garaje antes de abrir el Audi y deslizarse en el asiento del conductor.

Me vuelvo hacia Torren. —¿De qué está hablando?

No me responde, caminando hacia el Lamborghini Miura negro. No lo sigo. En su lugar, me quedo plantada en el lugar, queriendo respuestas. Su mano se cierra en un puño a su lado mientras se detiene junto al vehículo.

—Freya —, dice, —Sube al coche.

—Quiero ir con Luca —, digo, —Quizás él realmente me diga qué está pasando.

Sus ojos arden. —Al coche. Ahora.

No me muevo.

Exhala. —Sube y podrás jugar con el Mustang.

Maldita sea. Realmente quiero trabajar en ese coche. Mordiéndome el labio, camino y abro la puerta delantera antes de deslizarme en el asiento delantero. Casi gimo al sentir el interior. Es personalizado, el cuero tan suave y mantecoso que mi cuerpo se funde en él.

Torren se sube al asiento del conductor después de mí, y el espacio en el coche parece reducirse.

—Pensé que tenías conductores —, murmuro con disgusto.

Coloca la llave en el encendido. —Nadie conduce este coche excepto yo.

Luca sale del garaje antes que nosotros, seguido por un SUV. Lo seguimos, y cuando miro en el espejo retrovisor, hay otro SUV siguiéndonos.

Me acomodo en mi asiento. No quiero hablar con el cabrón del siglo y no puedo usar mi teléfono en el coche por más de unos minutos. Mirar la pantalla me da mareo. Pero estoy aburrida. Y tengo la sensación de que el viaje no será corto.

Consigo quedarme quieta por unos buenos diez minutos antes de perder la paciencia y alcanzar la perilla de la radio. Está demasiado silencioso. Cuando giro la perilla, la mandíbula de Torren se tensa, pero no hace ningún movimiento para detenerme. Música suave llena el aire, rompiendo el silencio. —Wicked Game — de Chris Isaak.

Suelto un suspiro, sintiéndome un poco mejor. Conducimos por un rato, y me doy cuenta de que estamos cerca de la costa de los Hamptons. Me giro en mi asiento, bajando la ventana para maravillarse con la vista. —La playa.

Me vuelvo hacia él, con una brisa fresca entrando al coche. —¿Podemos ir?

Una arruga aparece en sus labios.

—Después de la reunión, obviamente —, digo.

Aún nada.

Suspiro, lo dejo ahí. Ya me tiene en el coche, de todos modos. No es como si pudiera saltar en la autopista. Hay poco que pueda hacer excepto cumplir mi parte del trato. Voy a la reunión, él me da algo que quiero.

Y no quiero usarlo para un viaje corto a la playa. Sé lo que quiero. Es lo mismo que iba a pedir antes de enterarme del plan de mi padre.

Es poco de lo que aferrarse, ya que él mismo admitió no ser un hombre de palabra, pero es lo único que tengo para asumir alguna sensación de autonomía. Junto con la comodidad del plan de mi padre.

Conducimos unos pocos minutos más antes de que el coche ralentiza, finalmente deteniéndose. Miro por la ventana. Es una enorme finca de estilo chateau. Paredes pintadas en crema, grava en parterres, terrazas de agua y un jardín hundido en verdes recortados que parece no tener fin.

Salvatore Costa sale del SUV que iba adelante de nosotros, tirando su cigarrillo al suelo antes de pisarlo. Su mirada se levanta hacia su hijo y yo al bajar del coche, fijándose específicamente en mí.

—¿Qué hace aquí la chica?

Torren se coloca detrás de mí. —Está aquí en lugar de su padre.

Salvatore frunce el ceño. —¿Por qué?

—Es más bonita de ver.

Una mezcla de confusión y molestia brota en mi pecho.

La mirada de Salvatore baja a mi mano, específicamente al anillo en mi mano. Su mirada se enciende, y la levanta hasta mí con incredulidad mordaz. —Puttana del cazzo.

Instintivamente meto mi mano detrás de mí, y Torren se coloca frente a mí.

Salvatore se detiene, aún incrédulo mientras mira a su hijo. —¡Perché cazzo le hai dato quell'anello?!

Torren se gira para agarrar mi antebrazo, jalándome hacia su lado. —Perché posso.

No veo la reacción de Salvatore, porque Torren me arrastra más allá de su padre y hacia el edificio. Nos acercamos a la entrada, donde Luca está esperando con su padre, Vito, junto con tres hombres más, dos mayores y uno más joven. A medida que nos acercamos, reconozco sus rostros de los archivos de mi padre.

Uno de los hombres mayores es Jon Morelli, cruel pero poderoso. Padre de Nessa Morelli, el diamante del inframundo. Se la considera la chica más hermosa del estado, algo que su padre usa como excusa para mantenerla encerrada en su mansión como una princesa en una torre.

El otro hombre mayor es Ciro Falcone, menos maligno pero aún una víbora. Y el hijo de

Ciro, Enzo Falcone, heredero de veinticinco años del imperio Falcone.

Ciro me mira, luego al emblema Morozov en mi cuello con un vago entretenimiento en sus ojos claros. —Así que esto es lo que Yuri estaba escondiendo…

Jon Morelli se burla. —La puta de los Morozov.

Torren gruñe a mi lado. —Te sugiero que cuides tu maldita boca.

Jon cierra la boca, pero aún dirige una mirada venenosa hacia mí. Reprimo el impulso de alcanzarlo y abofetear su fea cara. Históricamente es un cabrón y un misógino. No entiendo cómo mi padre puede soportar hacer negocios con él.

Enzo Falcone me mira con ligero interés antes de extender su mano. —Encantado de conocerte finalmente, señorita Morozov.

Es el único que se ha dirigido directamente a mí, en lugar de hablar sobre mí como si no estuviera frente a ellos. Decido que no es tan malo, y estoy a punto de extender la mano para estrechársela cuando de repente, la mano de Torren envuelve mi muñeca al lado mío. Enzo baja su mano.

Frunzo el ceño, dirigiendo mi mirada a Torren. Pero parece indiferente, su atención en Luca.

—¿Mancini? — pregunta Torren, entrelazando sus dedos con los míos. Intento apartarme, pero su agarre se aprieta, haciendo que sienta cada surco de su palma áspera sobre la mía.

—Está esperando adentro con los demás —, responde Luca.

Torren inclina la cabeza, diciéndole a Luca que nos guíe el camino. Molesta, trato de ignorar el hecho de que mi mano está atrapada en la suya mientras pasamos por un enorme salón de baile. No puedo evitar admirar la impresionante lámpara de araña en su centro. Quien haya elegido este lugar tiene gusto refinado.

Nos detenemos en la entrada de la sala de reuniones, donde dos guardias comienzan a cachear a los hombres en busca de armas. Cuando llegan a mí, parecen inseguros sobre qué

hacer.

—No la toquen —, ordena Torren, —ni un solo cabello.

Los guardias asienten rápidamente, con un miedo silencioso en sus ojos. Torren finalmente suelta mi mano, solo para colocar su palma en la parte baja de mi espalda, empujándome hacia adelante y más allá de los guardias. Mi espalda arde por la marca de su mano, el calor sube por mi columna y calienta la base de mi cuello.

Su toque desaparece cuando lo revisan en busca de armas detrás de mí. Aprovecho el tiempo para observar la escena. En la sala de reuniones, hay cinco hombres más sentados a una mesa grande. Uno en particular nos mira con intención asesina.

Pronto, Torren regresa a mi lado, y lo sigo hasta la mesa. El asiento en el centro está vacío, y hay un hombre sentado en el asiento a su derecha.

Torren le lanza una mirada significativa, y el hombre se pone de pie apresuradamente, abrochándose el abrigo mientras camina hacia el asiento vacío al final de la mesa. Torren saca la silla ahora vacía y levanta sus ojos hacia mí. Presionando mis labios en silencio, me deslizo en la silla.

—Mi prometida —, anuncia Torren, —Asistirá a la reunión en nombre de su padre. Si hay alguna objeción, tienen cinco segundos para expresarla.

Silencio. Siento el peso ardiente de innumerables ojos sobre mí.

—¿Ninguna? — La satisfacción oscura llena la mirada de Torren, y toma asiento a mi lado, ajustando su reloj. —Bien. Comencemos.

Los hombres entran en discusión sobre los últimos proyectos en sus territorios: intercambiando información sobre redadas de drogas, tráfico de armas, discutiendo sobre clubes de striptease y disputas territoriales. Soy transportada a ese lugar en la oficina de mi padre nuevamente, observando a través de las rendijas en los muebles. Excepto que esta vez, no estoy oculta. Esta vez, estoy sentada en la mesa.

Sé que no era la intención de Torren darme valor, lo más probable es que fuera para reclamar

su dominio e incluso asustarme un poco en el proceso, pero de todas formas se siente empoderador.

Y no tengo miedo.

Es claro que estos hombres no están acostumbrados a una presencia femenina en estas reuniones. Uno ni siquiera me está mirando. Está simplemente mirando mi pecho. Resisto la tentación de poner los ojos en blanco. Hombres. Les gusta actuar como si fueran tan complejos, pero sucumben a sus instintos básicos en un instante. Tan simples y estúpidos, que casi resulta divertido.

Es otra razón por la que nunca juzgaré a las mujeres por usar sus cuerpos como arma o medio de monetización. A veces, el cuerpo de una mujer es el único arma que tiene contra un hombre. Y su mente, por supuesto. Siempre su mente.

Me sintonizo a la conversación. Parece que están hablando de un contrato. Un contrato de lavado de dinero, en particular, y uno con el que estoy familiarizada gracias al trabajo de mi padre.

—Diez por ciento —, farfulla el hombre que estaba mirando.

¿Diez por ciento? Idiotas. No me extraña que necesiten a mi padre. Me río para mis adentros, pensando que pasará desapercibido.

No lo pasa.

Jon Morelli se eriza, volviéndose hacia mí. —¿Qué? ¿Tienes algo que decir, chica? ¿Crees que puedes hacerlo mejor?

Torren se crispa a mi lado. —Toma esto como tu última advertencia, Morelli.

Jon resopla con irritación, mirándome expectante.

—El mercado está en un doce por ciento, en realidad —, digo.

—¿Doce? — Alguien murmura incrédulamente. —Eso resulta en un par de cientos de miles más de lo esperado.

—Novecientos cuarenta —, murmuro, y luego para aclarar, —Mil.

Un hombre le susurra al oído a Ciro, y él asiente. —Tiene razón.

La mesa estalla en murmullos apagados. Siento la mirada de Torren sobre mí por un segundo antes de desaparecer de nuevo.

Por supuesto que tengo razón. No solo escucho las reuniones de mi padre para olvidarme de lo que oigo. Siempre he logrado absorber el contenido de las reuniones como una esponja.

—Entonces, está decidido —, dice Torren, —Doce por ciento.

La ira y la humillación se reflejan en la expresión de Jon, pero asiente rígidamente.

La reunión continúa, y me regodeo en mi pequeña victoria. Luego, después de unos quince minutos, me pongo inquieta. Todo ese jugo de naranja que bebí por la mañana pesa mucho en mi vejiga.

¿Cuál es el protocolo cuando necesitas ir al baño en estas cosas?

Al diablo.

—Buscaré un baño en algún lugar.

Me levanto discretamente, pensando que puedo escabullirme mientras están ocupados, pero Torren pausa la reunión para mirarme con una expresión interrogante. La sangre acude a mis mejillas ante la intensidad de su mirada, y me muevo incómoda mientras la atención de toda la sala se centra en mí, una vez más.

Suspirando, me inclino para susurrarle al oído y percibo el aroma delicioso de su colonia. ‘Necesito ir al baño.’

La mandíbula de Torren se tensa. Toma más tiempo del necesario para procesar cuatro palabras, pero finalmente, hace un gesto a Luca, que está apostado en la pared de la sala de juntas. Empujo mi silla hacia atrás y me alejo de la mesa en dirección a Luca, y por suerte, la reunión se reanuda a mis espaldas.

‘¿Qué pasa?’ murmura Luca.

‘¿Dónde está el baño?’ pregunto.

Él asiente, indicándome que lo siga.

‘No hace falta que vengas conmigo’, digo, una vez salimos de la sala de juntas. ‘Solo dime dónde está.’

Está a punto de discutir, pero suspira, decidiendo no hacerlo. ‘Al final del pasillo, a la izquierda. Te esperaré aquí.’

El baño es regio. Como el que usaría una princesa. Suelo de mármol travertino, molduras elaboradas, techo decorado... A Ana le encantaría este lugar. Uso el inodoro e intento ignorar la pistola que llevo atada a mi muslo. Cuando termino, me lavo las manos y hago una foto en el espejo para mostrarle a Ana más tarde.

Luego salgo y me encuentro cara a cara con el rostro acalorado de Salvatore Costa, el padre de mi prometido. No estaba en la reunión, así que supongo que solo estaba fumando aquí fuera.

Los ojos oscuros de Salvatore se clavan en mí. ‘Este no es lugar para mujeres.’

Dice la palabra mujeres como si fuera un insulto. Pongo los ojos en blanco. ‘Esto literalmente es el baño de mujeres.’

Él se burla. ‘No actúes como si fueras lista, chica. No hay lugar para ti en esta reunión.’

‘Habla con tu hijo’, murmuro, ‘Él me trajo aquí.’

Y técnicamente creó un espacio para mí.

El anciano rechina los dientes. ‘Deshazte de cualquier delirio de grandeza que hayas concebido en esa pequeña cabeza tuya. No te casarás con mi hijo.’

‘No tengo intención de hacerlo’, me burlo. ‘Además, querías que el compromiso sucediera pronto.’

‘Porque cuanto más rápido termine, más rápido mi hijo superará su fascinación por ti.’

Frunzo el ceño. Claramente, este hombre está profundamente delirante.

Él frunce el ceño. ‘¿Crees que no sé sobre tu sangre, niña?’

Estoy ansiosa por usar la pistola que me quema el muslo, pero no quiero que su hijo me mutile después con la misma pistola. Aprieto los dientes. ‘No sabes nada sobre mí.’

‘Tal vez’, contraataca, ‘Pero conozco a mi hijo. Él te usará todo lo que quiera, te follará como a una puta, y cuando la novedad se desvanezca y esté aburrido, finalmente se deshará de ti y le pondrá un bebé a una buena chica italiana.’

Levanto una ceja. ‘¿Y si quiero que me follen como a una puta?’

El rostro de Salvatore se enrojece como un tomate y casi me río. ‘Deja la actitud, chica’, sisea, ‘Tu padre te vendió a nosotros. No eres más que un pedazo caro de coño. Igual que tu madre.’

Y entonces dejo de respirar por un segundo.

Sé que está diciendo tonterías, que está intentando degradarme y herirme, y odio que esta vez, funcione. Porque esta vez, mi primer instinto no fue contraatacar. Fue preguntarle cómo conoce a mi madre.

Qué jodido es eso. Que mi primer pensamiento no sea defenderme, sino preguntar por mi

madre. Qué desesperada debo estar, para rogar información sobre mi madre a alguien que acaba de llamarnos a las dos putas en un solo aliento.

Como si fuera una fuente de información creíble, de todos modos.

Silenciosamente, paso junto a Salvatore, sin darle la satisfacción de verme desmoronarme. Aun así, puedo sentir la satisfacción irradiando de él en oleadas. La ignoro. O al menos, trato de hacerlo lo mejor que puedo. Y mientras camino de vuelta a la sala de juntas, no puedo evitar el nudo en mi garganta ni las lágrimas que llenan mis ojos, amenazando con derramarse por mis mejillas.

Parpadeo para contenerlas, pero son tan pesadas que me arden los ojos cuando lo intento.

Me tropiezo con alguien a mitad de camino, levantando la mirada para encontrarme con Luca mirándome. Claro. Dijo que estaría esperando a mitad de camino.

Frunce el ceño. ‘Oye, pequeña Morozov. ¿Estás bien?’

‘Mhm.’ Asiento, evitando su mirada. ‘Voy de vuelta.’

Luca parece querer insistir en el asunto, pero suspira, dejándolo pasar.

Entro de nuevo en la sala de juntas. Mi bravado se ha desvanecido, y de repente, me siento demasiado expuesta en mi vestido. Lo que se suponía que era un movimiento de poder se convierte en una banda de humillación alrededor de mi cuello.

Una puta.

Nada más que un caro pedazo de coño.

Una puta.

Igual que tu madre.

Bajo la mirada y dejo que mi cabello caiga sobre mi rostro para ocultar mi expresión mientras parpadeo para contener más lágrimas. Salvatore también regresa, y la mirada de Torren va de él a mí y de vuelta a él.

Estoy a punto de sentarme y hacerme lo más invisible posible, cuando de repente, soy tirada a un lado y luego hacia abajo. Sobre Torren. Sobre su regazo.

Estoy montada sobre él en su asiento.

Mi cara está enterrada en su pecho, y no tengo que enfrentarme a nadie. Su presencia lo abarca todo. No puedo moverme. No puedo respirar nada excepto su colonia: jabón fresco, almizcle blanco, detergente, tenues notas acuáticas y destellos de cítricos. Su cuerpo es una estufa, y de repente es demasiado caliente, demasiado duro para que pueda respirar.

Tiemblo contra su pecho.

¿Por qué? ¿Para consolarme? ¿Para humillarme? ¿O para molestar a su padre?

De cualquier manera, no puedo odiarlo tanto como debería.

No me muevo de su regazo. La reunión se queda en silencio.

‘Continúen’, gruñe Torren.

Tengo que apartar mi abatimiento por un momento, para darme espacio a procesar el calor de su cuerpo pegado al mío. Estoy envuelta en él, mi vestido exponiendo demasiada piel. Mi núcleo está presionado contra su muslo a través del delgado material de mi ropa interior.

Debe estar alardeando. Mostrando cómo tiene a la hija de Yuri Morozov en su regazo como un gatito. Ni siquiera puedo aferrarme a mi tristeza sin que él me la quite. Y ahora, soy un desastre de frustración y necesidad.

Molesta, presiono mi peso contra él. Su cuerpo se estremece bajo el mío.

Algo me pincha el muslo, y no es la pistola.

Está duro.

Un jadeo se queda atrapado en mi garganta, y muevo un poco mis caderas, pero solo empeora las cosas, porque no me aparto de él, pero el movimiento causa más fricción entre nosotros. Su cuerpo se tensa, su verga palpitando a través de sus pantalones.

‘¿No tienes nada que decir sobre mi hijo?’ Reconozco la voz de Henry Mancini desde la reunión.

Torren desliza su mano hacia mi muslo donde está encajada la pistola, y casi me tambaleo por la oleada de sangre a mi cabeza. Su voz sale baja y segura cuando pregunta, ‘¿Qué sobre él?’

‘Lo balearon’, responde Mancini, ‘Algún cabrón lo alcanzó limpiamente en la frente.’

La sala se queda en silencio.

Hay una neblina lavanda sobre mi cerebro, pero aun así me doy cuenta rápido y fuerte. Están hablando del tipo que me atacó en el club. El hombre al que Torren disparó. ¿Ese era el hijo de Henry Mancini?

Henry Mancini es un aliado clave de la fundación Costa. Y Torren mató a su hijo.

Oh Dios mío…

Está sentado frente al padre de alguien a quien mató, y aún está duro bajo mí.

Está loco.

‘Su cuerpo fue entregado en mi puerta’, continúa Mancini, venenoso.

‘Qué desafortunado’, dice Torren, con voz baja y ronca, y con aproximadamente la misma

cantidad de piedad que posee una caja de cartón. ‘Mis condolencias.’

Si está tratando de calmar la situación, está haciendo un trabajo horrible. De alguna manera, Mancini mantiene la compostura. Sabe que Torren mató a su hijo. Simplemente no tiene suficiente prueba para enfrentarse a él. O suficiente poder.

‘¿Nada más?’ pregunta Torren.

Silencio.

‘Bien.’ Su mano se aleja de mi muslo. ‘Entonces hemos terminado aquí.’

La sala se llena de murmullos, movimientos y sonidos de personas levantándose de sus asientos.

Torren me levanta de su regazo y a mis pies mientras ambos nos ponemos de pie. Tomo una respiración profunda mientras el calor de su cuerpo se va retirando lentamente del mío. Aprieta la mandíbula, mirándome con una mirada castigadora. Y lo conozco lo suficiente ahora para saber qué significa esa mirada.

Estamos lejos de haber terminado aquí.

❖ ❖ ❖

19

Torren

ESTOY FURIOSO CUANDO salgo de la reunión. Traje a Freya parcialmente queriendo asustarla, y parcialmente porque quería tenerla conmigo. Para que no pudiera escapar mientras yo no estuviera.

Tal vez también quería ver cómo se desenvolvería entre las víboras. Esperaba que estuviera callada durante la reunión. Para que se diera cuenta de que el mundo en el que vivo a menudo requerirá silencio a cambio de sobrevivir. Pero no se echó para atrás. Claro que no.

Y tal vez también me sentí un poco orgulloso de eso. Mi pequeña Morozov, una oponente formidable.

Lo estaba haciendo bien... hasta que dejó que mi padre la afectara. Conozco muy bien ese tipo de abuso. Puede que yo sea una espina, pero él está lleno de veneno. El bastardo me preparó para esta posición, solo para hacer todo lo posible para socavarme. No sé exactamente qué le habrá dicho, pero debe haber sido grave.

Freya es un infierno. Nunca retrocederá sin pelear.

Pero ahora, la observo seguirme desde atrás y abrir la puerta del coche. Rota y entumecida, solo se acurruca en el asiento delantero sin decir una palabra.

Cuando me deslizo en el asiento del conductor, el aroma de ella llena el coche y me asalta: vino dulce, vainilla negra y frambuesa. Va directo a mi polla, que aún se está recuperando de cuando la jalé hacia mi regazo, por impulso.

No sé si lo hice por ella o por mí. Pero la mocosa claramente se ofendió, porque se estaba frotando contra mi polla mientras se apretaba contra mí, y casi no podía mantenerme entero mientras Mancini me acusaba del asesinato de su hijo.

Sí maté a su hijo, pero aun así.

Desvío mi mirada hacia Freya, esperando que murmure algún comentario sarcástico sobre lo estúpidos que eran los hombres en la reunión, porque no puede mantener la boca cerrada. Pero no dice nada.

Siempre está hablando, siempre mirándome con algún tipo de emoción intensa en sus ojos avellana, pero ahora... nada. Su silencio es extraño. Inquietante.

Hace que mi polla se ponga flácida.

Bajo el dial de la música, y luego la miro.

Ella no hace ningún movimiento para volver a subirlo.

Apretando la mandíbula, enciendo el coche y retrocedo hacia la carretera. Conduzco un rato, mi mirada atrapando el brillo del emblema de los Morozov y ese relicario en forma de corazón alrededor de su cuello. Ambos me molestan, pero el relicario despierta un odio visceral.

—Me muero de ganas por arrancárselo, pero no lo tocaré. Es el único límite que no cruzaré. Recuerdo cómo lo protegía cuando tenía mi pistola en su boca. Con su vida. Tengo la sensación de que me odiaría si rompiera ese maldito relicario. Y sería un odio irreparable. No habría vuelta atrás.

¿No es eso lo que quiero?

Ya no lo sé.

El miedo controla a la mayoría de las personas. A ella no. Intentar controlarla mediante la intimidación solo la hace más rebelde.

Quiero su odio, sí, pero no quiero empujarla tanto que no sienta nada en absoluto.

La salida hacia la playa se acerca. Probablemente piensa que no noté cómo se iluminó al

mirar por la ventana hacia la playa cuando veníamos. La chica tiene gustos jodidamente extraños. Ropa negra. Punk rock. Playas.

Tomo la salida.

Freya no lo nota. Luego, finalmente, lo hace. Se retuerce en su asiento, levantando la cabeza para mirarme con los labios entreabiertos. Pero sigue en silencio.

No quiere reaccionar en exceso, por si solo la estoy atormentando—solo mostrando la posibilidad de la playa para luego alejarme. Chica lista. Porque es exactamente algo que haría.

Pero hoy no. Quiero recuperar a mi pequeña llama infernal.

Reduzco la velocidad del coche en el estacionamiento más cercano.

Sus ojos se abren de par en par. —¿De verdad?

Su voz me inunda como una victoria.

—Estoy esperando a alguien aquí, — miento.

Ella sale del coche tan pronto como aparco, quitándose los tacones.

Me deslizo fuera del coche y me quedo en el paseo marítimo, el aire impregnado de sal. Ella frunce el ceño al mirarme. —¿Solo te vas a quedar ahí parado?

No respondo.

Ella frunce el ceño. —Bien. Sostén esto.

Y luego me empuja sus tacones contra el pecho, pero no saco las manos de los bolsillos, así que caen al suelo.

Freya no pestañea, corre por las escaleras, hacia la arena. Hay una enorme sonrisa en su rostro cuando sus pies se hunden en la arena, y su cabello vuela detrás de ella mientras corre hacia el agua. Se detiene, y luego entra en la marea baja.

—¡Ah! — Grita, su voz resonando en la playa vacía. —¡Está fría!

Se gira para mirar algo en la distancia, y no se da cuenta de que la marea está subiendo. Estoy a punto de advertirle, pero es demasiado tarde. Grita y luego se ríe sola cuando el agua la salpica más alto de lo que anticipaba, mojando la parte inferior de ese maldito vestido diminuto.

Mira hacia abajo a la arena y el agua, y luego por un segundo se gira hacia mí, aún con la sonrisa en su rostro. Joder.

La sonrisa en su rostro vacila cuando me ve mirándola, y aparta la mirada.

No puedo apartar la vista.

De todos modos, no hay mucho más en qué mirar.

Pero incluso si esta playa estuviera llena hasta los topes, la encontraría.

El sol se pone en el horizonte de la playa, mientras ella se aleja del agua y se sienta en la arena, reclinándose para observarla. Puedo ver su perfil mientras la luz naranja del atardecer ilumina su rostro.

A la mierda.

Recojo sus zapatos y los arrojo al coche antes de caminar por el paseo marítimo, sentándome a su lado en la arena.

Es tan jodidamente hermosa. Odio todo lo que representa, pero no puedo negarlo. No estoy ciego. Descalza en la arena, con ese diminuto vestido negro, sus piernas parecen interminables. No puedo tocarla. Me pertenece, pero no puedo tocarla. No lo haré.

Porque una vez que la pruebe, me convertiré en un hombre hambriento.

Saco un cigarrillo para ocupar mis manos, encendiéndolo.

Ella se gira hacia mí. —¿Fumas?

—A veces.

El silencio llena el aire mientras el sol desciende más en el horizonte.

—¿Qué te dijo mi padre? — le pregunto.

Ella permanece callada por un rato. Luego dice, —Me dijo lo feliz que está de que me una a la familia.

—Sí, — me burlo, —y cago arcoíris. ¿Qué te dijo?

Una línea se forma entre sus cejas. —¿Por qué no vas y le preguntas tú mismo?

Aprieto la mandíbula. —No me dirá la verdad.

—Como si te importara. — Ella rueda los ojos. —Ahorra el teatro. Eres igual que tu padre.

Las palabras me golpean más duro de lo que esperaba, y siento la necesidad de defenderme. —No soy nada como él.

A esto, ella no dice nada. Me irrita. Aprieto la mandíbula, mi mirada perforando su mejilla mientras se niega a mirarme.

—Deja de mirarme, — dice.

—No.

Ella levanta una ceja. —¿Piensas que soy bonita?

Sí.

Exhalo humo por los labios. —Pienso que eres horrible.

Freya rueda los ojos, una sonrisa fantasma en sus labios. —¿Qué pasó con la persona que ibas a ver?

Ofrezco una mentira a medias como excusa, sacudiendo la ceniza entre mis dedos. —Se echó atrás.

Ella asiente lentamente, con una ligera curva en los labios. Su mirada está fija en el vaivén del agua frente a nosotros.

—No puedes mantenerme encerrada en el ático más tiempo, sabes, — dice, después de un rato.

Llevo el cigarrillo a mis labios, dando otra calada.

Cuando era más joven, había un juguete que quería. No recuerdo si era un camión de juguete o un coche, pero lo quería. Mucho. Día tras día. Me mantenía vivo, esperando meses por ese maldito juguete. Un día, mi padre llegó a casa con él. Y cuando finalmente puse mis manos en el juguete. . . No sabía qué hacer con él.

Mis ojos se posan en la chica a mi lado, y vuelvo a tener esa sensación.

Ahora que finalmente la tengo, no sé qué hacer con ella. Cómo lidiar con el abismo que parece abrirse en mi pecho cada vez que la lastimo.

No la dejé salir del ático porque no había forma de garantizar que volviera.

Pero lo hizo. Después de que la dejara ir. Volvió. No sé si es porque es ingenua o simplemente estúpida, pero volvió.

Es una suerte que lo haya hecho, porque de lo contrario habría hecho algo jodido, como conducir hasta la casa y casarme con ella en ese mismo momento. Solo para tener el derecho a arrastrar su trasero de vuelta.

No estaba obligada contractualmente a volver a mi apartamento. Y dado que estaba en el territorio de su padre, y aún no estoy casado con ella, habría sido poco lo que podría hacer para obligarla a regresar.

Habría tenido que casarme con ella.

Debería casarme con ella.

Entonces, ¿por qué no lo he hecho?

Si mato su esperanza, no puedo quitársela. Si me casara con ella de inmediato, no tengo duda de que la rompería. Sus rabietas serían mucho peores de lo que ya son. Y ya ha intentado matarme una vez.

Con ella solo como mi prometida, viviendo en mi casa, tengo justo el suficiente control sobre ella para que piense que todavía tiene una salida. Para que piense que aún tiene esperanza. Pero eso es lo malo de la esperanza: es una perra cruel y miserable.

He visto esta película antes, y termina con ella como mi esposa.

—Ve adonde quieras, — murmuro, —Solo vuelve.

Ella recoge sus rodillas hasta el mentón, abrazándolas.

—Dijiste que podría pedir lo que quisiera, — dice, —excepto el fin del contrato. Y armas.

—Lo dije. — Le doy otra calada. —¿Qué quieres?

Exhala lentamente. —Si muero, — dice, —no te casarás con mi hermana. Ella no merece eso.

La furia muerde los bordes de mi visión, brillando como la cereza en la punta de mi cigarrillo. —¿Y tú sí?

Ella se encoge de hombros.

No sé por qué estoy tan jodidamente enojado. Que considere estar conmigo como un castigo eterno, o que sienta que ella merece más ese castigo que su hermana. He olvidado cómo era tener algo que valiera la pena proteger, incluso con tu vida.

Mis dientes se aprietan. —Puedes tener cualquier cosa. Por cualquier precio. ¿Y eliges esto?

Ella asiente.

Entrecierro los ojos. —¿Y cómo puedes estar tan segura de que cumpliré mi parte del trato?

Ella levanta la mano. —¿Promesa de meñique?

La ignoro.

—No vas a morir, — le digo.

Ella se burla.

—No lo permitiré.

Ella suelta una breve risa, y algo dentro de mí se regocija con el sonido. —¿No lo permitirás?

—No.

—Voy a morir algún día, lo sabes, — dice, como si nada.

—Sí, — contesto, —Algún día, cuando seas vieja y canosa y no puedas ni caminar. No te vas a morir. No por mucho tiempo. Así que cállate.

Por supuesto que no lo hace. En cambio, pregunta, —¿Y qué pasa cuando sea vieja, canosa y no pueda caminar?

—Aún estaré ahí, — le digo, —acechándote hasta el final.

Ella me mira fijamente un rato. Luego aparta la vista, y podría jurar que sus ojos están vidriosos. —Quiero volver ahora.

El sol se ha puesto por completo, y la playa ha descendido en la oscuridad. Cualquier magia breve que existiera entre ahora y el momento en que llegamos ha desaparecido, revelando la fría y fea verdad del escenario.

Tiro mi cigarrillo mientras caminamos de regreso al paseo marítimo, subiéndonos al coche.

Freya vuelve a su hechizo silencioso, sin intentar subir el volumen de la música. Me muerdo las muelas. ¿Por qué me importa?

Cuando la miro, su pecho sube y baja lentamente. Está quedándose dormida. Aparto la mirada. La he visto en el maldito vestido más diminuto del planeta, pero de alguna manera, es ahora, cuando está así, que parece más desnuda.

Mi teléfono suena en mi bolsillo, robando mi atención. Lo saco y veo que es Luca. Debe ser urgente, porque sabe que estoy conduciendo.

Respondo la llamada, manteniendo mis ojos en la carretera. —¿Sí?

—Malas noticias, — dice, —Yuri ha estado hablando con Volkov.

—¿Y?

No es nada nuevo. El padre de Freya ha estado intentando formar una alianza con Rune

Volkov durante años. Con Volkov, Yuri podría separarse de mis garras, fortalecer su posición y quedarse con su hija. Es una olla de oro para el jefe ruso.

Mi rostro se agria. —Ese viejo cabrón siempre está intentando hablar con Volkov.

—Sí, bueno. — Luca suspira. —Volkov ha estado respondiéndole.

La sangre ruge en mis venas.

¿Qué? ¿Desde cuándo le importa a Rune Volkov?

Desvío mi mirada hacia Freya.

Ella ha estado diferente desde anoche. Más despreocupada. Frívola. Tranquila. Sé que no es por nada que haya hecho yo. Llevarla a esa reunión fue el equivalente a lanzarla a una jauría de lobos.

No. Ella está diferente después de visitar a su padre.

Me doy cuenta de esto rápida y duramente.

Hay una razón por la que se siente más segura. Tienen un plan. Yuri va a casar a Freya con Rune Volkov. Para enviarla. A ella—la chica con mi anillo en su dedo.

Y de repente, estoy jodidamente furioso.

Con una sola inclinación del tablero, lo perderé todo: la lealtad de Yuri a mi negocio, mi venganza y mi prometida.

Pero la posible pérdida de una sola de estas cosas realmente me enfurece.

Freya se mueve en el asiento del pasajero. Todavía dormida. Todavía blissfully unaware de que ahora sé sobre su pequeño golpe de estado.

Cuando era más joven, mi madre me enseñó a jugar al ajedrez. Me volví tan bueno que nadie se molestaba en jugar contra mí. En realidad, todo es un gran tablero de ajedrez: un gran juego de estrategia. Y es un juego que nunca he perdido.

Bien jugado, Yuri.

Es mi turno ahora.

❖ ❖ ❖

20

Freya

ME DESPIERTO CUANDO el automóvil se desacelera. Está oscuro dentro del coche y las luces fluorescentes del garaje lastiman mis ojos cuando los abro. El sonido distante y amortiguado de la lluvia resuena a través del garaje mientras la niebla en mi mente se disipa.

La escena en la playa se me aparece en la mente. Torren parecía... diferente. Sentado en la arena con él de esa manera, se sentía como una tregua momentánea. Sé que no estaba realmente encontrándose con alguien en la playa. Me llevó allí porque yo lo pedí.

Me sentí más ligera por un momento y me pregunté si estaba equivocada al considerar el plan de escape de mi padre. Si, de alguna manera, podría aprender a vivir con el diablo. No puedo negar que sería más fácil. No tendría que arrancar mi vida de raíz en Nueva York. Podría simplemente... quedarme.

Al fin y al cabo, mejor el diablo conocido que el diablo por conocer.

Pero en cuanto el coche se detiene, sé que algo ha cambiado.

Lo siento de inmediato.

Dirijo mi mirada hacia la silueta oscura en el asiento del conductor. Las manos de Torren se aprietan en el volante mientras fija su mirada al frente. La ira parece emanar de sus poros, espesa como la melaza.

Algo sucedió entre el momento en que me quedé dormida en el coche y ahora. Simplemente no sé qué.

Mi respiración se vuelve pesada mientras lo miro fijamente. Él me ignora, abre su puerta antes de deslizarse fuera del asiento. Y así, me deja en el coche.

Lo observo mientras se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y camina hacia el ascensor, y yo simplemente... espero. No hago ningún movimiento para salir. Y luego, se detiene. Una oleada de ira recorre sus hombros y se vuelve, con la mirada ardiente. Camina de vuelta a su lado del coche.

Mi corazón se dispara cuando abre su puerta y se apoya contra el marco de la puerta, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Estoy cansada, — digo, sondeando el terreno, —¿Me llevarías en brazos?

Él se pone serio, y su mandíbula se tensa, una ira no contenida reluce en sus ojos. —¿Tienes las piernas rotas?

—No. Pero llevaba tacones. Y ahora me duelen los pies, — replico. —¿Al menos puedo recibir un masaje en los pies?

Algo en su mandíbula se contrae.

—Sal de mi maldito coche, — dice, —A menos que quieras quedarte encerrada.

Pongo los ojos en blanco, sin dudar ni un segundo que es exactamente lo que haría. —Vale.

¿Qué demonios le ha picado?

Me pongo los tacones, salgo del coche. Fiel a su promesa, Torren cierra el coche menos de un segundo después de que cierro mi puerta. Resisto la tentación de poner los ojos en blanco otra vez.

No estaba bromeando sobre el dolor de mis pies. Cada paso de mis tacones sobre el suelo de cemento pulido envía un dolor agudo desde las plantas de mis pies hasta mis pantorrillas. Llevar stilettos debería considerarse un deporte extremo. Llevarlos durante solo treinta minutos es infinitamente más doloroso que usar patines durante horas.

Torren entra en el ascensor delante de mí, y las puertas comienzan a cerrarse detrás de él. El idiota ni siquiera se molesta en sujetarlas, así que tengo que apresurarme para entrar a tiempo. La

puerta casi se cierra sobre mí y me arranca un brazo.

Le lanzo una mirada sucia, riendo para mí misma.

Él no se molesta en reconocer mi reacción, pulsando el botón para el piso superior. Me quedo en el extremo opuesto del ascensor, y él no me mira.

Ni una sola vez.

Es como si intentara no hacerlo a propósito, como si fuera a explotar si lo hace.

Cualquiera breve, involuntaria camaradería que había entre nosotros en la playa ha desaparecido, y en su lugar siento una enemistad extrañamente unilateral que emana de él. Sí, siempre mantuve mis malos sentimientos hacia él, pero por primera vez en mucho tiempo, siento un odio arraigado que emana de él en oleadas.

Finalmente, las puertas se abren en el último piso, ofreciendo un respiro del silencio espeso y sofocante del ascensor. Suspirando, lo sigo afuera y hacia el apartamento. La vista me sorprende.

El enorme muro de cristal que abarca el espacio habitable desvela la vista exterior del ático. Los rayos atraviesan el aire iluminando la vista ennegrecida con un azul eléctrico. El trueno resuena en el aire. Es una locura.

Me giro con una sonrisa. —¿Siempre es así?

Torren está envuelto en la oscuridad, apoyado contra la encimera de la cocina al otro lado de la habitación. Un relámpago ilumina nuevamente, delineando duramente su cuerpo y el fuego eléctrico en sus ojos. Trago saliva, la sonrisa se desliza de mi rostro.

Él se acerca a mí en silencio, con las manos metidas en los bolsillos. Su mirada nunca me abandona, y no pestañea, incluso cuando el trueno que divide el aire es lo suficientemente fuerte como para romper huesos. Sigue acercándose, y yo retrocedo contra el cristal detrás de mí, sin más lugar a donde ir.

Y así, cubre la distancia entre nosotros con unos pocos pasos insignificantes. Está tan cerca que puedo sentir el subir y bajar de su pecho, y la línea distintiva entre sus cejas mientras me frunce el ceño.

Luego, levanta su dedo medio. El dígito tatuado se encuentra con el punto donde el escote de mi vestido, que se sumerge bajo, termina. Envía un escalofrío agudo a mi núcleo. Traza su dedo y el dorso de su mano lentamente y suavemente por la hendidura de mis pechos. Un escalofrío recorre mi espina dorsal, y no puedo apartarme.

Pero él continúa su emboscada, trazando su dedo por mi clavícula, entrelazándolo con mi emblema Morozov. Juguetonamente, juega con el collar en mi cuello. El tiempo parece moverse en cámara lenta, sus pupilas dilatándose en un negro inky mientras mira fijamente la M plateada.

Y sé, en ese momento, que es demasiado tarde para la precaución.

—Torren. — Sacudo la cabeza. —No —

Arranca el collar de mi cuello.

Sucede tan rápido que mi cuello arde en carne viva por la fricción.

Lo miro, con la boca entreabierta en shock.

Ni siquiera me da tiempo para reprocharle; simplemente guarda mi collar al mismo tiempo que me agarra el cabello con la otra mano, tirando de los mechones de modo que me veo obligada a mirarlo directamente.

—Tu lealtad, — dice, llevando su boca a mi oído. Su voz se nivela, oscura y baja mientras respira en mi cuello. —Ya no está con tu familia. A partir de ahora, es para mí y solo para mí.

La furia me recorre la columna vertebral y una rabia ya familiar llena cada rincón de mi ser. Tenía razón en considerar irme. Nunca cambiará. Siempre seremos un desastre. ¿Qué esperaba yo, de todas formas? Nunca ha pretendido ser otra cosa que lo que es.

Odio la forma en que soy a veces. Tan ingenua. Tan fácilmente engañada. Nuestro tiempo en

la playa —no era real. Y aunque lo fuera, ya no quiero falsas esperanzas.

Torren se aparta de mí, su mirada se dirige rápidamente a mi garganta, donde mi relicario en forma de corazón aún yace, intacto. Mi mano se levanta instintivamente a mi cuello mientras abrazo mi relicario más cerca de mi pecho.

El emblema Morozov era mío, y aunque me enoja que haya sido arrancado de esa manera, no siento su pérdida como sentiría la pérdida de mi relicario. No tengo idea de qué haría si lo tocara.

Él tira de mi cabello hacia atrás, exponiendo mi garganta a él. —No pienses ni por un segundo que podrás escapar de mí, pequeña Morozov. Aún tienes una deuda que pagar.

—Dios, — siseo, —¿Cuál es tu maldito problema?

—Mi problema, — dice tirando de mi cabello, —eres tú. Tú y tu maldito padre—

—¿Mi padre? ¿Qué hay de tu padre, eh? — Le espeto mirándolo. —¿Qué hay de él?

Él suelta mi cabello, dando un paso atrás. El aire regresa a mis pulmones. Lentamente, pregunta: —¿Qué te dijo?

—Me llamó puta, — escupo, —Una pieza de coño cara. ¿Eso es todo lo que soy para ti, eh? ¿Vas a arruinarme y luego conseguirte una bonita chica italiana rubia para tener tus hijos?

Torren se pone rígido. —¿Eso es lo que dijo?

Suelto una carcajada. —Vete al infierno.

Él frunce el ceño, dando otro paso fuera de mi espacio. Luego se gira y se aleja, agarrando su chaqueta del traje de la silla donde la dejó colgada.

Frunzo el ceño. —¿A dónde vas?

—Al infierno, — responde él.

Mis cejas se fruncen. —¿Qué?

—Vete a la cama, — dice de nuevo.

Me quedo clavada en el sitio.

Suspira profundamente desde el otro lado de la habitación. —Vete a la cama, Freya.

Exhalando profundamente, cedo. Lo que sea. Me rindo.

Estoy demasiado cansada para discutir, de todos modos.

También tengo miedo.

No porque se haya ido.

Sino porque una pequeña parte de mí quería que se quedara. A pesar de lo que acaba de hacer.

Me vuelvo a la ventana, y veo cómo más relámpagos llenan el cielo, el trueno que sigue sacudiendo los cimientos del suelo debajo de mí. Escucho el suave clic de la puerta al cerrarse, y alguna parte traidora de mí no puede evitar preguntarse a dónde va. A quién va a ver.

La lluvia golpea furiosamente contra la superficie del vidrio, el sonido extrañamente reconfortante. Cuando estoy demasiado cansada, me alejo de la vista y me dirijo a la habitación, me quito el vestido y me pongo una camiseta antes de caer en mi cama, donde la oscuridad me encuentra más rápido de lo habitual.

*

Cuando me despierto, todo está borroso. De alguna manera salgo de la cama. Tengo tan

poco control de mi cuerpo que se siente como si me hubieran drogado. Un rápido recorrido por el apartamento me dice que Torren no ha vuelto. Molesta, decido hacer un viaje a casa.

Me pongo las zapatillas. Ana siempre solía decirme que nunca podría usar zapatillas, que se veían demasiado extrañas en ella. Que no encajaban con la imagen de quienes se suponía que éramos. Eran demasiado normales. Y ella nunca podría tener ese tipo de libertad. Ese tipo de normalidad.

Abro la puerta del apartamento, enfrentándome a Salvatore Costa.

Frunzo el ceño, y de repente, saca un cuchillo. Mi corazón se queda atascado en mi garganta mientras grito, y logro esquivar la mayor parte de la cuchillada, pero siento que me roza el cuello.

De alguna manera, no puedo formar una reacción adecuada a lo que acaba de pasar.

Todo lo que puedo hacer es correr.

Y lo hago. Corriendo, corriendo, corriendo, hasta que de alguna manera entro en un taxi, manteniendo una mano contra mi cuello para contener el sangrado mientras doy la dirección de casa al taxista.

Y entonces estoy en casa. Me siento mareada por la pérdida de sangre, pero el conductor llega unos minutos después, a pesar de que normalmente el trayecto tarda media hora. No hay guardias fuera de la mansión. Abro la puerta principal y corro adentro para encontrar a Ana en la cocina. Pero ella no me está mirando.

—Ana —digo, con una voz extrañamente firme—. Creo que estoy sangrando. ¿Puedes traerme una venda o algo?

—¿Freya? —dice ella, aún sin mirarme.

—Sí —respondo—, soy yo. ¿Por qué no te das la vuelta?

—Freya —dice, con la voz asustada—. Hice algo malo...

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—No fue mi intención. Es que he estado tan sola...

—¿Qué quieres decir? —repito—. Ana, date la vuelta.

Y entonces se da la vuelta y sus muñecas están abiertas, con sangre saliendo a chorros hacia el suelo.

La bilis se agolpa en mi garganta y mis ojos se abren de par en par. Sacudo la cabeza. —No.

No no no no.

Intento alcanzarla, pero ella solo se hunde más lejos de mí. Estoy atascada, y es aterrador. Sé que mi madre y mi padre están arriba, pero no responden cuando llamo sus nombres.

No puedo verlos, no puedo ver nada más que a ella. Solo puedo ver a Ana. Solo puedo ayudarla a ella. Extiendo una mano hacia Ana, llamándola repetidamente, pero no se despierta.

Algo se rompe en mi pecho, algo fundamental, y levanto la mano hacia mi frente intentando calmarme, pero mi visión ya se está nublando y es doloroso contener las lágrimas, así que las dejo correr por mis mejillas. El dolor en mi pecho hace que sea demasiado difícil permanecer de pie, así que me dejo caer al suelo mientras un sollozo se escapa.

Siento la piel arder, lentamente, el calor se intensifica. Hay un sonido fuerte y ensordecedor, y veo a mi hermana. Mi visión está borrosa, pero puedo distinguir su silueta. Sus ojos están cerrados de golpe, y su cuerpo deshecho es una masa sanguinolenta.

Parece pintura, salpicaduras rojas de sangre, y ella es el lienzo.

La sangre se acumula en la alfombra, alcanzando mis zapatillas.

Es un magenta amenazante, con la consistencia de tinta. Grito pidiendo ayuda, con la voz desgarrada, pero nadie viene. Siento lágrimas correr por mis mejillas mientras mi cuerpo se enciende. Puedo sentir el humo y el calor envolviéndome. Voces suenan en el fondo, cortando con el zumbido en mi cabeza y el fuerte latido de mi corazón.

—Freya.

Alguien me está sacudiendo, pero no puedo moverme. Mis huesos duelen y se sienten completamente huecos.

—Despierta.

La voz se hace más fuerte y mis ojos se abren de golpe. El sudor gotea por la parte trasera de mi cuello. Una mano aparta el pelo de mi cara detrás de mi oreja. Estoy jadeando por aire, con lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Freya.

Es Torren. Está inclinado sobre mí al lado de la cama, levantando todo mi cuerpo superior agarrando un solo puñado de mi camiseta. Su pelo desordenado y mojado, su camisa empapada. Más lágrimas brotan de mis ojos. No puedo detenerlas.

Un momento de confusión marca su rostro, una línea profunda formándose entre sus cejas. —¿Qué pasa?

Me precipito hacia él, contra su pecho, mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas alrededor de su torso mientras me aferro a él como un marsupial.

Su mano se posa, reluctante, en la parte superior de mi cabeza, la otra en mi espalda baja. Estoy presionada contra él, temblando en sus brazos. Mi mejilla está contra su pecho. Huele a lluvia de medianoche. Y me niego a levantar mi cara de su camiseta.

Porque no quiero que me vea llorar.

Estoy despierta, era un sueño, me repito, respirando profunda e irregularmente, solo un sueño. Pero eso no fue ni de cerca un sueño. Eso fue una pesadilla en toda regla, y no había tenido una tan mala en años.

Torren frunce el ceño y me pone a una distancia de brazo para inspeccionar mi rostro. —¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza en un débil intento por negarlo.

Pero él insiste. —¿Qué ha pasado?

Entonces empujo su pecho, pero es inútil, porque él agarra mis muñecas fácilmente. Con suavidad.

Mis ojos se llenan de lágrimas, amenazando con derramarse por mis mejillas.

Torren harise un sonido desde el fondo de su garganta. —No.

Se acerca más a mí mientras otro sollozo se escapa. Muerdo el labio y miro hacia otro lado, tratando de controlar mis estúpidas y innecesarias lágrimas, y joder, ¿por qué no puedo simplemente parar?

Torren suavemente coloca las manos a ambos lados de mi rostro, su toque tan ligero que podría no existir. Me pregunto cómo es posible, cómo alguien puede parecer el diablo pero tener el tacto de un ángel.

Tragando saliva, me atrevo a mantener el contacto visual con él por un segundo. Sus ojos oscuros carecen de la misma dureza de antes. Y cuando pasa las yemas ásperas de sus pulgares por debajo de mis ojos, respiro hondo. Y otra vez.

Y entonces todo se vuelve más claro. Vista, sonidos.

Lo miro de nuevo, pero su mirada no se encuentra con la mía. Está más abajo. En... mis... mis labios. Y trago saliva, abriéndolos ligeramente al exhalar. Su respiración se acelera, dulce y cálida, como la sangre que se extiende por mis mejillas.

De repente, parece sacudirse el pensamiento, estrechando los ojos mientras escanea mi cara. —¿Estás herida?

Sacudo la cabeza, el recuerdo del sueño volviendo a mi mente.

—Ana. —Me extraigo bruscamente de él, cayendo en la cama mientras busco mi teléfono en

la mesita de noche. Logro desbloquearlo, pero cuando intento marcar, mi visión es borrosa y mis manos están temblando. —Algo le pasó a Ana.

Exhalando, Torren me arrebata el teléfono, tecleando en la pantalla. Suena en su oído por un momento antes de que ella conteste.

—Anastasia —dice Torren, con su voz profunda y firme—. Tu hermana está preocupada por tu... —Su mirada se dirige a mí. —Bienestar.

La escucho hablar al otro lado, y Torren me pasa el teléfono. Frunciendo el ceño, miro su mano. Sus nudillos están en carne viva. Tierra y sangre. Trago saliva, lo ignoro y tomo el teléfono.

—Ana —hablo—, ¿estás bien?

—Sí —dice, con preocupación evidente en su voz—, ¿qué está pasando, Frey?

Exhalo. —Estoy bien. Solo fue una pesadilla.

Hay un silencio vacilante al otro lado, y sé que está preocupada. —¿Tal vez deberías volver por un tiempo?

—Sí —digo, encontrándome con la mirada de Torren—. Tal vez.

Intercambiamos unas pocas palabras más, y una mirada a mi teléfono me dice que son las 3 a. m. Le digo que vuelva a dormir y, con desgana, se despide. Cuando la llamada termina, un silencio apacible envuelve la habitación. Torren todavía está de pie al borde de mi cama, mirándome con su mandíbula apretada.

Nunca antes ha entrado en mi habitación. Aunque técnicamente es la habitación de invitados. Me asignó mi espacio y nunca ha cruzado esa frontera, a pesar de que yo he cruzado la suya innumerables veces.

—¿Solo una pesadilla? —repite.

—Sí —murmuro—. Solo una pesadilla. No tenía una desde que tenía siete años. Pero ahora estoy bien. Ofrezco una media sonrisa reticente. Y aunque apenas lo merece, murmuro un —gracias — cortante.

Espero que se vaya, pero no se mueve. Hay una mirada perturbada en sus ojos mientras me observa. Y luego, dice, —Duerme conmigo.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Qué?

Su expresión se amarga, como si la idea de dormir conmigo fuera tan aborrecible para él como para mí. —Solo duerme.

—No, gracias —murmuro secamente.

Un rayo ilumina la habitación, y él mira hacia la ventana, luego de vuelta a mí.

—No tengo miedo del rayo —digo—, ni del trueno.

La oscuridad en su mirada se atenúa. —Lo sé.

Frunzo el ceño. —¿De qué intentas salvarme entonces?

Me mira por un rato antes de decir —De ti misma.

Reprimo la espiral que atraviesa mi estómago, agitando una mano en gesto de desprecio. —Vete.

No lo hace. En cambio, se inclina, enrollando un brazo bajo mi espalda y el otro bajo mis piernas antes de levantarme en sus brazos.

Una oleada de emociones me golpea, y mi primer instinto es protestar, pero estoy demasiado agotada para luchar físicamente contra él. Suelto un débil golpe en su pecho en su lugar. —¿Qué estás haciendo?

—Cállate —gruñe él.

Mi cuerpo apenas se sacude en sus brazos mientras sale de mi habitación y sube las escaleras. Lo miro con furia. —Pensé que dijiste que no querías cargarme.

—No quiero.

Ugh.

—¿A dónde fuiste? —le pregunto.

Nada.

Intento de nuevo. —¿Qué le pasó a tu mano?

Sigue sin nada.

Entramos en su habitación, el olor de su colonia haciéndose más fuerte. Me envuelve como un sobre. Él arroja mi cuerpo al lado derecho de su cama, y mi cuerpo rebota con el impacto.

—Te odio —murmuro. Y no estoy segura si me lo estoy recordando a mí misma o a él.

—Bien —dice él, como si realmente lo satisficiera—. Duerme.

—Y odio cuando me dices lo que tengo que hacer.

Él desabrocha su camisa y luego se desliza bajo las sábanas en su lado. —Cállate. Y duerme.

Por supuesto, me dice lo que tengo que hacer. De nuevo.

Murmuro, pero obedezco. Solo porque, en realidad, estoy agotada. Y su cama es de alguna manera más cómoda que la mía. Me giro de lado, deslizándome hasta el borde más lejano de la cama.

Está justo ahí, respirando a tan solo un brazo de distancia de mí, y no sé cómo lidiar con la proximidad. O con el hecho de que de alguna manera estamos en la misma cama. En su cama.

Cuando meto la mano bajo la almohada, siento el metal frío de una pistola. Mi corazón da un salto.

Las armas eran una vista común en la casa Morozov, pero no tan comunes como para verlas

en nuestros dormitorios. Dejo mis dedos sobre la superficie fría de la pistola y me permito deslizarme en la oscuridad.

❖ ❖ ❖

21

Torren

NO CONSIGO DORMIR durante las tormentas. Ha sido así desde que puedo recordar. Pero de alguna manera, a pesar de la tormenta rugiendo afuera, me dormí.

Aunque solo por unas pocas horas.

Me despierto mientras todavía está oscuro, sintiendo que faltan las sábanas en la cama. Es entonces cuando me doy cuenta del peso en el otro extremo de la cama.

Tanteo mi teléfono y toco la pantalla. La luz ilumina la figura de Freya: la pequeña mocosa está acurrucada en una bola en el otro extremo de la cama.

Y ha envuelto toda la maldita sábana alrededor de su cuerpo.

Solo puedo culparme a mí mismo por este maldito desorden. Nunca debería haberla traído a mi cama. Pero la escuché gritar en su sueño, su voz cruda y llena de dolor, y cuando pasé por su habitación, se veía... devastada.

No sé por qué me enfureció tanto. O por qué no la dejé allí. Ella se lo habría merecido por conspirar con su padre a mis espaldas.

Frunciendo el ceño mientras la miro en la oscuridad, intento arrancarle las sábanas, pero están envueltas alrededor de ella como algas en maldito sushi.

Rechino los dientes. Mocosa malcriada.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Freya deja escapar un pequeño ronroneo de satisfacción y se acurruca más cerca de mi costado, ahora boca abajo. Me tenso, mi teléfono casi

se me cae de las manos.

Entonces, como si eso no fuera suficiente para ella, su pequeño cuervo humano explota y su brazo y pierna están sobre mí.

Cada músculo de mi cuerpo se estira, y la sangre corre por mis venas.

La mocosa está estirada sobre mí como una maldita araña.

Su brazo es suave y fresco sobre mi torso y su pierna está a centímetros de mi polla.

Intento apartar sus extremidades, pero son tan testarudas como ella. Si tirara más fuerte, podría realmente joder algo.

Y, curiosamente, la idea de sus miembros desprendidos no es tan atractiva como debería ser.

Me doy por vencido, gruñendo mientras mi piel se calienta.

No se ha atado el cabello. Las hebras castañas rojizas de su pelo se extienden alrededor de su cara, cayendo de sus hombros y rozando mi pecho.

Me pregunto cómo se sentiría todo ese cabello envuelto alrededor de mi mano. Y luego la imagen llena mi mente: lamiendo a lo largo de su garganta mientras la follo profunda y duramente desde atrás.

Aprieto la mandíbula, apagando la idea tan rápido como vino.

No iré allí.

Por mucho que disfruto verla retorcerse cuando juego con ella, no iré más allá de bromas sin sentido.

Los negocios y el placer están separados, y Freya Morozov es estrictamente negocios.

Me gusta pensar que practico la moderación, pero ella realmente está poniéndome a prueba.

He pasado por muchas mujeres. Pero un brazo y una pierna de esta chica molesta y—

Joder.

Necesito una ducha.

Una fría.

Freya

SÉ QUE NO ESTOY en mi cama cuando me despierto. Las sábanas están enrolladas dos veces alrededor de mi cuerpo como si hubiera rodado en ellas varias veces durante la noche.

Torren no está, y yo estoy en su lado de la cama. Aunque no esté aquí, el aroma de su colonia está en todas partes. Impregnado en mi piel.

No estoy segura de cómo odiarlo.

No sé por qué me despertó de mi pesadilla anoche. O por qué me trajo a su cama. O cómo me quedé dormida tan fácilmente con un hombre que guarda una pistola bajo su almohada, un hombre que ha dejado claro que me odia lo suficiente como para quererme muerta.

Necesito una distracción.

Me ducho, luego me cambio a un par de jeans claros y una camiseta de Led Zeppelin. Luego mando un SOS rápido al chat del grupo, diciéndole a Pippa y Sal que me encuentren en nuestro café favorito en Manhattan.

Nuestra reunión es largamente esperada.

Giulia está abajo, preparando el desayuno. Sonríe cuando me acerco.

—Buenos días, — trino.

Ella me devuelve una gran sonrisa. —Buenos días, señorita Freya.

Levanto una ceja ante el montón de croissants en el centro de la mesa. —¿Hiciste croissants extra?

—Sí, — dice Giulia, —el señor Costa dice que a usted le gustan.

Frunzo el ceño. ¿Cómo lo sabe? Elevando la mirada hacia Giulia, señalo la silla vacía frente a mí. —¿Dónde está él?

—Gimnasio, — dice, como si fuera obvio.

¿Oh? ¿Es eso lo que ha estado haciendo levantándose temprano? ¿Ejercitarse? Debe de habérmelo perdido porque nunca me levanto lo suficientemente temprano.

Intrigada, me dirijo al gimnasio, y efectivamente, allí está. En la barra de dominadas, los gruesos músculos de su espalda ondulando.

Un escalofrío recorre mi columna, el calor girando lentamente en mi vientre. No puedo evitar notar que su espalda está salpicada de cicatrices blancas tenues.

Torrren se tensa, todavía de espaldas a mí, sintiendo mi presencia.

No necesito decirle que me voy, pero preferiría que no viniera tras de mí como un cavernícola reclamando que desaparecí de la casa.

—Voy a ver a mis amigos, — le llamo.

Es más una declaración que pedir permiso.

Espero su respuesta, tal vez incluso una negativa, pero no dice nada.

Hay sólo una pausa momentánea antes de que continúe con su ejercicio.

Ni siquiera está sudando.

Revolviendo los ojos, tomo su no-respuesta como un afirmativo, caminando de regreso a la cocina.

—Voy a salir, — le llamo a Giulia.

—Está bien, — dice, —Adiós, señorita Freya.

Mi pecho se ablanda un poco. Si alguna vez dejo este lugar, extrañaré a la dulce Giulia.

Esta vez, cuando salgo del ascensor y bajo al vestíbulo del edificio, hay un SUV esperándome en la entrada del edificio.

Entro, y el guarda de los Costa, el mismo que me llevó a casa el otro día, me pide la dirección. Le indico el nombre del café, y es una sensación extraña. Torren realmente aflojó las riendas.

Ve a donde quieras. Sólo vuelve.

—¿Cómo te llamas? — le pregunto al conductor. Es de mediana edad y de cabello oscuro, y merece algo de cortesía después de llevarme a algún lugar.

—Angelo.

—Bonito, — murmuro para mí misma.

Un rubor sube por su cuello.

Angelo me lleva al café tan suavemente que apenas creerías que estaba conduciendo por las calles de Manhattan.

—¿Esperarás aquí? — le pregunto una vez que llegamos.

Asiente.

Levanto una ceja. —El estacionamiento es caro.

—Con todo respeto— — Angelo se encoge de hombros. —Su prometido es Torren Costa, señorita.

Cierto. Asiento tímidamente mientras salgo, cerrando la puerta detrás de mí.

El café es el mismo de siempre. Durante el día, el color de las naranjas de supermercado, tiene ese aspecto brillante, y el jazz suave sale por las puertas abiertas junto con el aroma de lasaña recién horneada.

Me sorprendo al entrar y encontrar a Ben pidiendo un café helado en la caja.

—¿Ben?

Su mirada se llena de alivio mientras recorre mi cuerpo de pies a cabeza, deteniéndose en mi rostro. —Frey.

Sus rizos marrones son los mismos de siempre, y hoy lleva gafas, el calor del verano le da un rubor de mejillas de querubín.

Frunzo el ceño. —¿Cómo sabías que estaría aquí?

Inclina la cabeza hacia la esquina. —Le dije a Sal y Pippa que me avisaran si tenían noticias tuyas.

Miro a mis amigos en la esquina del café. Pippa me lanza una sonrisa culpable mientras Sal simplemente se encoge de hombros.

—¿Qué está pasando? — pregunta Ben, —La última vez que te vi fue en la pista, y lo

siguiente que sé es que estás en todas las redes sociales. Comprometida. ¿Estás bien?

Me muevo sobre mis pies. —Sí, estoy bien. Aunque no estoy completamente segura de lo que está pasando en mi vida en este momento.

Él hace una mueca. —Torren Costa, ¿eh?

Me encojo de hombros. —Torren Costa.

—¿Cómo sucedió eso?

Mis labios se tensan en una línea sombría. —Todavía estoy tratando de averiguarlo.

—No te vas a quedar con él para siempre, ¿verdad? — pregunta Ben con tono esperanzado. —¿Es solo una cosa de relaciones públicas?

Oh, Benjamin. Siempre tan dolorosamente inconsciente. Ojalá mi vida pudiera haber estado en la misma escala de normalidad que la suya.

—Sí, — tarareo, —Por supuesto.

Toma un sorbo de su café helado. —¿Cuándo vienes a la pista?

—Pronto, — digo, —La extraño.

—Yo... — tartamudea, —Te extraño.

Tan pronto como lo dice, un sonrojo furioso colorea sus mejillas. Lleva su taza de café a su boca, bebiendo la mitad de un solo trago. La mirada que me da es de dolor. —¿Puedo decir eso ahora que estás comprometida y todo?

—Por supuesto que puedes decirlo. — Le doy un golpe en el hombro en un intento torpe de cortar la incomodidad. —Yo también te extraño, Benjamin.

—Está bien, bueno. — Me revuelve el cabello, siempre alto y desgarbado sobre mí. —Cuídate y no hagas nada estúpido.

—Eso es pedir mucho, — bromeo.

Él me da una sonrisa suave. —Nos vemos pronto, Freya.

Cuando sale por la puerta, me acerco a mis amigos, deslizándome en la silla vacía en la pequeña mesa circular.

Sal levanta una ceja. —Sabes que él está enamorado de ti, ¿verdad?

Mi cara se frunce. —¿Quién?

—Ben, tonta, — dice Pippa.

—Encantada de verte también, Pips. — Murmuro secamente. Luego les hago una mueca a ambas. —Es como un hermano para mí.

Sal pone los ojos en blanco. —Sí, bueno, no creo que él haya recibido el memo.

Estoy a punto de responder cuando Sal me da un golpe en el hombro.

—¡Ay! — siseo, frotando el lugar. —¿Para qué fue eso?

Sus cejas oscuras se cruzan. —¡Te comprometiste a nuestras espaldas, pequeña zorra! Aquel día en la pista, ¿el anillo era real, verdad?

—Sí, — murmuro, —Era real. Lo siento.

Pippa frunce el ceño. —¿Por qué mentiste?

—Simplemente no quería meterlas en problemas. — Es la verdad, aunque estoy omitiendo la parte donde podrían haber sido asesinadas por difundir rumores.

—¡Queremos ver el anillo! — exclama Pippa.

Levanto mi mano. Sus ojos se abren de par en par.

—Es muy bonito, — murmura Pippa.

Frunzo el ceño. —Es una manilla glorificada.

Ellas intercambian una mirada.

—Cuéntanos todo, — dice Sal, —desde el principio.

Suspiro, relatándoles la historia tanto como puedo sin revelar las actividades delictivas tanto de mi familia como de la de Torren. Oh, y la parte donde trato de matarlo, y él realmente mata a alguien.

Cuando llego a la parte en la que me toco frente a la cámara de seguridad, la boca de Pippa se abre de par en par en shock. Sal se ríe. —¡Estás loca, perra!

Me sonrojo un poco, pero en su mayoría simplemente lo quito de importancia.

—¿Entonces qué hizo él? — pregunta Pippa.

Me encojo de hombros. —Nada.

Ellas intercambian otra mirada.

Las cejas de Sal se fruncen. —Espera... ¿aún no se han acostado juntos?

Me estremezco. —Depende de tu definición de acostarse...

—Chica, ¿estás en tercer grado? — Las facciones afiladas de Sal se contorsionan. —Sabes muy bien lo que queremos decir.

Junto mis manos frente a mí. —Entonces no. No nos hemos acostado juntos.

La boca llena de Pippa se abre. —¿Así que me estás diciendo que hiciste todo eso y él aún no ha intentado acostarse contigo?

Niego con la cabeza lentamente. Supuse que me eligió porque pensaba que era algún tipo de repelente, y desde entonces, he estado tratando activamente de provocarlo. Tanto sexual como no sexualmente.

Pero ahora que lo pienso, o tiene una moderación excelente o...

—Tal vez no está tan interesado en ti como crees, — dice Sal.

Mi cara se retuerce. Odio admitirlo, pero tal vez ella tenga razón. Torren ha tenido muchas oportunidades para expresar su interés sexual. Yo diría que no, pero... ¿por qué está diciendo que no?

¿Realmente está tan poco afectado por mí? Reviso nuestras interacciones en mi cabeza. Hasta ahora, se ha excitado bajo mí dos veces. Eso tiene que contar para algo, ¿verdad?

—No, — digo, sacudiendo la cabeza. —Definitivamente está afectado por mí.

Pippa inclina su cabeza. —Entonces tal vez solo necesitas darle un pequeño empujón.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—Sedúcelo, — dice ella, simplemente.

—Sí, — dice Sal, como si fuera lo más obvio del mundo. —Luego fóllatelo hasta sacarlo de tu sistema.

El disgusto se refleja en mis labios. —Él no está en mi sistema.

Sal eleva una ceja incrédula.

—Vale, — admito, mis mejillas ardiendo, —quizás sí lo sea. Pero solo como lo es el veneno. En el sentido de que quiero que se vaya.

No voy a quedarme con él, pero no puedo negar que he pensado en cómo sería.

Angustiada, me giro hacia mis amigas. —¿Y si no puedo?

—¿Y si no puedes qué? — pregunta Sal.

—¿Sacarlo de mi sistema? — digo, —¿Y si no puedo sacarlo de mi sistema?

Ella se encoge de hombros. —Entonces sigue follando con él. Es tu marido, ¿no?

—No es mi— — empiezo, —Vaya, muchas gracias, chicas. Sabía que podía contar con vosotras dos.

Sal se ríe, bebiendo su margarita. —¿Por qué nos preguntas a nosotras, de todos modos? Somos un desastre.

—Sí. — Pippa asiente. —Necesitamos terapia.

Sal toma una respiración profunda. —Mira, Frey. Dijiste que no hay salida del matrimonio, ¿verdad? Firmaste el contrato.

Asiento con rigidez.

—Desde mi punto de vista, ambos queréis follar. — Sal levanta las manos. —Así que folla. Hazlo de una vez. Cuanto antes lo hagas, antes se irá la tensión. Él se dará cuenta de que quiere más que una sola chica y, ¡bam!, el matrimonio se abre. Él podrá follar con quien quiera, y tú también.

—Dios. — Me cubro la cara con las manos. —Es tan deprimente.

Sal se encoge de hombros. —Eres una esposa rica del Upper East, cariño. Acostúmbrate.

Terminamos nuestros cócteles y las chicas me ponen al día sobre sus vidas, que, por una vez, son menos movidas que la mía.

Me hacen prometer que las invitaré a la boda.

Si es que la boda sucede.

No sucederá.

No puede.

El plan de mi padre funcionará, y me despediré de mis amigos, mi hermana, y todo lo que conozco. Y aunque quiero decírselo, definitivamente no pueden saber esto.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando vuelvo al SUV. Toco el respaldo del asiento del conductor en un saludo amistoso. —Pisa el acelerador, Angelo.

Angelo me lleva a mi sitio favorito de uñas, donde me las arreglo en un rojo tan oscuro que casi es negro, y una pedicura en blanco brillante.

Cuando salgo del coche de regreso al edificio de apartamentos, de repente me alegro de no tener que caminar hasta la cafetería como solíamos hacerlo en la universidad. El verano en Nueva York es otra cosa. Hace tanto calor que siento que mi piel se derrite.

Es en momentos como este cuando realmente me siento rusa, como si no estuviera hecha

para este tipo de calor, sino para el frío amargo de las montañas nevadas.

Cuando regreso al apartamento, está en silencio. Y de alguna manera, sé que Torren se ha ido.

Suspirando aliviada, me quito las zapatillas y me dirijo a mi habitación.

Ya es hora de que use la piscina.

Me quito la ropa, mi camiseta pegándose incómodamente a mi piel. Y luego me pongo un bikini negro, por supuesto. Es diminuto, uno de esos que tienes que atar las cintas en cada cadera.

Ya me siento mejor.

Rociándome con protector solar, me miro apreciativamente en el espejo, admirando mi cuerpo ligeramente bronceado. Luego salgo afuera, agarrando un par de gafas de sol y la revista picante que Pippa me metió en las manos antes de que pudiera irse.

El ático da a la ciudad, y la mayor parte está a la sombra. La piscina da la ilusión de desbordarse por el borde del edificio. Brilla, de un azul brillante bajo el sol.

Me zambullo limpiamente, suspirando de alivio mientras el agua fresca me envuelve. Una pequeña sonrisa curva mis labios.

Estoy en medio de hacer unas cuantas vueltas perezosas cuando noto una figura moviéndose dentro del apartamento.

Entrecerrando los ojos, veo que es Luca. Está hablando por teléfono. En ese preciso momento, levanta la vista, notándome, y una media sonrisa, mitad amigable, mitad sugerente, aparece en sus labios.

Termina su llamada, caminando hacia el exterior hasta detenerse al borde de la piscina.

—Hey, nena Morozov, — murmura, —¿Divirtiéndote?

Me encojo de hombros, las ondas revolviendo el agua a mi alrededor. —Un poco.

—¿Está Torren aquí? — pregunta Luca.

—No, — digo.

—¿Sabes dónde está?

Sacudo la cabeza. —Sabes más de su paradero que yo.

—Claro. — Luca pasa una mano por el cabello en la nuca. —Necesito decirle algo, pero no responde su teléfono.

—Oh. — Me acerco, agarrando el borde de la piscina mientras miro a Luca. —¿Es algo urgente?

—Sí. En realidad… — Un leve toque de irritación aparece en las facciones juveniles de Luca. —El tío Sal fue ingresado en el hospital esta mañana.

Frunzo el ceño. —¿El tío Sal? ¿Como en Salvatore?

Luca asiente.

—Oh. — Le lanzo una mirada. —¿Se supone que debo sentirme mal?

Luca suelta una risa. —Sí, tampoco me cae muy bien ese cabrón.

Inclino la cabeza. —¿Por qué?

Luca se encoge de hombros, una expresión incómoda se apodera de su rostro. —Todos

recibimos nuestra ración de golpes cuando éramos más jóvenes. Pero el tío Sal siempre se pasaba de la raya con T.

Mis pensamientos viajan a esas cicatrices blancas en la espalda de Torren. Vaya. Así que además de ser un machista, Salvatore Costa también es abusivo. Para qué elegir una sola lucha.

Pero aun así, nunca me detuve a pensar en lo que Torren debió soportar con un padre así cuando era niño. Mis padres no eran ejemplares, pero mi padre nunca me levantó la mano. Y aunque las palabras de mi madre a veces eran venenosas, nunca me lastimó físicamente.

Además, el abuso verbal ni siquiera cuenta, ¿verdad?

—Hey, — dice Luca, probablemente notando mi silencio. —Sé que piensas que mi primo es el peor. Y probablemente lo es. Pero... él no siempre es así.

Levanto una ceja. —¿Un imbécil insufrible, quieres decir?

Luca se ríe. —Sí. Eso. — Se encoge de hombros. —Quiero decir, también es humano, ¿sabes?

Pongo una cara. —Sí, claro. Tú eres humano. Torren es... una subespecie de humano, tal vez.

Luca sonríe. —Bueno, escucha. Probablemente me cortará las pelotas por contarte esto, pero... T era—sigue siendo—un gran maldito nerd.

Mis labios se levantan incrédulos. —De ninguna manera.

Luca sonríe. —Sí manera. ¿Sabes cómo consiguió Rhaegar su nombre?

Sacudo la cabeza.

—Es por un personaje de Juego de Tronos. T está metido en fantasía, dragones y esas cosas. Su personaje favorito en Shrek era el maldito dragón.

Me río. De ninguna manera.

—Te quiero un poco más por contarme esto.

Los ojos marrones de Luca se suavizan. —El sentimiento es mutuo, nena M.

Se inclina y me salpica agua en la cara, y me río, levantando el brazo para lanzarle una buena cantidad de agua.

Una oscura conciencia me hormiguea en el cuello. Y así, mi corazón se hunde. Es como si mi cuerpo lo supiera. Ni siquiera lo he visto todavía, pero lo sé.

Torren ha vuelto.

Y efectivamente, cuando levanto la vista, a través de la ventana y al interior del apartamento, ahí está Torren, en el cristal. Mirándome con una mirada tan ardiente que me quemo, a pesar de estar en la piscina.

Luca nota mi línea de visión y se gira.

—Finalmente, — murmura, luego se vuelve hacia mí, guiñando un ojo. Y luego se va.

Todo el tiempo, la mirada de Torren nunca me deja. Aprieto la mandíbula, nadando al otro extremo de la piscina y haciendo unas cuantas vueltas más mientras el sol comienza a ponerse.

Luca está hablando con Torren ahora, probablemente dándole las noticias de la hospitalización de su padre. Cuando me atrevo a mirar, la mirada oscura de Torren ya no está en mí.

Suspiro, apoyando mis manos a cada lado de la piscina mientras me levanto.

El agua gotea de mi cuerpo, y el peso completo de esa mirada está sobre mí de nuevo. Trago, manteniendo el contacto visual con él. Luca sigue hablando con él, pero él me está mirando.

Algo cálido y ardiente atraviesa mi estómago, secándome la garganta. Rompo el contacto visual, agarrando mi toalla y secándome antes de volver al apartamento.

Paso junto a Torren y Luca hacia la cocina, Luca todavía hablando. Luego, algo sucede entre los dos, y Luca gruñe, saliendo del apartamento.

Alcanzo un vaso, pero por alguna razón, todos están guardados en la estantería más alta del armario de la cocina.

Tengo tanta sed.

Gruñendo bajo mi aliento, me pongo de puntillas. Mis dedos rozan la superficie fría del vaso, y casi lo tengo en mis manos, cuando alguien se me acerca por detrás.

Torren.

Su frente está presionada contra mi espalda, calidez que sé que no solo proviene del calor del día irradiando de su pecho. Un escalofrío recorre mi columna, el pulso entre mis piernas haciéndose más fuerte.

Se inclina para hablarme al oído en voz baja. —¿Alguna vez has considerado pedir ayuda?

Mi cara se agria. —Dudo que estés tan dispuesto.

—Inténtalo, — dice, moviéndose para que sus labios toquen mi oído en un toque fantasma. —Di por favor.

Un profundo ceño frunce mi rostro. ¿Quiere que suplique? Me burlo, empujándolo.

Preferiría morir de sed.

Un entretenimiento rabioso brilla en sus ojos mientras recorre mi cuerpo con la mirada. —Estás goteando por toda mi cocina.

Me sonrojo por sus palabras. —Se secará.

Su mirada es tan aguda como el hielo. —¿Por qué te reías con mi primo?

Me recuesto contra la isla de la cocina. —Dijo algo gracioso.

La mandíbula de Torren está apretada. —No hables con él.

Entrecierro los ojos. —¿Por qué?

—No me gusta.

—¿Qué? — respondo. —¿Verme feliz?

—Verte reír con otro hombre, — espeta.

El aire se me escapa de los pulmones con fuerza. Por un momento, la contundencia de sus palabras cuelga en el aire, dejándome atónita. Y luego la egoísmo empieza a filtrarse.

—Tú me deseas, — respiro, mirándolo, —y te mata.

Sus ojos arden. —Háblese por ti misma.

—¿Soy tan transparente? — Pongo los ojos en blanco, recitando una frase de una de mis películas favoritas que he visto con Ana. —Te quiero. Te necesito. Oh bebé, oh bebé.

Por un segundo, simplemente me mira con irritación. Pero luego su fachada se rompe cuando la esquina de su boca se levanta.

—Un día, — dice, —voy a llenarte esa boca inteligente con mi polla. Y suplicarás por ella también.

El pulso entre mis piernas crece con sus palabras groseras. —Dios, eres tan misógino.

Me da una mirada perezosa. —Grandes palabras para una niña pequeña.

Mi mano pica por avanzar y abofetearlo, pero lucho contra el impulso. —Bastante adecuada para que te cases, al parecer.

Una diversión oscura brilla en sus ojos, y simplemente ignora mi respuesta.

—No odio a todas las mujeres, — dice, sus ojos conectándose directamente con los míos. —Solo una en particular.

Suelto un suspiro molesto, pasando junto a él y volviendo afuera para recoger mi revista. Me siento en una de las sillas de bronceado, colocándome las gafas en el puente de la nariz.

—Sabes, — digo, lo suficientemente fuerte para que me oiga, —nunca me gustó mucho Henry Cavill, pero ahora veo el atractivo. Mmmm. Delicioso.

Miro apreciativamente la portada del tabloide.

—Leí este artículo. . .

Levanto la pierna, solo un poco, para admirar mi pedicura recién hecha. Su mirada es ardiente en mi piel desnuda, quemando una línea desde el muslo hasta el tobillo.

—Y me hizo preguntarme. . . — Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos. —¿Eres gentil en la cama?

Él no se digna a responder, pero la esquina de su boca se curva solo un poco. No sé qué pensar de eso.

—Soy virgen —, digo, solo para ver su reacción.

Su mirada es de hielo.

Pero aparta la vista de mí, con la mandíbula apretada, y suspiro, volviendo a mi revista. Unos minutos después, él de hecho habla.

—¿Ninguno de esos chicos de fraternidad puso las manos sobre ti?

—Dije que soy virgen, no una santa —. Cubro mi cara con la revista para esconderme de su intensa mirada.

De repente, mi revista es arrebatada de mis manos y sale volando hacia la piscina. Miro con horror como el bonito rostro de Henry Cavill se hunde.

—¡Oye! — exclamo, levantando mis gafas de sol para acomodarlas sobre mi frente. —¡Esa era mía!

—No es agradable, ¿verdad? — dice, inclinándose sobre mí, con las manos a ambos lados de la tumbona. —¿Cuando otras personas tocan tus cosas?

—Nunca fui tuya, — digo, enseñando los dientes mientras lo miro hacia arriba, —y nunca seré tuya. Esposa o no.

—Eres mía, — dice él, —y siempre serás mía. Esposa o no.

Me burlo. —Vete al infierno.

Torren me ignora, estrechando sus oscuros ojos. —¿Qué dejaste que te hicieran?

Le deslizo una sonrisa sardónica. —Muchas cosas.

La ira parece emanar de él en ondas. —¿Dónde?

Trago saliva y pongo una mano sobre mi garganta. Su mirada la sigue. —Aquí—

Luego la dirijo hacia mi escote. —Y aquí.

Y luego deslizo mi mano por el tronco de mi estómago hasta mis caderas, posándola justo encima de la —v — entre mis piernas, donde el pulso palpitante se vuelve insoportable. —Y aquí.

Torren gruñe y la vibración de ello retumba en mis venas. —¿Quién?

Ni siquiera es una pregunta, solo una demanda monosilábica.

La comisura de mi boca se levanta. —¿Importa?

Él permanece callado por un rato. La tensión entre nosotros se estira, dulce y espesa como un caramelo de toffee, tan caliente que amenaza con matarme.

Y así, de repente, se aparta de mí, con las manos metidas profundamente en sus bolsillos mientras se aleja.

—No follo suave, — dice en voz alta. —Si te follo, lo sentirás al día siguiente. Y al siguiente.

Me quedo afuera, con los labios entreabiertos, cada centímetro de mi cuerpo temblando de necesidad.

Sal y Pippa tenían razón. Necesito sacarlo de mi sistema.

Rápido.

Continuará...